



SHERMAN
ALEXIE

EL DIARIO
COMPLETAMENTE
VERÍDICO
DE UN INDIO
A TIEMPO PARCIAL



se

National Book Award al mejor libro juvenil en 2007.

Elegido por la revista Time como el Mejor Libro para Jóvenes de todos los tiempos. Arnold Spirit Junior, un ingenioso dibujante de viñetas de catorce años que recibe collejas todo el tiempo por ser torpe, tartamudo y llevar unas horribles gafas torcidas, decide ir a un instituto para blancos que está muy lejos de la reserva india donde vive con su familia. Seguro que allí también se burlarán de él, pero quizá tenga la oportunidad de probarle a todos que se equivocan. Junior afrontará la vida con ingenio y humor para descubrir una fuerza interior cuya existencia desconocía.

Con las agudas viñetas de Ellen Forney, esta es la increíble historia de un joven nativo americano que se rebela contra su destino.

«Los personajes de la obra de Alexie no son los típicos indios [...]. No son unas víctimas trágicas ni esos nobles salvajes [...] escuchan a Jimi Hendrix y a Hank Williams; sueñan con ser estrellas del baloncesto [...]. Y, al contrario que la mayoría de los indios de las historias de ficción, estos son a veces divertidos». The New York Times



Sherman Alexie

El diario completamente verídico de un indio a tiempo parcial

ePub r1.0
Titivillus 16.09.2019

Título original: *The Absolutely True Diary of a Part-Time Indian*
Sherman Alexie, 2007
Traducción: Clara Minstral
Ilustraciones: Ellen Forney
Diseño de cubierta: Kirk Benshoff

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EL DIARIO
COMPLETAMENTE
VERÍDICO DE UN INDIO
A TIEMPO PARCIAL

SHERMAN ALEXIE

Traducción del inglés de
Clara Ministral

Ilustraciones de
Ellen Forney

Para Wellpinit y Reardan, mis hogares

Hay otro mundo, pero está en éste.

W. B. Yeats

Club

El Ojo Morado del Mes

Nací con agua en el cerebro.

Está bien, eso no es del todo cierto. En realidad nací con demasiado líquido cefalorraquídeo dentro del cráneo. Pero líquido cefalorraquídeo no es más que la forma sofisticada que tienen los médicos de llamar a la grasa del cerebro. La grasa del cerebro funciona dentro de los lóbulos como la grasa de los coches funciona dentro de un motor; hace que todo vaya suave y rápido. Pero yo, que soy un bicho raro, nací con demasiada grasa dentro del cráneo, así que se puso todo espeso y turbio y asqueroso, y los mecanismos se fastidieron. El motor con el que tenía que pensar y respirar y vivir empezó a funcionar más despacio y se inundó.

Mi cerebro estaba sumergido en grasa.

Pero, así contada, toda la historia suena rara y divertida, como si mi cerebro fuera una patata frita gigante, así que parece más serio y poético y preciso decir «Nací con agua en el cerebro».

Bueno, a lo mejor ésa tampoco es una manera muy seria de decirlo. A lo mejor es que toda la historia es rara y divertida.

Pero, caray, ¿acaso les pareció divertido a mi madre y mi padre y mi hermana mayor y mi abuela y mis primos y primas y tíos y tías que los médicos tuvieran que abrir mi cabecita y sacar toda esa agua que sobraba con una especie de aspiradora diminuta?

Sólo tenía seis meses y se suponía que la palmaría durante la operación. Y aunque por casualidad sobreviviera a la miniaspiradora, se suponía que sufriría graves lesiones cerebrales durante la intervención y viviría como un vegetal el resto de mi vida.

Bueno, es obvio que sobreviví a la operación; si no, no estaría escribiendo esto. Pero tengo todo tipo de problemas físicos que son el resultado directo de mis lesiones cerebrales.

Para empezar, acabé teniendo cuarenta y dos dientes. Un ser humano normal tiene treinta y dos, ¿no? Pues yo tenía cuarenta y dos.

Diez más de lo habitual.

Diez más de lo normal.

Diez dientes más de lo que se considera humano.

Tenía los dientes tan apiñados que casi no podía cerrar la boca. Fui al Servicio Sanitario Indio a que me sacaran unos cuantos para poder comer con normalidad y no

como una especie de buitre baboso. Pero el Servicio Sanitario Indio sólo financiaba tratamientos dentales complicados una vez al año, así que tuvieron que sacarme los diez dientes que me sobraban de una sola vez.

Para colmo, nuestro dentista blanco pensaba que los indios sólo sentimos la mitad de dolor que los blancos, así que nos daba sólo la mitad de novocaína.

Qué cabrón, ¿eh?

El Servicio Sanitario Indio tampoco financiaba la compra de gafas más que una vez al año, y ofrecía un único modelo: esas horribles gafas gruesas de plástico negro.

A causa de mis lesiones cerebrales, tenía miopía en un ojo e hipermetropía en el otro, así que mis horribles gafas eran totalmente desiguales porque mis ojos eran así de desiguales.

Tengo dolores de cabeza porque mis ojos son, por así decirlo, enemigos. Ya sabes, como si hubieran estado casados pero ahora se odian a muerte.

Encima empecé a llevar gafas a los tres años, así que corría por la reserva como si fuera un abuelo indio de tres años.

Ah, y además estaba en los huesos. Si me ponía de lado, desaparecía.

Pero tenía las manos y los pies enormes. ¡Calzaba un 45 cuando estaba en tercero! Con los pies tan grandes y el cuerpo como un palillo, parecía una *L* mayúscula andando por la calle.

Y tenía la cabeza gigantesca.

Tremenda.

Mi cabeza era tan grande que tenía pequeñas cabecitas indias orbitando a su alrededor. Algunos niños me llamaban Órbita. Otros me llamaban Globo Terráqueo. Los más bestias me cogían, me daban vueltas, me ponían el dedo en la cabeza y decían: «Quiero viajar aquí».

Es evidente que por fuera parecía tonto, pero lo peor era lo de dentro.

En primer lugar, sufría ataques. Al menos dos a la semana. De modo que estaba constantemente lesionándome el cerebro. Pero la cosa es que sufría esos ataques porque ya tenía lesiones cerebrales, así que lo que hacía era volver a abrir las heridas cada vez que tenía un ataque.

Exacto, cada vez que sufría un ataque me lesionaba las lesiones.

No he sufrido ningún ataque en siete años, pero los médicos dicen que soy «propenso a los episodios espasmódicos».

Propenso a los episodios espasmódicos.

¿A que se te desliza por la lengua como si fuera poesía?

También tartamudeaba y ceceaba. O quizá debería decir que tar-tar-tar-tartamudeaba y no sabía decir laz ecez.

Seguro que crees que los defectos del habla no son demasiado graves, pero te diré que no hay nada más peligroso que ser un chaval que tartamudea y cecea.

Un niño de cinco años que tartamudea y cecea es muy mono. Qué narices, la mayoría de los grandes actores infantiles alcanzaron el estrellato tartamudeando y

ceceando.

Caray, sigues siendo bastante mono si tartamudeas y ceceas a los seis, los siete, los ocho años, pero todo eso se acaba una vez que cumples nueve y diez.

Entonces, el tartamudeo y el ceceo te convierten en un tarado.

Y si tienes catorce años, como yo, y sigues tartamudeando y ceceando, te conviertes en el mayor tarado del mundo.

Todo el mundo en la reserva me llama tarado unas dos veces al día. Me llaman tarado mientras me bajan los pantalones, me meten la cabeza en el váter o me dan collejas.

Ni siquiera estoy escribiendo esta historia tal como hablo en realidad, porque tendría que llenarla de tartamudeos y ceceos y te estarías preguntando qué haces leyendo una historia escrita por semejante tarado.

¿Sabes lo que nos pasa a los tarados en la reserva?

Nos zurren.

Al menos una vez al mes.

Sí, soy miembro del club El Ojo Morado del Mes.

Claro que quiero salir a la calle. Todos los niños quieren salir a la calle. Pero es más seguro quedarse en casa. Así que paso casi todo el tiempo solo en mi habitación, leyendo y dibujando viñetas.

Aquí hay una en la que salgo yo:



Siempre estoy dibujando.

Hago viñetas de mi madre y mi padre; de mi hermana y mi abuela; de mi mejor amigo, Rowdy, y del resto de la gente de la reserva.

Dibujó porque las palabras son demasiado impredecibles.

Dibujó porque las palabras son demasiado limitadas.

Si hablas y escribes en español, o en inglés, o en chino, o en cualquier otra lengua, sólo un cierto porcentaje de los seres humanos te entenderá.

En cambio, cuando haces un dibujo, todo el mundo puede entenderlo.

Si hago un dibujo de una flor, cualquier hombre, mujer o niño del mundo puede mirarlo y decir: «Es una flor». Así que dibujó porque quiero hablar al mundo. Y quiero que el mundo me escuche.



Me siento importante cuando tengo un bolígrafo en la mano. Me siento como si pudiera llegar a ser alguien importante. Un artista. Puede que un artista famoso. Puede que un artista rico.

Es la única manera de poder hacerme rico y famoso.

No tienes más que echar un vistazo al mundo. Casi todos los mestizos ricos y famosos son artistas. Son cantantes y actores y escritores y bailarines y directores y poetas.

Así que dibujó porque siento que quizá sea mi única verdadera oportunidad de escapar de la reserva.

Creo que el mundo es una sucesión de diques que se rompen y de inundaciones, y mis viñetas son minúsculos botes salvavidas.

Por qué el pollo es tan importante para mí

Bien, ahora ya sabes que dibujo viñetas. Además, creo que no lo hago nada mal. Pero, por muy bien que lo haga, mis viñetas nunca podrán sustituir a la comida o al dinero. Ojalá pudiera dibujar un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada o un puñado de billetes de veinte dólares, hacer algún truco de magia y convertirlos en realidad. Pero no puedo. Nadie puede, ni siquiera el mago más hambriento del mundo.

Ojalá tuviera poderes mágicos, pero la verdad es que sólo soy un chaval de una reserva más pobre que las ratas que vive con su familia más pobre que las ratas en la Reserva India Spokane, más pobre que las ratas.

¿Sabes qué es lo peor de ser pobre? Bueno, a lo mejor ya has hecho el cálculo en tu cabeza y te lo imaginas:

$$\text{Pobreza} = \text{nevera vacía} + \text{estómago vacío}$$

Sí, claro que en mi casa a veces nos saltamos una comida y nos vamos a la cama sin cenar, pero sé que, tarde o temprano, mis padres aparecerán de repente por la puerta con un cubo de pollo frito del Kentucky Fried Chicken.

Receta Original.

Y oye, es raro, pero tener hambre hace que la comida esté más rica. No hay nada mejor que un muslo de pollo cuando no has comido nada en las últimas dieciocho horas y media (aproximadamente). En serio, un buen trozo de pollo puede hacer que cualquiera crea en la existencia de Dios.



Pero lo peor de ser pobre no es el hambre.

Seguro que ahora mismo estás pensando: «Vale, vale, Sr. Artista del Hambre, Sr. El que se Alimenta de Palabras, Sr. Pobre de Mí, Sr. Receta Secreta, ¿y qué es lo peor de ser pobre?».

Está bien, te diré qué es lo peor.

La semana pasada, mi mejor amigo, Óscar, se puso muy enfermo.

Al principio pensé que sólo era agotamiento por el calor o algo así. Es decir, era un asfixiante día de julio (39° C y una humedad del 90 %) y había mucha gente desmayándose por el calor, así que ¿por qué no un perro que lleva un abrigo de piel?

Intenté darle un poco de agua, pero no quería.

Estaba tumbado en su cama con los ojos enrojecidos, llorosos y llenos de legañas. Gemía de dolor y, cuando lo tocaba, aullaba como un loco.

Era como si los nervios le sobresalieran diez centímetros de la piel.

Pensé que se pondría bien si descansaba un poco, pero entonces empezó a tener vómitos, una diarrea muy fuerte y esas convulsiones que hacían que sus patitas no pudieran dejar de patalear y patalear.

Sí, es verdad que Óscar sólo era un chucho callejero adoptado, pero era el único ser vivo en el que podía confiar. Podía confiar en él más que en mis padres, abuela, tíos, tías, primos, primas y hermana mayor. Me enseñó más de lo que jamás me había enseñado ningún profesor.

En serio, Óscar era mejor persona que cualquier ser humano que hubiera conocido en mi vida.

—Mamá —dije—, tenemos que llevar a Óscar al veterinario.

—Se pondrá bien —contestó ella.

Pero estaba mintiendo. Siempre que mentía se le oscurecía el centro de los ojos. Era una india spokane y no sabía mentir, cosa que no tenía ningún sentido. La verdad es que los indios deberíamos mentir mejor, teniendo en cuenta la cantidad de veces que nos han mentido.

—Está muy enfermo, mamá —dije—. Se va a morir si no lo llevamos al veterinario.

Me miró fijamente. Sus ojos ya no estaban oscuros, así que supe que iba a decirme la verdad. Y te aseguro que hay veces que lo último que quieres oír es la verdad.

—Junior, cariño —dijo mamá—, lo siento, pero no tenemos dinero para Óscar.

—Te lo devolveré —contesté—. Te lo prometo.

—Cielo, va a costar cientos de dólares, puede que mil.

—Se lo devolveré al veterinario. Me pondré a trabajar.

Mamá sonrió con tristeza y me abrazó muy fuerte.

Caray, ¿cómo podía ser tan tonto? ¿Qué clase de trabajo puede hacer un chaval indio de una reserva? Era demasiado pequeño para trabajar en el casino repartiendo cartas para el *blackjack*, sólo había unos quince jardines con césped en la reserva (y ninguno de sus propietarios contrataba a nadie para que lo cortara), y el único trabajo de reparto de periódicos lo tenía un respetado anciano de la tribu llamado Wally. Y sólo tenía que repartir cincuenta periódicos, así que, más que un trabajo, era un hobby.

No podía hacer nada para salvar a Óscar.

Nada.

Nada.

Nada.

De modo que me tumbé a su lado en el suelo y estuve acariciándole la cabeza y susurrando su nombre durante horas.

Más tarde, papá volvió a casa de dondequiera que hubiera estado, mantuvo una de esas largas conversaciones con mamá y tomaron una decisión sin tenerme en cuenta.

Después, papá sacó del armario el rifle y las balas.

—Junior —dijo—, lleva a Óscar afuera.

—¡No! —grité.

—Está sufriendo —dijo papá—, tenemos que ayudarlo.

—¡No puedes hacer eso! —volví a gritar.

Quería darle un puñetazo en la cara a mi padre. Quería darle un puñetazo en la nariz y hacerle sangrar. Quería darle un puñetazo en el ojo y dejarle ciego. Quería pegarle una patada en los huevos y hacer que se desmayara.

Estaba tan cabreado que iba a explotar. Cabreado en plan volcán. Cabreado en plan tsunami.

Papá me miró con unos ojos tristísimos. Estaba llorando. Su aspecto era de debilidad.

Quería odiarle por su debilidad.

Quería odiar a papá y a mamá por nuestra pobreza.

Quería culparlos de que mi perro estuviera enfermo y de todas las demás enfermedades del mundo.

Pero no puedo culpar a mis padres de nuestra pobreza, porque mi madre y mi padre son los soles gemelos alrededor de los que giro, y sin ellos mi mundo EXPLOTARÍA.

Además, no es que mis padres nacieran precisamente en la abundancia. No es que se hubieran jugado la fortuna de sus familias y la hubiesen perdido. Mis padres tenían antepasados pobres que tenían antepasados pobres que tenían antepasados pobres, y así hasta llegar a los primeros pobres de la historia.

Adán y Eva se tapaban sus partes íntimas con hojas de higuera. Los primeros indios se tapaban sus partes íntimas con las manitas.

Es verdad, sé que mis padres tenían sueños cuando eran niños. Soñaban con ser algo más que pobres, pero nunca tuvieron la oportunidad de ser nada porque nadie hizo caso a sus sueños.

Si le hubieran dado la oportunidad, mi madre habría ido a la universidad.

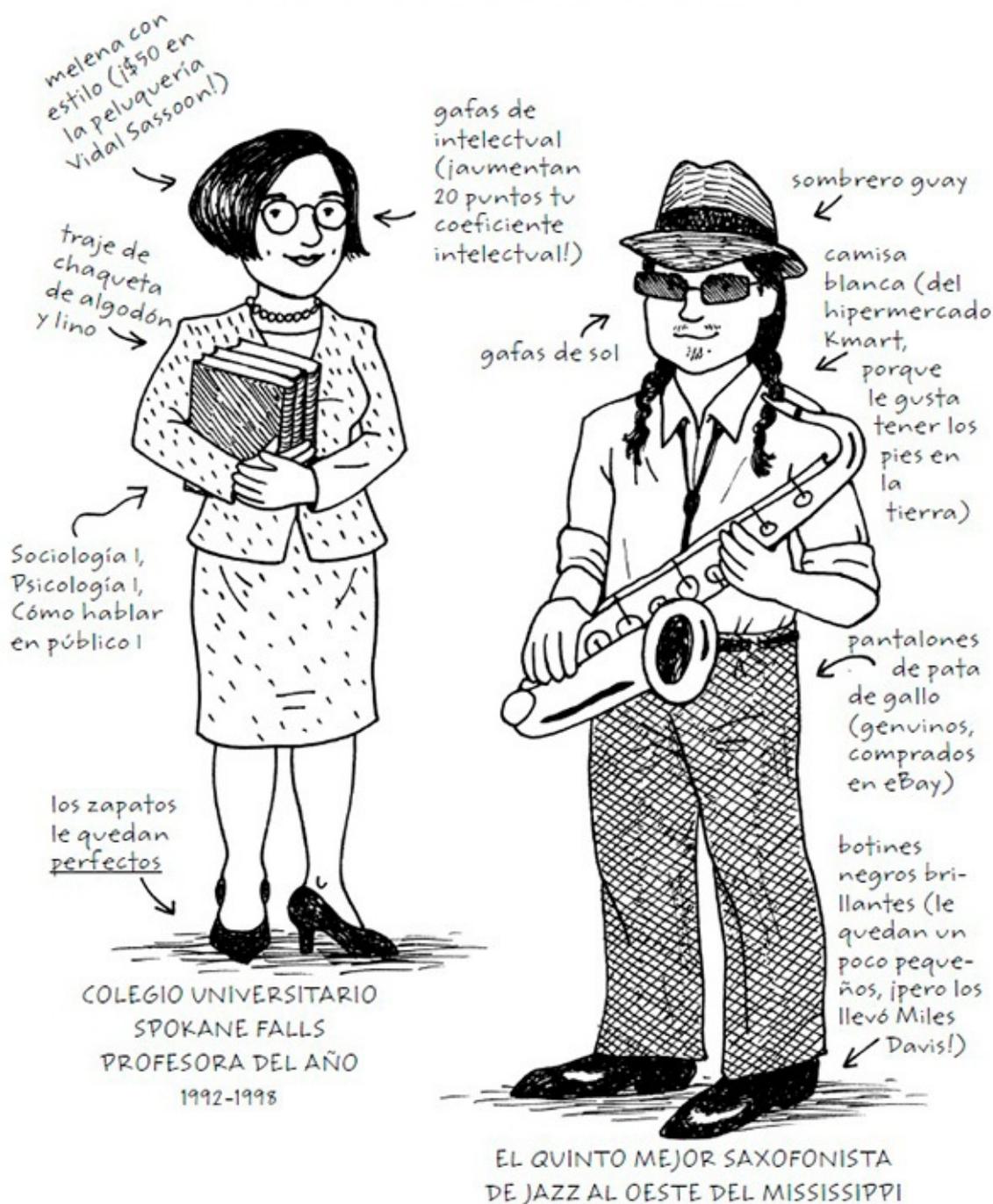
Sigue leyendo libros como loca. Los compra a montones. Además, se acuerda de todo lo que lee. Es capaz de recitar páginas enteras de memoria, como una grabadora humana. En serio, mi madre puede leer el periódico en quince minutos y decirme los resultados del béisbol, la ubicación de todas las guerras, el nombre del último tío que ha ganado la lotería y las temperaturas máximas de Des Moines, Iowa.

Si le hubieran dado la oportunidad, mi padre habría sido músico.

Cuando se emborracha, canta viejas canciones de música country. Y también de blues. Lo hace bien, como un profesional. Tanto que tendría que sonar en la radio. Toca la guitarra y un poco el piano. Y tiene ese viejo saxofón desde el instituto que mantiene limpio y brillante, como si fuera a entrar en un grupo en cualquier momento.

Pero los indios de las reservas no conseguimos hacer realidad nuestros sueños. No se nos da esa oportunidad. Ni la posibilidad de escoger. Simplemente somos pobres, es todo lo que somos.

LO QUE HABRÍAN SIDO MIS PADRES SI ALGUIEN HUBIERA HECHO CASO A SUS SUEÑOS:



Es un asco ser pobre, y es un asco tener la sensación de que, por algún motivo, te mereces ser pobre. Empiezas pensando que eres pobre porque eres tonto y feo. Entonces empiezas a pensar que eres tonto y feo porque eres indio. Y, como eres indio, empiezas a pensar que estás condenado a ser pobre. Es un horrible círculo y no puedes hacer nada para salir de él.

La pobreza no te hace fuerte ni te da lecciones de perseverancia. No, la pobreza sólo te enseña a ser pobre.

De modo que, pobre y pequeño y débil, cogí a Óscar. Me lamió la cara porque me quería y confiaba en mí. Lo saqué al jardín y lo puse bajo nuestro manzano.

—Te quiero, Óscar —dije.

Me miró, y te juro que entendió lo que estaba ocurriendo. Supo lo que iba a hacer papá. Sin embargo, Óscar no sintió miedo. Sintió alivio.

Pero yo no.

Salí corriendo lo más rápido que pude.

Quería correr más rápido que la velocidad del sonido, pero nadie, por mucho dolor que sienta, puede correr tan deprisa. Así que oí el estruendo del rifle de mi padre cuando disparó a mi mejor amigo.

Una bala sólo cuesta unos dos centavos y todo el mundo puede permitirse eso.

Me llaman Venganza

Tras la muerte de Óscar, estaba tan deprimido que pensé en meterme en un agujero y desaparecer para siempre.

Pero Rowdy me convenció de que no lo hiciera.

—De todas formas, nadie lo va a notar si te vas —dijo—, así que, para el caso, aguántate.

¿A que es como cuando te castigan y te dicen que es por tu bien?

Rowdy es el chaval más duro de la reserva. Es largo y delgado y fuerte como una serpiente.

Su corazón también es tan fuerte y tan malo como una serpiente.

Pero es mi mejor amigo humano y se preocupa por mí, así que siempre me dice la verdad.

Además, tiene razón. Nadie me echaría de menos si desapareciera.

Bueno, Rowdy me echaría de menos, pero jamás admitiría que fuera a echarme de menos. Es demasiado duro para ese tipo de sentimientos.

Pero salvo Rowdy, mis padres, mi hermana y mi abuela, nadie me echaría de menos.

En la reserva soy un cero a la izquierda. Y si a cero le restas cero, te sigue quedando cero; entonces ¿para qué restar, si el resultado siempre es el mismo?

Así que me aguanto.

Supongo que tengo que hacerlo, sobre todo porque Rowdy está pasando uno de los peores veranos de su vida. Su padre está bebiendo mucho y pegando mucho, así que Rowdy y su madre siempre van por ahí con la cara ensangrentada y llena de moratones.

—Son pinturas de guerra —dice siempre Rowdy—. Me hacen parecer más duro.

Supongo que sí le hacen parecer más duro, porque Rowdy nunca intenta esconder sus heridas. Va por la reserva con un ojo morado y el labio partido.

Esta mañana apareció en nuestra casa cojeando con un esguince de rodilla; se desplomó en una silla, puso la pierna encima de la mesa y sonrió.

Llevaba una venda que le cubría la oreja izquierda.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —le pregunté.

—Mi padre decía que no le estaba escuchando —dijo Rowdy—, así que se emborrachó un montón e intentó agrandarme un poco la oreja.

Mis padres también beben, pero no son así de crueles. Para nada. A veces pasan de mí. A veces me gritan. Pero nunca, nunca, nunca me pegan. Ni siquiera me han

dado nunca un azote en el trasero. De verdad. Creo que a mi madre a veces le dan ganas de armarse de valor y darme una bofetada, pero mi padre no lo permitiría.

Él no es partidario del castigo físico; él es partidario de mirarme de una forma tan fría que me convierto en un cubito de hielo cubierto de hielo y relleno de hielo.

Mi casa es un lugar seguro, así que Rowdy pasa casi todo el tiempo con nosotros. Es como uno más de la familia, un hermano y un hijo más.

—¿Quieres ir al *powwow*? —me preguntó Rowdy.

—No —contesté.

La tribu spokane celebra su *powwow* anual durante el fin de semana del Día del Trabajo, a principios de septiembre. Éste era el 127.º *powwow* anual, y habría canciones, danzas de guerra, apuestas, narración de historias, risas, pan frito al estilo indio, hamburguesas, perritos calientes, productos artesanales y un montón de trifulcas por el alcohol.

No tenía ningún interés en participar en aquello.

Sí, las danzas y las canciones están muy bien; son preciosas, de hecho. Pero me dan miedo todos los indios que no bailan ni cantan. Lo más probable es que esos indios sin ritmo, sin talento y sin oído se emborrachen y le rompan la crisma a cualquier pringado que se ponga a tiro.

Y yo siempre soy el pringado que se pone más a tiro.

—Vamos —dijo Rowdy—, yo te protegeré.

Él sabía que tenía miedo de que me pegaran. Y también sabía que era probable que tuviera que pelearse para defenderme.

Rowdy me ha protegido desde que nacimos.

A los dos nos echaron al mundo el 5 de noviembre de 1992 en el Hospital del Sagrado Corazón de Spokane. Yo soy dos horas mayor que Rowdy. Yo nací todo roto y deteriorado; él nació loco.

Siempre estaba llorando y gritando y dando patadas y puñetazos.

Le mordía el pecho a su madre cuando ella intentaba darle de mamar. Como seguía mordiéndola, la madre se rindió y empezó a darle el biberón.

La verdad es que no ha cambiado mucho desde entonces.

Bueno, no es que con catorce años vaya por ahí mordiendo los pechos a las mujeres, pero sí pegando patadas y dando puñetazos y escupiendo.

Se metió en su primera pelea cuando estaba en la guardería. Se enfrentó a tres niños de primero durante una guerra de bolas de nieve porque uno de ellos había tirado un trozo de hielo. Rowdy no tardó mucho en darles una paliza.

Después pegó al profesor que intentó impedir la pelea.

No le hizo ningún daño al profesor, pero, tío, te aseguro que aquel profesor se cabreó de verdad.

—¿Qué problema tienes? —gritó.

—¡Todos! —contestó Rowdy gritando.

Rowdy se peleaba con todo el mundo.

Se peleaba con chicos y chicas.

Con hombres y mujeres.

Se peleaba con los perros callejeros.

Qué narices, se peleaba con el tiempo.

Daba puñetazos a la lluvia como un loco.

En serio.

—Venga, nenaza —dijo Rowdy—, vamos al *powwow*. No puedes encerrarte en casa el resto de tu vida. Te convertirás en un gnomo o algo así.

—¿Y si alguien se mete conmigo? —pregunté.

—Me meteré yo con ellos.

—¿Y si alguien me mete el dedo en la nariz? —pregunté.

—Te meteré el dedo en la nariz yo también —contestó Rowdy.

—Eres mi héroe —dije.

—Ven al *powwow* —insistió él—, por favor.

Es todo un acontecimiento que Rowdy sea educado.

—Vale, vale —contesté.

Así que Rowdy y yo caminamos los cinco kilómetros que nos separaban del terreno en el que se celebraba el *powwow*. Era de noche, serían más o menos las ocho, y estaban cantando y tocando los tambores muy alto y de una forma maravillosa.

Estaba entusiasmado. Aunque también empezaba a estar hipotérmico. En el *powwow* de la tribu *spokane*, durante el día hace muchísimo calor y por la noche hace un frío que pela.

—Tendría que haberme traído el abrigo —dije.

—No seas blando —contestó Rowdy.

—Vamos a ver la danza del pollo —dije.

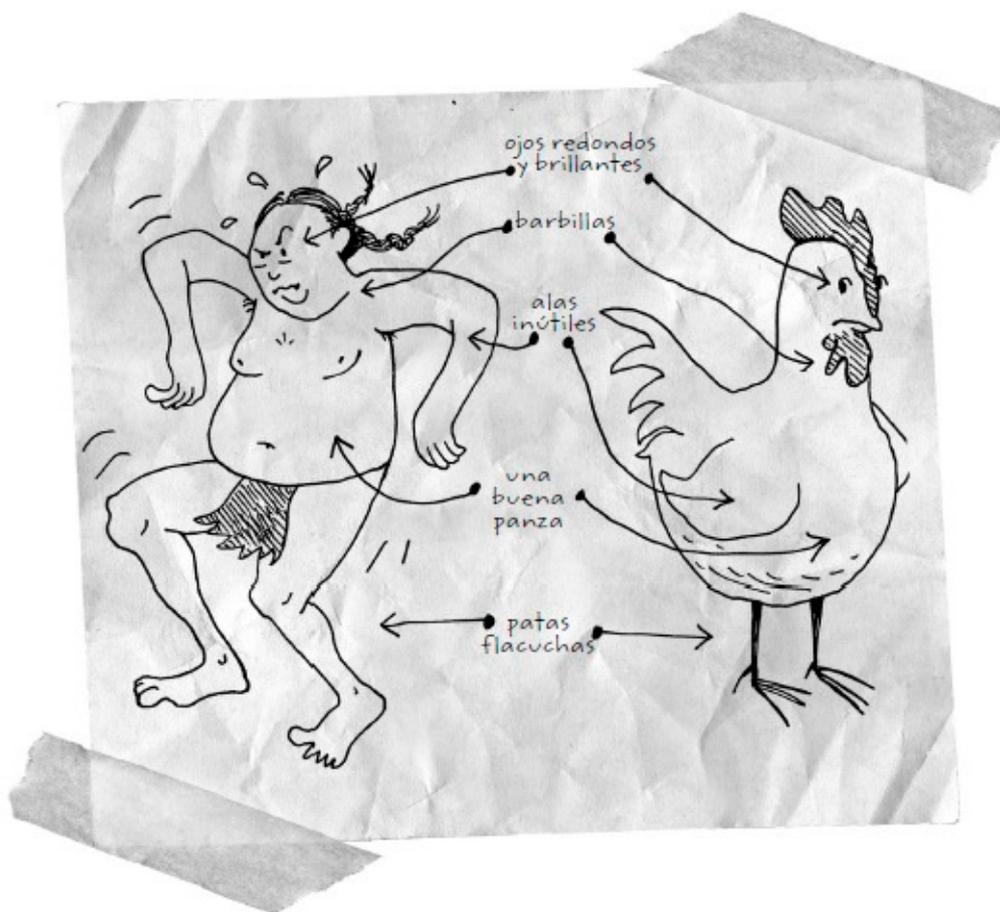
Me encantan los bailarines que hacen la danza del pollo porque, bueno..., bailan como pollos. Y ya sabes lo mucho que me gusta el pollo.

—Esto es un coñazo —dijo Rowdy.

—Vamos a verlo sólo un rato y después podemos ir a apostar o lo que sea —dije.

—Vale —contestó Rowdy. Es la única persona que me escucha.

Fuimos abriéndonos camino entre coches, furgonetas, caravanas y todoterrenos aparcados, tiendas de campaña de plástico y tipis de piel de ciervo.



—Eh, vamos a comprar whisky de contrabando —dijo Rowdy—. Tengo cinco pavos.

—No te emborraches —le dije—. Te pondrás desagradable.

—Ya soy desagradable —contestó Rowdy.

Se empezó a reír, tropezó con un palo de una tienda y chocó contra un monovolumen. Se dio con la cara en una ventanilla y se pilló el hombro con el espejo retrovisor.

Tuvo bastante gracia, así que me reí.

Fue un error.

Rowdy se puso hecho una furia.

Me tiró al suelo de un empujón y casi me da una patada. Dirigió la pierna hacia mí, pero la apartó en el último segundo. Se notaba que quería hacerme daño por haberme reído. Pero soy su amigo, su mejor amigo, su único amigo. No podía hacerme daño. Así que cogió una bolsa de basura llena de botellas de cerveza vacías y la estampó contra el monovolumen.

Saltaron cristales por todas partes.

Después cogió una pala que alguien había estado usando para cavar agujeros para hacer una barbacoa, se dirigió hacia el monovolumen y empezó a darle golpes a la bestia.

¡Plaf! ¡Pum! ¡Chas!

Abolló las puertas, destrozó las ventanillas y se cargó los espejos.

Tenía miedo de Rowdy y tenía miedo de que me metieran en la cárcel por vandalismo, así que salí corriendo.

Fue un error.

Llegué corriendo justo a donde estaban acampados los hermanos Andruss. Los Andruss —John, Jim y Joeson— los trillizos más crueles de la historia de la humanidad.

—Eh, mirad —dijo uno—, es Cabeza Hidro.

Sí, esos capullos se burlaban de mi trastorno cerebral. Encantadores, ¿eh?

—No, no es Hidro —dijo otro de los hermanos—, es Hidrógeno.

No sé cuál lo dijo, no era capaz de distinguirlos. Decidí salir corriendo otra vez, pero uno de ellos me agarró y me empujó hacia otro de los hermanos. Los tres me empujaron de un lado a otro. Estaban jugando a pasarme como si fuera una pelota.

—Hidrosoluble.

—Hidrocarburo.

—Hidrólisis.

—Hidrodinámico.

—Hidroeléctrico.

—Hidro-pótamo.

—Hidro Sapiens.

Caí al suelo. Uno de los hermanos me levantó, me sacudió el polvo y me dio un rodillazo en los huevos.

Volví a caer al suelo, sujetando mi delicada entrepierna, e intenté no gritar.

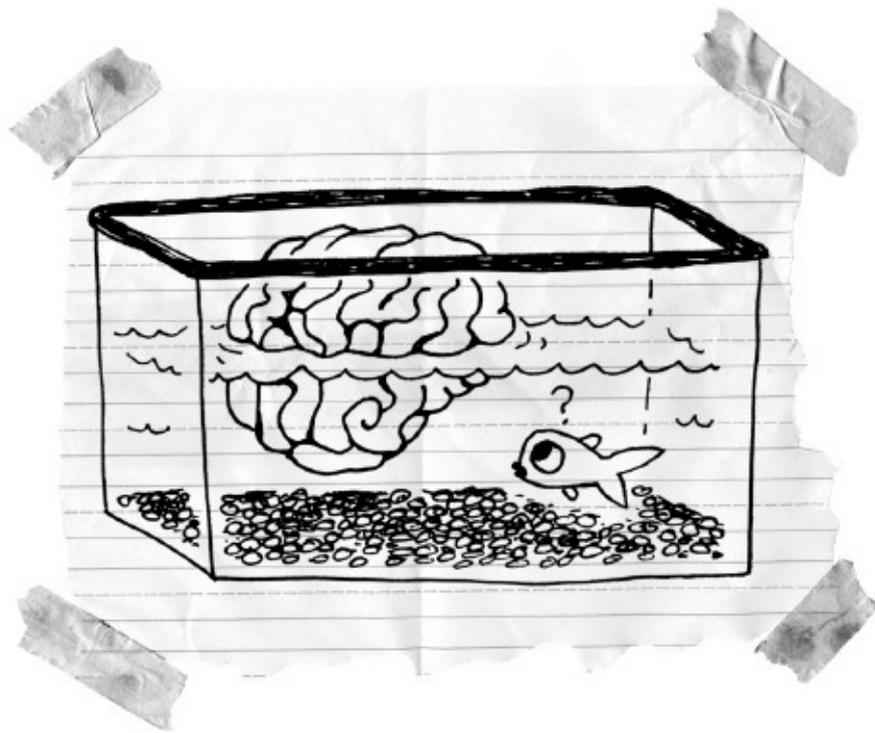
Los hermanos Andruss se marcharon riéndose.

Ah, por cierto, ¿he mencionado que los trillizos Andruss tienen treinta años?

¿Qué clase de hombres pegan a un chaval de catorce años?

Gilipollas de primera división.

Estaba tirado en el suelo, protegiéndome los huevos con la misma ternura con la que una gallina protege los suyos, cuando apareció Rowdy.



—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó.

—Los hermanos Andruss —contesté.

—¿Te han dado en la cabeza? —preguntó. Sabe que tengo el cerebro delicado. Si los hermanos Andruss me hubieran abierto de un puñetazo el acuario que tengo en el cráneo, podría haber inundado todo el *powwow*.

—Mi cerebro está bien —dije—, pero mis huevos están a punto de morir.

—Voy a matar a esos imbéciles —dijo Rowdy.

Por supuesto, Rowdy no mató a los hermanos Andruss, pero nos escondimos cerca de su campamento hasta las tres de la madrugada. Volvieron haciendo eses y cayeron redondos en su tienda. Entonces Rowdy entró sigilosamente, les afeitó las cejas y les cortó las trenzas.

Eso es posiblemente lo peor que le puedes hacer a un indio. Habían estado años dejándose crecer el pelo. Y Rowdy se lo cortó en cinco segundos.

Quise a Rowdy por haber hecho eso. Me sentí culpable por quererle por eso, pero la venganza también es una sensación bastante agradable.

Los hermanos Andruss nunca descubrieron quién les había cortado el pelo y las cejas. Rowdy propagó el rumor de que habían sido unos indios makah de la costa.

—No te puedes fiar de esos cazadores de ballenas —decía Rowdy—, son capaces de cualquier cosa.

Pero antes de que pienses que Rowdy sólo vale para vengarse y dar palizas a la gente, los monovolúmenes y las gotas de lluvia, te contaré algo tierno sobre él: le encantan los cómics.

Pero no los de superhéroes molones como *Daredevil* o *X-Men*. No, él lee los viejos y ñoños, como *Snoopy* y *Carlitos*, *Popeye* y *Los pitufos*. Cosas para niños. Los

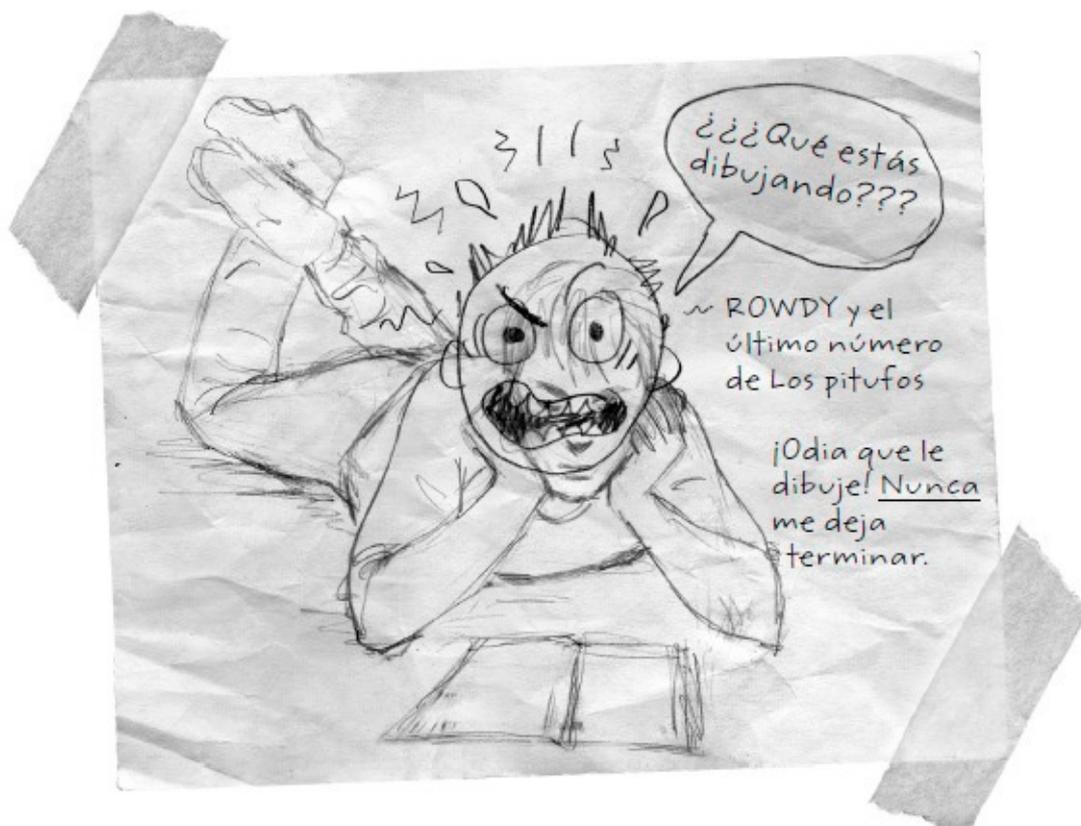
tiene escondidos en un agujero en la pared, dentro del armario de su habitación. Casi todos los días voy a su casa y leemos juntos esos cómics.

Rowdy no lee muy deprisa, pero es perseverante. Y se ríe sin parar de los chistes malos, por muchas veces que haya leído el mismo cómic.

Me gusta cómo suena la risa de Rowdy. No la oigo muy a menudo, pero siempre es una especie de avalancha de jajá y jojó y jijí.

Me gusta hacerle reír. Le encantan mis viñetas.

Él también es un tontorrón soñador, como yo. Le gusta hacer como si viviera dentro de los cómics. Supongo que una vida falsa dentro de un cómic es mucho mejor que su vida real.



Así que dibujo viñetas para alegrarle, para darle otros mundos en los que vivir. Dibujo sus sueños.

Soy la única persona con la que habla de sus sueños. Y él es la única persona con la que yo hablo de mis sueños.

Le cuento mis miedos.

Creo que quizá Rowdy es la persona más importante de mi vida. Puede que más importante que mi familia. ¿Puede ser más importante tu mejor amigo que tu familia?

Yo creo que sí.

Me refiero a que, después de todo, paso mucho más tiempo con Rowdy que con cualquier otra persona.

Vamos a echar la cuenta.

Calculo que Rowdy y yo hemos pasado juntos una media de 8 horas al día durante los últimos 14 años.

Eso son 8 horas por 365 días por 14 años.

Eso significa que Rowdy y yo hemos pasado juntos 40 880 horas.

No hay nadie que se acerque siquiera a esa cantidad.

De verdad.

Rowdy y yo somos inseparables.

Porque Geometría no es un país cerca de Grecia

Tenía 14 años y era mi primer día de instituto. Estaba contento. Y estaba especialmente entusiasmado con mi primera clase de geometría.

Sí, he de admitir que los triángulos isósceles me revolucionan las hormonas.

A casi todos los tíos, de cualquier edad, les excitan las curvas y los círculos, pero a mí no. No me entiendas mal, me gustan las chicas y sus curvas. Y me gustan mogollón las mujeres y sus curvas aún más curvas.

Me paso horas en el baño con una revista que trae mil fotos de actrices desnudas:

*Mujer desnuda + mano derecha =
dale a tu cuerpo alegría*

Sí, es verdad, reconozco que me masturbo.

Estoy orgulloso de ello.

Se me da bien.

Soy ambidiestro.

Si hubiera una Liga Profesional de Masturbadores, llegaría al primer puesto y ganaría un montón de dinero.

A lo mejor estás pensando: «Bueno, la verdad es que no deberías hablar sobre masturbación en público».

Pues mala suerte, voy a hablar de ello porque TODO EL MUNDO lo hace. Y a TODO EL MUNDO le gusta.

Y si Dios no hubiera querido que nos masturbáramos, Dios no nos habría dado pulgares.

Así que doy gracias a Dios por mis pulgares.

Pero la cosa es que, por mucho tiempo que pasemos mis pulgares y yo con las curvas de esas mujeres imaginarias, me atraen mucho más los ángulos rectos de los edificios.

Cuando era pequeño, me metía debajo de la cama y me acurrucaba en una esquina para dormir. Sentía calor y seguridad al apoyarme en dos paredes al mismo tiempo.

Cuando tenía ocho, nueve y diez años, dormía en el armario de mi habitación con la puerta cerrada. Dejé de hacerlo sólo porque mi hermana mayor, Mary, me dijo que estaba intentando volver al vientre materno.

Eso arruinó por completo lo del armario.

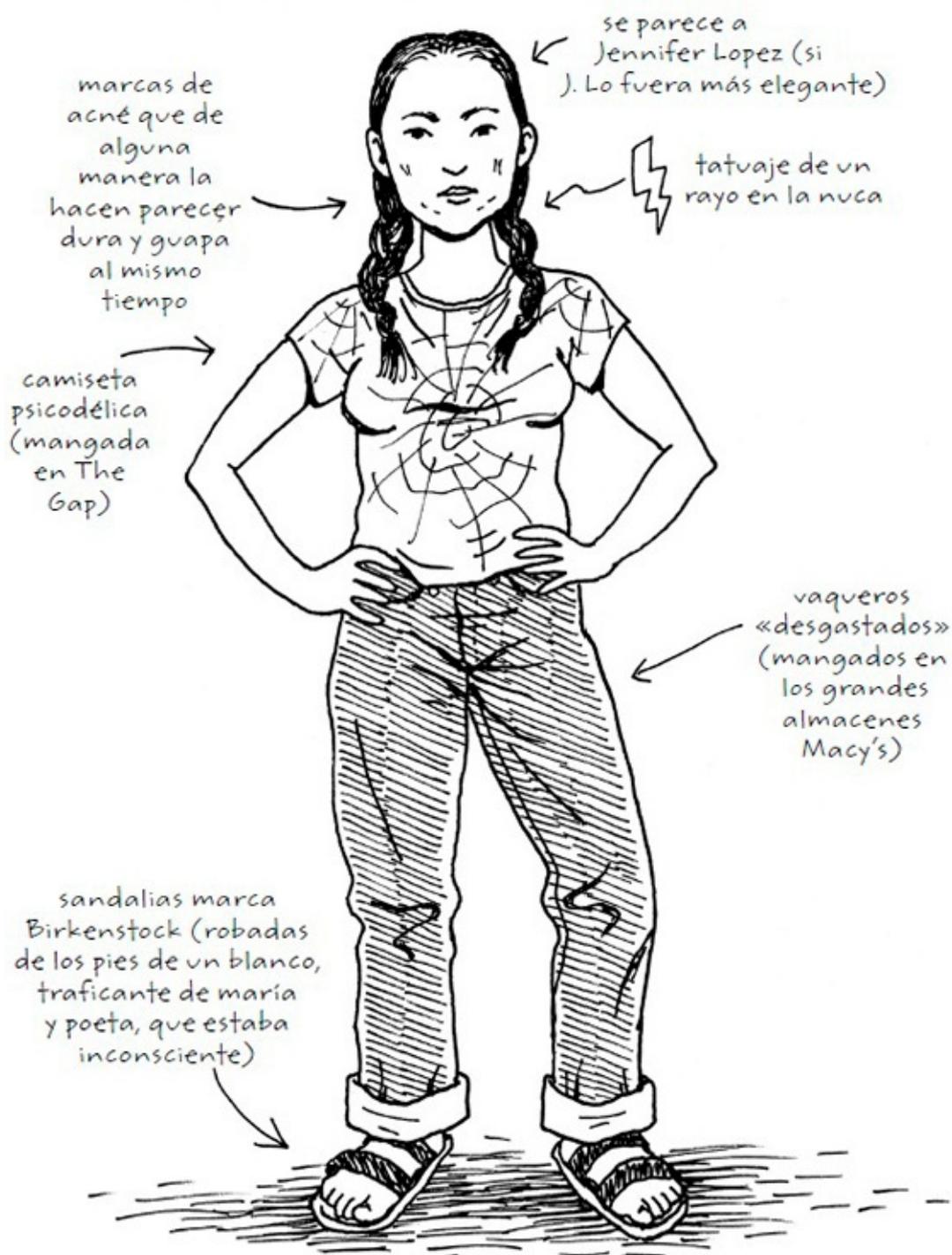
No me entiendas mal, no tengo nada en contra del útero de mi madre. Después de todo, allí es donde me hicieron. Así que tengo que decir que soy pro útero. Pero no

tengo ningún interés en volver a casa, por así decirlo.

A mi hermana se le da bien estropear las cosas.

Después del instituto, mi hermana se paralizó. No fue a la universidad, no empezó a trabajar. No hizo nada. Supongo que es algo triste. Pero mi hermana también es guapa y fuerte y divertida. Es la persona más guapa y más fuerte y más divertida que haya pasado veintitrés horas al día sola en un sótano.

MARY EN SU MUNDO



Está tan loca y es tan espontánea que la llamamos Mary en su Mundo. No me parezco en nada a ella. Yo soy estable. Yo disfruto de la vida.

Disfruto de las clases.

Rowdy y yo estamos pensando en apuntarnos a baloncesto en el instituto.

El año pasado, Rowdy y yo fuimos los mejores jugadores del equipo de octavo, pero no creo que yo vaya a ser muy bueno en el instituto.

Seguro que Rowdy empezará a jugar en el equipo de los mejores jugadores desde el primer año de instituto, pero supongo que a mí me machacarán los chicos más altos y fuertes. Una cosa es encestar contra otros chicos de octavo y otra muy distinta, anotar cuando juegas con monstruos de instituto.

Seguro que yo chuparé banquillo en el equipo C mientras Rowdy alcanza fama y gloria en todo el estado.

Me preocupa un poco que Rowdy empiece a juntarse con los tíos mayores y me deje de lado.

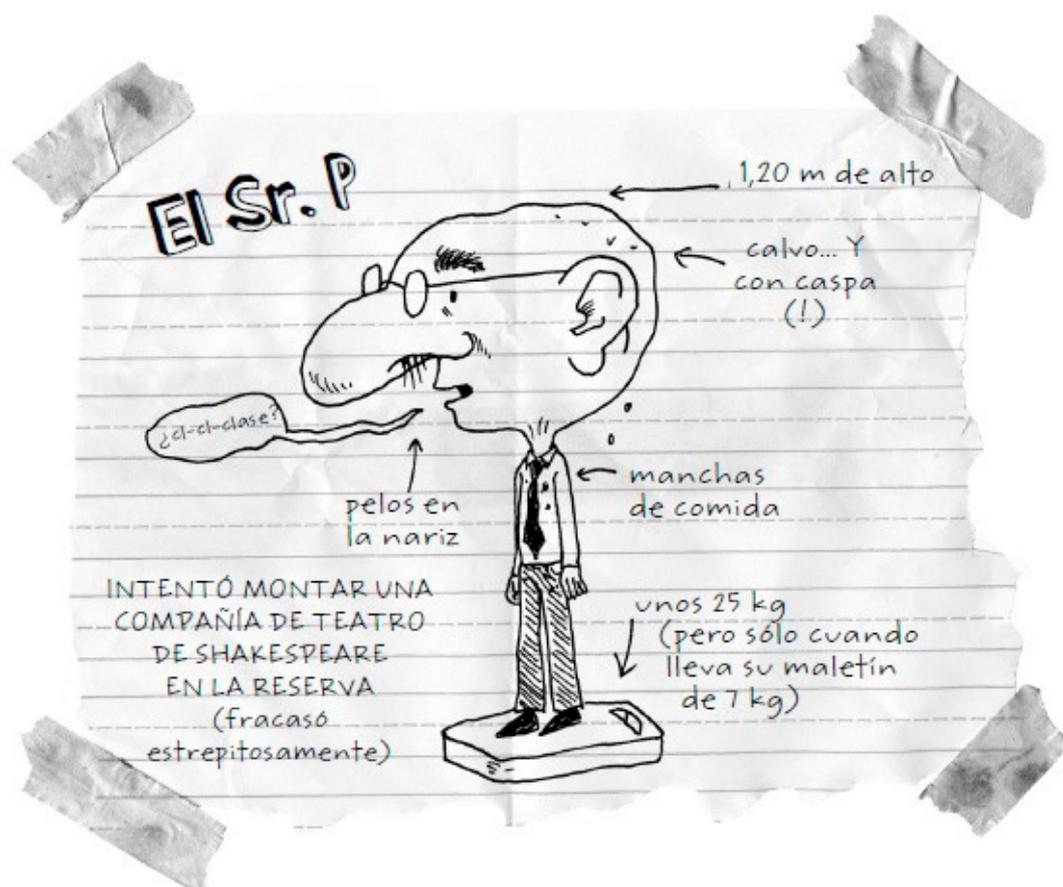
También me preocupa que él mismo empiece a meterse conmigo.

Tengo miedo de que empiece a odiarme tanto como todos los demás.

Pero siento más alegría que miedo.

Y sé que los otros chicos se van a meter conmigo por estar tan emocionado con las clases. Pero me da igual.

Estaba sentado en un aula en mi primer año en el instituto Wellpinit cuando el Sr. P entró con aire perezoso y con una caja llena de libros de geometría.



Te aseguro que el Sr. P es un tipo de lo más raro.

Aunque, por muy raro que sea su aspecto, lo más raro del Sr. P, sin ninguna duda, es que a veces se olvida de venir a clase.

Lo repetiré: ¡EL SR. P A VECES SE OLVIDA DE VENIR A CLASE!

Sí, tenemos que mandar a algún alumno al recinto de las viviendas de profesores que hay detrás del colegio para que despierte al Sr. P, que siempre está como un tronco delante de la televisión.

Es verdad, el Sr. P a veces da la clase en pijama.

Es un viejo raro, pero a casi todos los alumnos nos gusta porque no nos exige demasiado. Claro, ¿cómo vas a pretender que tus alumnos se esfuercen si apareces en pijama y zapatillas?

Sí, ya sé que es extraño, pero es cierto que la tribu da alojamiento a todos los profesores en pequeñas casas de una sola habitación y viejas caravanas llenas de humedad detrás del colegio. No se puede ser profesor en nuestro colegio si no se vive ahí. Es una especie de campo de trabajos forzados para nuestros salvadores misioneros blancos y conservadores y para los idealistas vegetarianos blancos y liberales.

Algunos de nuestros profesores nos hacen comer alpiste para que nos sintamos más cercanos a la tierra, mientras que otros odian a los pájaros porque se supone que son lacayos del Diablo. Es como si te dieran clase el Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Pero el Sr. P no es un fanático de los demócratas, los republicanos, los cristianos o el Diablo. Sólo es un dormilón.

Sin embargo, algunos padres están completamente convencidos de que es aquel contable siciliano que testificó en contra de la mafia y al que tuvieron que ocultar con ese Programa Secreto de Traslado de Testigos.

Supongo que, por algún estúpido motivo, tiene sentido.

Si el gobierno quiere ocultar a alguien, probablemente no haya ningún lugar más aislado que mi reserva, que se encuentra aproximadamente a un millón de kilómetros al norte de Importante y a dos mil millones de kilómetros al oeste de Feliz. Aun así, caray, creo que la gente se toma demasiado en serio *Los Soprano*.

Yo más bien creo que el Sr. P sólo es un viejo solitario que antes fue un joven solitario. Y, por alguna razón que no alcanzo a comprender, a los blancos solitarios les gusta juntarse con indios más solitarios.

—Muy bien, chicos, vamos a ponernos manos a la obra —dijo el Sr. P mientras repartía los libros de geometría—. ¿Qué tal si hacemos algo raro y empezamos por la página 1?

Cogí mi libro y lo abrí.

Quería olerlo.

Qué narices, quería besarlo.

Sí, besarlo.

Es cierto, doy besos a los libros.

Puede que eso sea un poco pervertido, o puede que sólo sea romántico y sumamente inteligente.

Pero mis labios y yo nos paramos en seco cuando vi lo que estaba escrito en la primera página:

ESTE LIBRO PERTENECE A AGNES ADAMS

Vale, probablemente ahora mismo te estarás preguntando: «¿Quién es Agnes Adams?».

Bien, te lo diré: Agnes Adams es mi madre. ¡MI MADRE! Y Adams es su apellido de soltera.

Eso significa que mi madre nació siendo una Adams y seguía llamándose Adams cuando escribió su nombre en ese libro. Y tenía treinta años cuando me tuvo. Sí, eso significa que tenía delante un libro de geometría que tenía al menos treinta años más que yo.

No podía creerlo.

¿A que es horrible?

Mi instituto y mi tribu son tan pobres y tan tristes que tenemos que estudiar con los mismos puñeteros libros con los que estudiaron nuestros padres. Ésa es sin duda la cosa más triste del mundo.

Te aseguro que aquel viejísimo y decrépito libro de geometría me golpeó el corazón con la fuerza de una bomba atómica. Mis esperanzas y mis sueños se elevaron flotando en una nube con forma de seta. ¿Qué haces cuando el mundo te ha declarado la guerra nuclear?



La esperanza es lo último que se pierde

Por supuesto, me expulsaron del instituto durante unos días después de que le diera en la cara al Sr. P, aunque fuera de forma completamente accidental.

Está bien, no fue exactamente un accidente.

Después de todo, quería dar a *algo* cuando lancé ese libro prehistórico. Pero no quería dar a *alguien*, y desde luego no pretendía romperle la nariz a un profesor de matemáticas mafioso.

—Es la primera vez que das a algo a lo que estabas apuntando —dijo mi hermana mayor.

—Estamos muy decepcionados —dijo mi madre.

—Estamos muy decepcionados contigo —dijo mi padre.

Mi abuela simplemente se sentó en su mecedora y lloró sin parar.

Estaba avergonzado. Nunca antes me había metido en líos.

Una semana después de que me expulsaran, estaba sentado en el porche delantero, pensando en cosas, meditando, cuando el bueno del Sr. P se acercó caminando. Llevaba un enorme vendaje en la cara.

—Siento lo de su cara —dije.

—Siento que te expulsaran —dijo él—. Espero que sepas que no fue idea mía.

Cuando le golpeé en la cara, pensé que el Sr. P querría contratar a un asesino a sueldo. Bueno, quizá eso sea ir demasiado lejos. El Sr. P no quería matarme, aunque no creo que le hubiera importado si yo hubiera sido el único superviviente de un avión que se estrellara en mitad del océano Pacífico.



Pensaba que, como poco, iban a meterme en la cárcel.

—¿Puedo sentarme aquí contigo? —me preguntó el Sr. P.

—Claro —contesté. Me puse nervioso. ¿Por qué estaba tan simpático? ¿Estaba planeando un ataque sorpresa? A lo mejor iba a darme en la nariz con un libro de cálculo.

Pero el tipo sólo se sentó y se quedó callado tranquilamente durante mucho rato. Yo no sabía qué hacer o qué decir, así que me quedé sentado y tan callado como él. Aquel silencio se volvió tan grande y real que parecía que hubiera tres personas sentadas en el porche.

—¿Sabes por qué me golpeaste con el libro? —preguntó finalmente el Sr. P.

Era una pregunta con trampa. Sabía que tenía que contestarla bien o se enfadaría.

—Le golpeé porque soy tonto.

—No eres tonto.

Respuesta incorrecta.

Mecachis.

Volví a intentarlo.

—No quería darle —dije—. Apunté a la pared.

—¿De verdad apuntaste a la pared?

Maldita sea.

Era como si me estuviera interrogando.

Estaba empezando a inquietarme.

—No —contesté—, la verdad es que no apunté a nada. Bueno, sí quería darle a algo. Ya sabe, a la pared, o a una mesa, o a la pizarra. No sé, a algo que estuviera muerto, no a algo vivo.

—¿Vivo como yo?

—O como una planta.

El Sr. P tenía tres plantas en el aula. Hablaba con esas cosas verdes más que con nosotros.

—Sabes que dar a una planta y darme a mí son dos cosas distintas, ¿verdad? —dijo.

—Sí, lo sé.

Sonrió misteriosamente. A los adultos se les da genial sonreír misteriosamente. ¿Irán a la universidad para eso?

Estaba flipando cada vez más. ¿Qué quería?

—Oiga, Sr. P, no quiero ser maleducado o algo así, pero me está dejando..., no sé, flipado. Quiero decir..., ¿para qué ha venido realmente?

—Bueno, quiero que sepas que golpearme con ese libro es probablemente lo peor que has hecho en tu vida. No importa lo que querías hacer. Lo que importa es lo que hiciste: le rompiste la nariz a una persona mayor, y eso es casi imperdonable.

Ahora sí que iba a castigarme. No podía pegarme con sus puños de persona mayor, pero podía herirme con sus palabras de persona mayor.

—Sin embargo, te perdono —dijo—. Por muy pocas ganas que tenga de perdonarte, tengo que hacerlo. Es lo único que hace que no te pegue un buen azote. Eso es lo que les hacíamos a los que armaban bulla cuando yo empecé a dar clase aquí, ¿sabes? Les pegábamos. Así es como nos enseñaron que teníamos que enseñaros. Se suponía que teníamos que matar al indio para salvar al niño.

—¿Usted mataba indios?

—No, no, es una forma de hablar. No mataba indios literalmente. Se suponía que teníamos que hacer que dejarais de ser indios. Que abandonarais vuestras canciones e historias, vuestra lengua, vuestras danzas. Todo. No intentábamos matar a los indios. Intentábamos matar la cultura india.

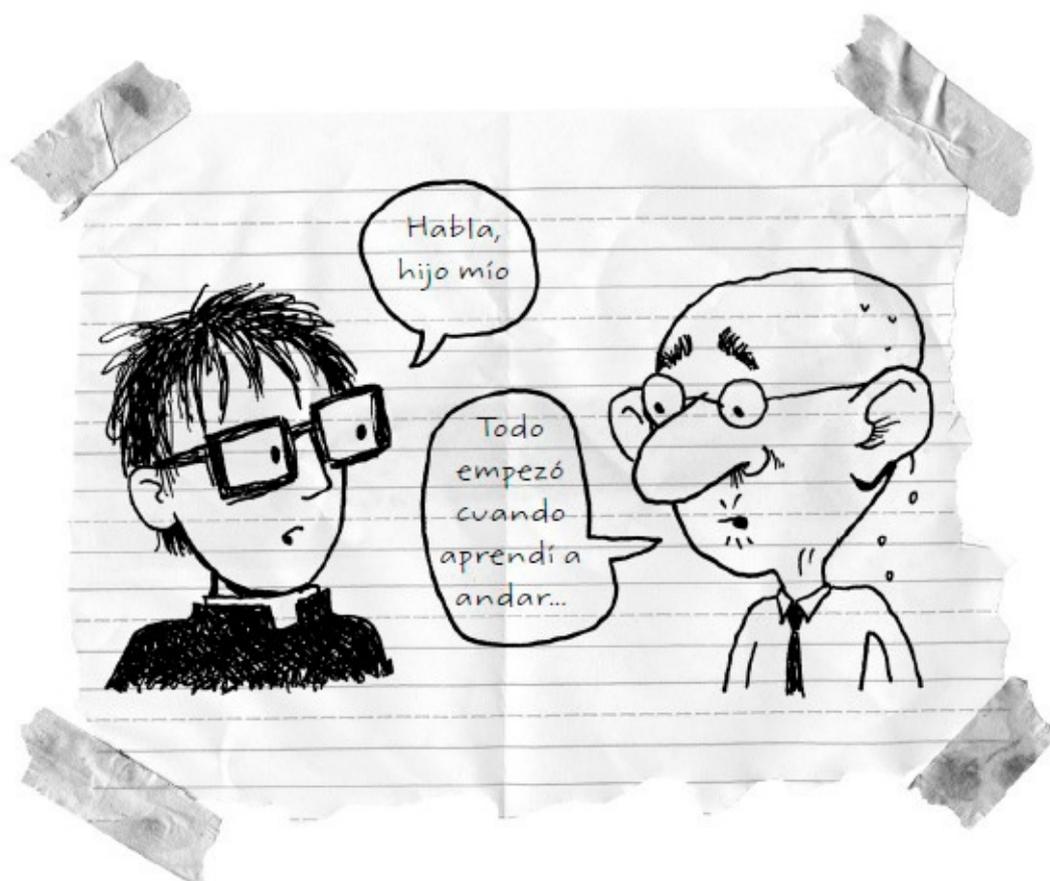
Tío, en aquel momento odié al Sr. P con todas mis fuerzas. Maldita sea, ojalá hubiera tenido toda una colección de enciclopedias para tirársela.

—No puedo pedir perdón a toda la gente a la que hice daño —dijo el Sr. P—, pero puedo pedirte perdón a ti.

Era como el mundo al revés. Yo le había roto la nariz y él estaba intentando pedirme perdón.

—Hice daño a muchos niños indios cuando era un joven profesor —dijo—. Puede que rompiera más de un hueso.

De pronto me di cuenta de que se estaba confesando conmigo.



—Era otra época —dijo el Sr. P—, una mala época. Muy mala. Aquello no estaba bien, pero yo era joven y estúpido y tenía la cabeza llena de ideas. Justo igual que tú.

El Sr. P sonrió. Me sonrió. Tenía un trocito de lechuga entre los dientes.

—También di clase a tu hermana, ¿sabes? —dijo.

—Sí, lo sé.

—Era la alumna más inteligente que he tenido nunca. Era incluso más inteligente que tú.

Sabía que mi hermana era inteligente, pero nunca antes había oído a un profesor decir eso sobre ella. Y nunca había oído a nadie decir que fuera más inteligente que yo. Estaba contento y celoso al mismo tiempo.

¿Mi hermana, el topo que vivía en el sótano, era más inteligente que yo?

—Bueno —dije—, mis padres también son bastante inteligentes, así que supongo que es de familia.

—Tu hermana quería ser escritora —dijo el Sr. P.

—¿Sí?

Aquello me sorprendió. Ella nunca me había contado nada sobre eso. Ni a papá o a mamá. Ni a nadie.

—Nunca la he oído decir eso —dije.

—Le daba vergüenza contarlo —dijo el Sr. P—. Siempre pensaba que la gente se burlaría de ella.

—¿Por escribir libros? La gente de aquí habría pensado que era una heroína. A lo mejor también podría haber hecho pelis o algo así. Habría sido guay.

—Bueno, no le avergonzaba la idea de escribir libros. Le daba vergüenza el tipo de libros que quería escribir.

—¿Qué tipo de libros quería escribir? —pregunté.

—Te vas a reír.

—No me reiré.

—Sí te reirás.

—No me reiré.

—Sí te reirás.

Genial, nos habíamos convertido en niños de siete años.

—Dígamelo —dije.

Era raro que un profesor me estuviera contando cosas sobre mi hermana que yo no sabía. Me preguntaba qué más cosas habría que no supiera de ella.

—Quería escribir novelas rosas.

Obviamente, se me escapó una risita.

—Eh, se suponía que no te ibas a reír —dijo el Sr. P.

—No me he reído.

—Sí te has reído.

—No me he reído.

—Sí te has reído.

—Puede que me haya reído un poco.

—Reírse un poco sigue siendo reírse.

Entonces sí que me reí de verdad. Una gran carcajada.

—Novelas rosas —dije—, ¿esas cosas no son un poco ñoñas?

—A mucha gente, sobre todo mujeres, le encantan. Se venden millones de esos libros. Hay muchos escritores que se hacen de oro escribiendo novelas rosas.

—¿Qué tipo de novelas rosas quería escribir? —pregunté.

—La verdad es que nunca lo dije, pero le gustaba leer las indias, ¿sabes a cuáles me refiero?

Sí, lo sabía. En aquellas novelas siempre se contaba una aventura amorosa entre la mujer de un pastor protestante o una maestra blanca y virginal y un guerrero indio mestizo. Las portadas eran divertidísimas.

—¿Sabe? —dije—, creo que nunca he visto a mi hermana leer una cosa de ésas.

—Las tenía escondidas —contestó el Sr. P.

He ahí una gran diferencia entre mi hermana y yo. Yo escondo revistas llenas de fotos de mujeres sin ropa; mi hermana esconde novelas rosas sentimentales que narran historias sobre mujeres (y hombres) sin ropa.



Yo quiero imágenes; mi hermana quiere palabras.

—No recuerdo haberla visto escribiendo nunca —dije.

—Bueno, le encantaba escribir relatos. Pequeños relatos románticos. No dejaba que nadie los leyera, pero siempre estaba garabateando en su cuaderno.

—Guau —dije.

Es todo lo que podía decir.

Es decir, mi hermana se había convertido en un humanoide que vivía bajo tierra. No es que aquello fuera muy romántico. O puede que sí. Puede que mi hermana estuviera todo el día leyendo novelas rosas. Puede que estuviera atrapada dentro de aquellas novelas rosas.

—Yo pensaba que llegaría a ser escritora —dijo el Sr. P—. No paraba de escribir en su cuaderno. Y siempre intentaba reunir el valor suficiente para enseñárselo a alguien. Después, simplemente dejó de hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté.

—No lo sé.

—¿No tiene ni siquiera una idea?

—No, la verdad es que no.

¿Había estado manteniendo su sueño de ser escritora, aunque sin esforzarse demasiado en ello, y hubo algo que hizo que lo abandonara?

Tenía que ser eso, ¿no? Le había pasado algo malo, ¿no? Joder, vivía en el sótano. La gente no vive escondida en un sótano cuando es feliz.

Claro que mi hermana no es muy distinta de mi padre en ese sentido.

Cuando mi padre no está por ahí bebiendo, pasa casi todo el tiempo en su habitación, solo, viendo la tele.

Normalmente ve el baloncesto.

No le importa que yo entre en la habitación y vea los partidos con él, pero nunca hablamos mucho. Simplemente nos sentamos allí en silencio y vemos el partido. Mi padre ni siquiera se alegra con sus equipos o jugadores favoritos. Apenas muestra alguna reacción durante el partido.

Supongo que está deprimido.

Supongo que mi hermana está deprimida.

Supongo que toda la familia está deprimida.

Pero sigo queriendo saber el motivo exacto por el que mi hermana renunció a su sueño de escribir novelas rosas.

Sí, vale, es un sueño un poco tonto. ¿Qué clase de indio escribe novelas rosas? Pero, aun así, es bastante guay. Me encanta la idea de poder leer los libros de mi hermana. Me encanta la idea de poder entrar en una librería y ver su nombre en la portada de una novela grande y bonita.

La pasión del río Spokane, de Mary en su Mundo.

Eso sería guay.

—Aún podría escribir un libro —dije—. Siempre hay tiempo para cambiar tu vida.

Casi me dieron arcadas cuando dije aquello. Ni siquiera me lo creía. Nunca hay tiempo suficiente para cambiar tu vida. Uno no consigue cambiar su vida, y punto. Mierda, puede que yo estuviera intentando escribir una novela rosa.

—Mary era una estrella brillante y luminosa —dijo el Sr. P—, y después se fue apagando año tras año hasta que ya apenas se la veía.

Guau, el Sr. P era un poeta.

—Y tú también eres una estrella brillante y luminosa —dijo—. Eres el chico más inteligente del instituto y no quiero que fracases, no quiero que te apagues. Tú te mereces algo mejor.

Yo no me sentía inteligente.

—Quiero que lo digas —dijo el Sr. P.

—¿Que diga qué?

—Quiero que digas que te mereces algo mejor.

No podía decir eso. No era verdad. Sí, quería algo mejor, pero no me lo merecía. Yo era el chaval que lanzaba libros a los profesores.

—Eres un buen chico. Te lo mereces todo.

Guau, me dieron ganas de llorar. Jamás un profesor me había dicho algo tan bonito, tan increíblemente bonito.

—Gracias —dije.

—De nada —contestó—. Ahora dilo.

—No puedo.

Y entonces sí que lloré. Las lágrimas me caían por las mejillas. Me sentí muy débil.

—Lo siento —dije.

—No tienes que sentirlo por nada —dijo—. Bueno, más vale que lo sientas por haberme golpeado, pero no debes sentirte mal por llorar.

—No me gusta llorar —dije—. Algunos chicos me pegan cuando lloro. A veces me hacen llorar para poder pegarme por llorar.

—Lo sé —dijo—. Y nosotros no hacemos nada por impedirlo. Dejamos que se metan contigo.

—Rowdy me protege.

—Ya sé que Rowdy es tu mejor amigo, pero él es... es... es... —tartamudeó el Sr. P. No sabía bien qué decir o hacer—. Sabes que su padre le pega, ¿verdad?

—Sí —contesté. Cada vez que Rowdy llegaba a clase con un ojo morado, se aseguraba de poner el ojo morado a otros dos chicos escogidos al azar.

—Rowdy se va a volver cada vez peor —dijo el Sr. P.

—Ya sé que Rowdy tiene mal genio y todo eso, y que no saca buenas notas ni nada, pero se ha portado bien conmigo desde que éramos pequeños. Desde que éramos bebés. Ni siquiera sé por qué se ha portado bien conmigo.

—Ya, lo sé —dijo el Sr. P—. Pero, escúchame, quiero decirte otra cosa. Y tienes que prometerme que jamás se lo dirás a nadie.

—Vale —dije.

—Prométemelo.

—Vale, vale, prometo que no se lo diré a nadie.

—A nadie. Ni siquiera a tus padres.

—A nadie.

—Bien —dijo mientras se acercaba más a mí, porque no quería que ni los árboles oyeran lo que iba a decirme—. Tienes que irte de esta reserva.

—Voy a ir luego a Spokane con mi padre.

—No, quiero decir que tienes que irte de la reserva para siempre.

—¿A qué se refiere?

—Hiciste bien en lanzarme ese libro. Merecía que me pegaran en la cara por lo que les he hecho a los indios. Habría que pegar en la cara a todos los blancos de esta reserva. Aunque te aseguro que también habría que pegar en la cara a todos los indios.

Estaba impresionado. El Sr. P estaba hecho una furia.

—Lo único a lo que se os enseña a los chavales es a rendiros. Tu amigo Rowdy se ha rendido. Por eso le gusta hacer daño a la gente. Quiere que se sientan tan mal como él.

—A mí no me hace daño.

—No te hace daño porque eres lo único bueno que hay en su vida y no quiere renunciar a eso. Es lo único a lo que no ha renunciado.

El Sr. P me agarró los hombros y se acercó tanto a mí que pude olerle el aliento.

Cebolla y ajo y hamburguesa y pena y dolor.

—Todos esos chicos se han rendido —dijo—. Todos tus amigos. Todos los abusones. Y sus padres y madres también se han rendido. Y sus abuelos se rindieron, y los abuelos de sus abuelos también. Y también yo, y todos los demás profesores. Nos han derrotado a todos.

El Sr. P estaba llorando.

No podía creerlo.

Nunca había visto llorar a un adulto sobrio.

—Pero tú no —continuó el Sr. P—, tú no puedes rendirte. Tú no vas a rendirte. Me tiraste aquel libro a la cara porque, en algún lugar de tu interior, te niegas a rendirte.

No sabía de qué estaba hablando. O quizá simplemente no quería saberlo.

Caray, era mucha presión para un chaval. Estaba cargando con el peso de mi raza, ¿entiendes? Me iba a dar dolor de espalda.

—Si te quedas en esta reserva —dijo el Sr. P—, te van a matar. Yo te voy a matar. Todos te vamos a matar. No puedes luchar contra nosotros el resto de tu vida.

—Yo no quiero luchar contra nadie —dije.

—Has estado luchando desde que naciste —dijo—. Luchaste contra aquella operación del cerebro. Luchaste contra esos ataques. Has luchado contra todos los borrachos y los drogadictos. Has mantenido la esperanza. Y ahora tienes que coger esa esperanza e ir a algún lugar en el que haya otras personas con esperanza.

Empezaba a comprenderlo. El Sr. P era profesor de matemáticas. Tenía que sumar mi esperanza a la esperanza de otros. Tenía que multiplicar esperanza por esperanza.

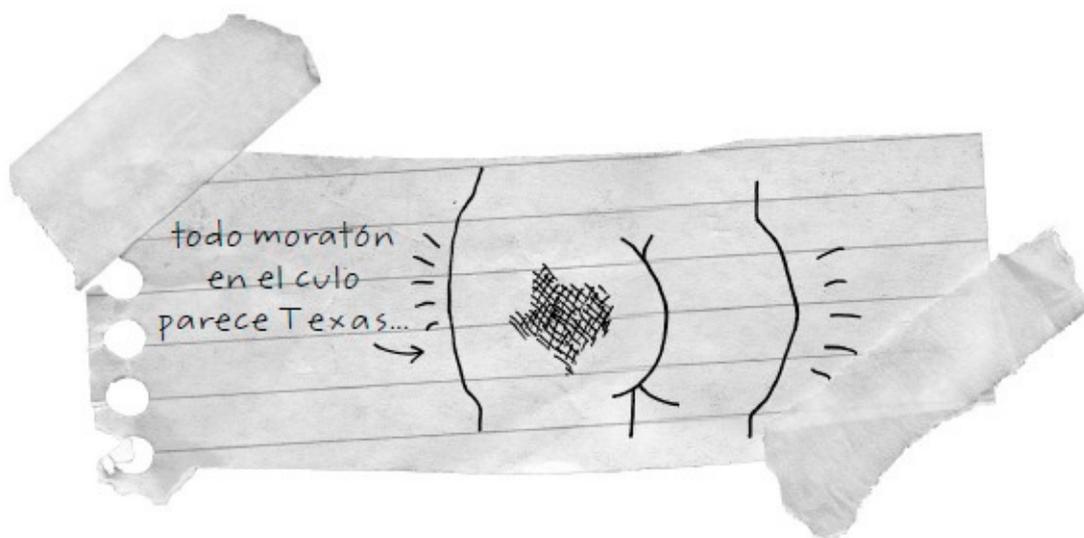
—¿Dónde está la esperanza? —pregunté—. ¿Quién tiene esperanza?

—Hijo —me dijo el Sr. P—, encontrarás más y más esperanza cuanto más y más te alejes de esta tristísima reserva.



Irse o no irse, ésa es la cuestión

Cuando el Sr. P se marchó, me quedé un buen rato sentado en el porche, pensando en mi vida. ¿Qué narices se suponía que tenía que hacer? Me sentía como si la vida acabara de darme una patada en el culo.



Me alegré mucho cuando papá y mamá volvieron del trabajo.

—Hola, colega —dijo papá.

—Hola, papá. Hola, mamá.

—Junior, ¿por qué estás tan triste? —me preguntó mamá. Ella sí que sabía.

No sabía por dónde empezar, así que empecé por la gran pregunta.

—¿Quiénes son los que más esperanza tienen? —pregunté.

Papá y mamá se miraron. Se estudiaron los ojos el uno al otro; ya sabes, como si tuvieran antenas y estuvieran mandándose señales de radio. Después, los dos volvieron a mirarme.

—Vamos —dije—, ¿quiénes son los que más esperanza tienen?

—Los blancos —dijeron mis padres al mismo tiempo.

Eso era exactamente lo que pensaba que iban a decir, así que dije lo más sorprendente que me habían oído decir en la vida.

—Quiero cambiarme de instituto —dije.

—¿Quieres ir a Hunters? —preguntó mamá.

Es otro instituto en la parte oeste de la reserva al que van indios pobres y blancos más pobres. Sí, existe un lugar en el mundo en el que los blancos son más pobres que los indios.

—No —contesté.

—¿Quieres ir a Springdale? —preguntó papá.

Es un instituto en el límite de la reserva al que van los indios más pobres y los blancos más pobres que los más pobres. Sí, existe un lugar en el mundo en el que los blancos son todavía más pobres de lo que jamás hayas imaginado.

—Quiero ir a Reardan —dije.

Reardan es el pueblo ganadero blanco y rico que se encuentra en la zona de los trigales, exactamente a 35 kilómetros de la reserva. Y supongo que es un pueblo de catetos, lleno de rancheros y paletos y polis racistas que paran a todos los indios que pasan por allí en coche.

Cuando yo era pequeño, pararon a mi padre tres veces en una semana por CSI: Conducir Siendo Indio.

Pero en Reardan se encuentra uno de los mejores institutos del estado, con una sala de ordenadores y un laboratorio enorme y un grupo de teatro y dos gimnasios con canchas de baloncesto.

Los chicos de Reardan son los más inteligentes y atléticos del mundo. Son los mejores.

—Quiero ir a Reardan —repetí. No podía creer que estuviera diciendo aquello. Me parecía tan real como decir «Quiero volar a la luna».

—¿Estás seguro? —me preguntaron mis padres.

—Sí.

—¿Cuándo quieres ir? —preguntaron.

—Ahora mismo —contesté—. Mañana.

—¿Estás seguro? —preguntaron mis padres—. Quizá podrías esperar hasta el cambio de semestre. O hasta el año que viene. Podrías empezar de cero.

—No. Si no voy ahora, no lo haré nunca. Tiene que ser ahora.

—De acuerdo —dijeron.

Sí, con mis padres era así de fácil. Casi era como si hubieran estado esperando que les preguntara si podía ir a Reardan, como si fueran adivinos o algo así.

Me refiero a que siempre han sabido que soy raro y ambicioso, así que quizá esperan que haga las cosas más raras del mundo. Y lo cierto es que ir a Reardan era una idea de lo más extraña. Pero no es raro que mis padres estuvieran de acuerdo con mis planes tan rápidamente. Quieren que mi hermana y yo tengamos una vida mejor. Mi hermana se va a otro mundo para desaparecer, pero yo me voy a otro mundo porque quiero encontrar algo. Y mis padres me quieren tanto que quieren ayudarme. Sí, mi padre es alcohólico y mi madre es ex alcohólica, pero no quieren que sus hijos sean alcohólicos.

—Va a ser difícil llevarte a Reardan —dijo papá—. No podemos permitirnos mudarnos allí, y no va a haber ningún autobús del instituto que pase por aquí.

—Vas a ser el primero que se marche de la reserva de esa manera —dijo mamá—. Los indios de por aquí se van a enfadar contigo.

Mierda, creo que los miembros de mi tribu me van a torturar.



Rowdy me canta las cuarenta

Al día siguiente de decidir que me cambiaría a Reardan y de que mis padres accedieran, fui al instituto de la tribu y encontré a Rowdy sentado en el patio, en el mismo sitio de siempre.

Estaba solo, claro. Todo el mundo tenía miedo de él.

—Pensé que seguías expulsado, cabrón —dijo. Era su forma de decir «Me alegro de que estés aquí».

—Que te den —contesté.

Quería decirle que era mi mejor amigo y que le quería un montón, pero los chicos no dicen esas cosas a otros chicos, y nadie dice esas cosas a Rowdy.

—¿Puedo contarte un secreto? —pregunté.

—Más vale que no sea sobre chicas —dijo.

—No lo es.

—Entonces vale, dímelo.

—Me voy a cambiar de instituto, a Reardan.

Rowdy entornó los ojos. Siempre entornaba los ojos cuando estaba a punto de darle una paliza a alguien. Empecé a temblar.

—No tiene gracia —dijo.

—No tiene que tener gracia —contesté—. Me cambio a Reardan y quiero que vengas conmigo.

—¿Y cuándo vas a hacer ese viaje imaginario?

—No es imaginario, es real. Y me cambio ya. Mañana empiezo las clases en Reardan.

—Más vale que dejes de decir eso —dijo—, me estás cabreando.

No quería cabrearle. Cuando Rowdy se cabreaba, tardaba días en des-cabrearse. Pero era mi mejor amigo y quería que supiera la verdad.

—No estoy intentando cabrearte —dije—, te estoy diciendo la verdad. Me voy de la reserva y quiero que vengas conmigo. Venga, será una aventura.

—Ni siquiera paso por ese pueblo en coche —dijo—, ¿qué te hace suponer que quiero ir a clase allí?

Se levantó, me miró fijamente a los ojos y escupió al suelo.

El año pasado, cuando estábamos en octavo, fuimos a Reardan para jugar contra ellos al *flag football*, una modalidad de fútbol americano sin empujones. En nuestro equipo, Rowdy era el que atacaba, el que defendía y el que pateaba el balón, y yo era el pringado que llevaba el agua a los jugadores. Perdimos contra Reardan por 45-0.

Desde luego, perder no es precisamente divertido.

A nadie le gusta perder.

Todos nos cabreamos un montón y juramos darles una paliza en el siguiente partido.

Sin embargo, dos semanas después, el equipo de Reardan vino a la reserva y nos ganó por 56-10.

En la temporada de baloncesto, Reardan nos ganó por 72-45 y 86-50, en los dos únicos partidos que perdimos en toda la temporada.

Rowdy marcó veinticuatro puntos en el primer partido y cuarenta en el segundo. Yo anoté nueve puntos en cada partido; metí tres triples de diez en el primer partido y tres de quince en el segundo. Fueron mis dos peores partidos de la temporada.

En la temporada de béisbol, Rowdy consiguió tres *home runs* en el primer partido contra Reardan y dos en el segundo, pero, aun así, perdimos por 17-3 y 12-2. Yo jugué en los dos partidos que perdimos, me eliminaron siete veces por haber hecho tres *strikes* al batear y me gané un pelotazo en un lanzamiento.

Lo triste es que eso fue lo único que gané en toda la temporada.

Tras la temporada de béisbol, fui el capitán del equipo de Wellpinit cuando nos enfrentamos a Reardan en el Concurso Académico de Secundaria; perdimos por un total de 50-1.

Sí, contestamos bien una pregunta.

Yo fui el único alumno, blanco o indio, que sabía que Jonathan Swift había escrito *Los viajes de Gulliver*. Te aseguro que los indios éramos como liliputienses y aquellos chicos de Reardan eran como gigantes.

Aquellos chicos eran excepcionales.

Lo sabían todo.

Y eran guapos.

Eran guapos e inteligentes.

Eran guapos e inteligentes y grandiosos.

Estaban llenos de esperanza.

No sé si la esperanza es blanca. Pero sé que, para mí, la esperanza es como una especie de ser mitológico:



A mí me daban miedo aquellos chicos de Reardan, y puede que también me diera miedo la esperanza, pero Rowdy odiaba todo aquello con todas sus fuerzas.

—Rowdy —dije—, me voy a Reardan mañana.

Por primera vez vio que hablaba en serio, pero no quería que hablara en serio.

—No lo harás, te da demasiado miedo —dijo.

—Voy a ir —dije.

—Ni de coña, eres una nenaza.

—Voy a hacerlo.

—Eres un cagado.

—Me voy a Reardan mañana.

—¿Seguro que es en serio?

—Rowdy —dije—, es tan serio como un tumor.

Escupió y me dio la espalda. Le toqué el hombro. ¿Por qué le tocaría el hombro? No lo sé. Soy idiota. Rowdy se dio la vuelta y me empujó.

—¡No me toques, maricón retrasado! —gritó.

Mi corazón se rompió en catorce pedazos, uno por cada año que Rowdy y yo habíamos sido amigos íntimos.

Empecé a llorar.

Eso no era ninguna sorpresa, pero Rowdy también empezó a llorar, y no le gustó nada. Se secó los ojos, se miró la mano húmeda y gritó. Estoy seguro de que aquel grito se oyó en toda la reserva. Era la cosa más horrible que había oído en mi vida.

Era dolor, puro dolor.

—Rowdy, lo siento —dije—. Lo siento.

Siguió gritando.

—Aún puedes venir conmigo, sigues siendo mi mejor amigo.

Rowdy dejó de gritar con la boca, pero siguió gritando con los ojos.

—Siempre te has creído mejor que yo —dijo.

—No, no, yo no me creo mejor que nadie. Me creo peor que todo el mundo.

—¿Por qué te vas?

—Tengo que hacerlo. Me voy a morir si no me voy.

Volví a tocarle el hombro y Rowdy dio un respingo.

Sí, volví a tocarle.

¿Qué clase de imbécil era?

Era la clase de imbécil que recibe un fuerte puñetazo de su mejor amigo en la cara.

¡Pumba! Rowdy me dio un puñetazo.

¡Pumba! Caí al suelo.

¡Pumba! La nariz me empezó a sangrar como si salieran fuegos artificiales.

Me quedé en el suelo mucho rato después de que Rowdy se fuera. Como un tonto, confiaba en que el tiempo se detendría si yo me quedaba quieto. Pero al final tuve que levantarme, y al hacerlo supe que mi mejor amigo se había convertido en mi peor enemigo.



Cómo pelear con monstruos

A la mañana siguiente, mi padre condujo los 35 kilómetros hasta Reardan para llevarme a clase.

—Tengo miedo —dije.

—Yo también —dijo él.

Me abrazó con fuerza. El aliento le olía a enjuague bucal y vodka con lima.

—No tienes que hacer esto —dijo—. Siempre puedes volver al instituto de la reserva.

—No —contesté—, tengo que hacerlo.

¿Te imaginas lo que me habría pasado si hubiera dado media vuelta y hubiera vuelto al instituto de la reserva?

Me habrían apaleado. Mutilado. Crucificado.

No puedes traicionar a tu tribu y diez minutos más tarde cambiar de opinión. Estaba en una vía de sentido único. Aunque quisiera, no había forma de dar la vuelta.

—No olvides una cosa —dijo mi padre—: esos blancos no son mejores que tú.

Pero estaba muy equivocado. Y sabía que lo estaba. Era el padre indio perdedor de un hijo indio perdedor y vivíamos en un mundo hecho para ganadores.

Pero me quería muchísimo. Me abrazó aún más fuerte.

—Esto es algo grande —dijo—. Eres muy valiente. Eres un guerrero.

Era lo mejor que podía haberme dicho.

—Ah, aquí tienes dinero para comer —dijo mientras me daba un dólar.

Éramos lo bastante pobres para que me dieran la comida gratis, pero no quería ser el único indio y, encima, un inútil necesitado de caridad.

—Gracias, papá —dije.

—Te quiero —dijo.

—Yo también te quiero.

Me sentí más fuerte, así que salí del coche y me dirigí a la puerta principal. Estaba cerrada con llave.

Me quedé parado y solo en la acera y observé a mi padre alejarse en el coche. Esperaba que fuera directamente a casa y no parara en un bar a gastarse todo el dinero que le quedara.

Esperaba que se acordara de volver a recogerme después de clase.

Me quedé parado y solo delante de la puerta durante unos larguísimos minutos.

Aún era pronto y tenía un ojo morado por el puñetazo de despedida de Rowdy. No, tenía el ojo morado, azul, amarillo y negro. Parecía arte contemporáneo.

Entonces empezaron a llegar los chicos blancos. Me rodearon. Aquellos chicos no eran simplemente blancos, eran translúcidos. Se veían las venas corriendo como ríos por su piel.

La mayoría eran como yo o más bajos, pero había diez o doce chavales que eran como monstruos. Tíos blancos gigantes. Parecían hombres, no chicos. Debían de estar en el último curso. Algunos daban la impresión de tener que afeitarse dos o tres veces al día.

Tenían la mirada fija en mí, en el chico indio con el ojo morado y la nariz hinchada, los regalos de despedida de Rowdy. Aquellos chicos blancos no se podían creer lo que estaban viendo. Me miraban como si fuera un terrible Bigfoot o un ovni. ¿Qué hacía en Reardan, donde yo era el único indio aparte de la mascota del instituto?

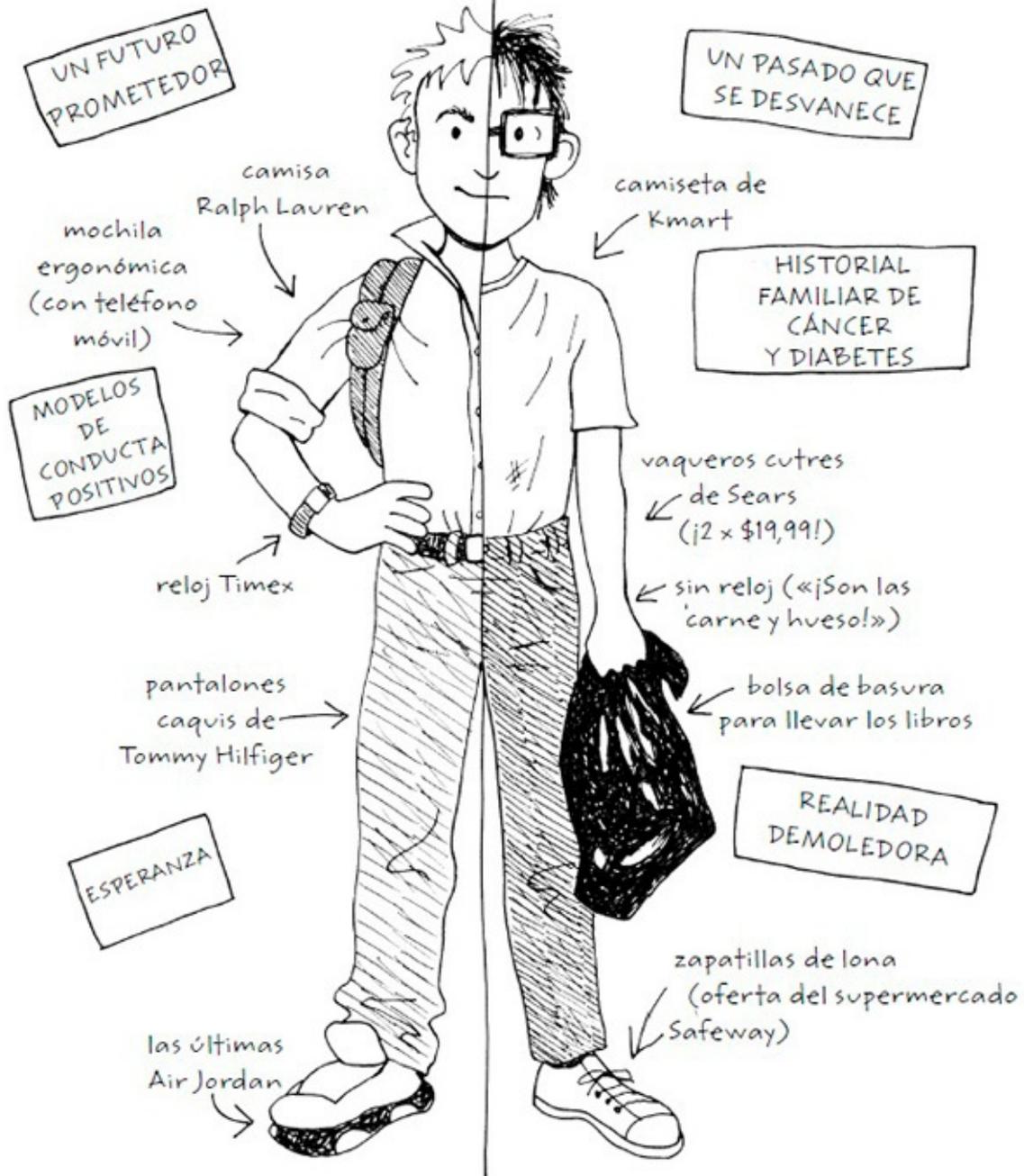


¿Qué hacía entonces en el racista Reardan, donde más de la mitad de los alumnos que acababan el instituto iban a la universidad? Nadie de mi familia había estado ni siquiera cerca de una universidad.

Reardan era lo opuesto a la reserva. Era lo opuesto a mi familia. Era lo opuesto a mí. No merecía estar allí. Yo lo sabía; todos aquellos chicos lo sabían. Los indios no se merecen una mierda.

De modo que, sintiéndome estúpido y despreciable, esperé. Enseguida, un conserje abrió la puerta y todos los demás alumnos fueron entrando lentamente.

BLANCO | INDIO



Yo me quedé fuera.

Quizá podría abandonar los estudios por completo. Podría irme a vivir al bosque, como un ermitaño.

Como un indio de verdad.

Claro que, como era alérgico a prácticamente todas las plantas que crecían en el planeta, habría sido un indio de verdad con la cara llena de mocos.

«Bueno», me dije a mí mismo, «vamos allá».

Entré en el instituto, fui hasta la secretaria y dije quién era.

—Ah, tú eres el de la reserva —dijo la secretaria.

—Sí —contesté.

No estaba seguro de si pensaba que la reserva era algo bueno o malo.

—Me llamo Melinda —dijo—. Bienvenido al instituto Reardan. Aquí tienes tu horario, una copia del estatuto y las normas del instituto y un carné de estudiante provisional. Te hemos asignado al Sr. Grant como tutor. Es mejor que vayas rápido a su clase, llegas tarde.

—¿Y dónde es?

—Aquí sólo tenemos un pasillo —dijo sonriendo. Era pelirroja y tenía los ojos verdes; no estaba nada mal para una mujer de su edad—. Es al fondo a la izquierda.

Metí los papeles en la mochila y fui corriendo a mi clase.

Me detuve un segundo en la puerta y después entré.

Todos, el profesor y todos los alumnos, se quedaron quietos mirándome.

Me miraban fijamente.

Como si fuera un nubarrón.

—Siéntate —dijo el profesor. Era un tipo musculoso, tenía que ser entrenador de fútbol americano.

Caminé por el pasillo y me senté en la última fila intentando ignorar todas las miradas y los cuchicheos, hasta que una chica rubia se volvió hacia mí.

¡Penélope!



Sí, ¡todavía quedan sitios en el mundo en los que la gente se llama Penélope! Estaba emocionalmente erecto.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó Penélope.

—Junior —contesté.

Se rió y le dijo a la amiga que tenía sentada a su lado que me llamaba Junior. Las dos se rieron. Se corrió la voz por la clase y enseguida todos se estaban riendo.

Se estaban riendo de mi nombre.

No tenía ni idea de que Junior fuera un nombre raro. Es un nombre normal en mi reserva, en cualquier reserva. Entra en cualquier tienda de cualquier reserva de los Estados Unidos, grita «¡Eh, Junior!», y se girarán diecisiete tíos.

Y tres mujeres.

Pero no había nadie más que se llamara Junior en Reardan, así que se reían de mí porque era el único que tenía aquel nombre estúpido.

A continuación me sentí aún más humillado porque el profesor estaba pasando lista y dijo mi nombre *nombre*.

—Arnold Spirit —dijo el profesor.

No, más bien lo gritó.

Era tan grande y musculoso que probablemente un susurro suyo era como un grito.

—Aquí —dije lo más bajo que pude. Mi susurro era sólo un susurro.

—Habla más alto —dijo el profesor.

—Aquí —repetí.

—Yo soy el Sr. Grant —dijo.

—Estoy aquí, Sr. Grant.

Siguió nombrando a otros alumnos, pero Penélope se volvió otra vez hacia mí, aunque ahora no se estaba riendo. Ahora estaba enfadada.

—Creía que habías dicho que te llamabas Junior —me dijo.

Me estaba acusando de haberle dicho mi verdadero nombre. Bueno, vale, no era exactamente mi verdadero nombre. Mi nombre completo es Arnold Spirit Junior. Pero nadie me llama así. Todo el mundo me llama Junior. Bueno, todos los otros indios me llaman Junior.

—Me llamo Junior —dije—. Y también me llamo Arnold. Junior y Arnold, los dos.

Me sentí como si fuera dos personas diferentes dentro de un solo cuerpo.

No, me sentí como si fuera un mago cortándome por la mitad: Junior vivía al norte del río Spokane y Arnold vivía al sur.

—¿De dónde eres? —me preguntó Penélope.

Era muy guapa y tenía los ojos muy azules.

De pronto me di cuenta de que era la chica más guapa que había visto de cerca. Era guapa en plan estrella de cine.

—Eh, te he preguntado de dónde eres.

Guau, tenía carácter.

—De Wellpinit —contesté—. De la reserva.

—Ah, por eso hablas tan raro.

Sí, tartamudeaba y ceceaba, pero además tenía aquel acento cantarín de la reserva que hacía que todo lo que decía sonara como un poema malo.

Tío, estaba cagado de miedo.

No volví a decir ni una palabra en seis días.

Y al séptimo día me metí en la pelea más rara de toda mi vida. Pero antes de contarte la pelea más rara de toda mi vida debo contarte...

LAS REGLAS NO OFICIALES Y NO ESCRITAS (AUNQUE MÁS VALE QUE LAS SIGAS O TE VAN A ZURRAR EL DOBLE DE FUERTE)

DE LOS INDIOS SPOKANE SOBRE LAS PELEAS:

- 1. SI ALGUIEN TE INSULTA, TIENES QUE PELEARTE CON ÉL.**
- 2. SI CREES QUE ALGUIEN VA A INSULTARTE, TIENES QUE PELEARTE CON ÉL.**
- 3. SI CREES QUE ALGUIEN ESTÁ PENSANDO EN INSULTARTE, TIENES QUE PELEARTE CON ÉL.**
- 4. SI ALGUIEN INSULTA A ALGUIEN DE TU FAMILIA O A TUS AMIGOS, O CREES QUE VA A INSULTAR A ALGUIEN DE TU FAMILIA O A TUS AMIGOS, O CREES QUE ESTÁ PENSANDO EN INSULTAR A ALGUIEN DE TU FAMILIA O A TUS AMIGOS, TIENES QUE PELEARTE CON ÉL.**
- 5. NUNCA DEBES PELEARTE CON UNA CHICA, A MENOS QUE TE INSULTE A TI, A TU FAMILIA O A TUS AMIGOS; EN ESE CASO, TIENES QUE PELEARTE CON ELLA.**
- 6. SI ALGUIEN PEGA A TU PADRE O A TU MADRE, TIENES QUE PELEARTE CON EL HIJO Y/O HIJA DE LA PERSONA QUE HAYA PEGADO A TU PADRE O A TU MADRE.**
- 7. SI TU PADRE O TU MADRE PEGAN A ALGUIEN, EL HIJO Y/O HIJA DE ESA PERSONA SE PELEARÁ CONTIGO.**
- 8. SIEMPRE DEBES BUSCAR PELEA CON LOS HIJOS Y/O HIJAS DE LOS INDIOS QUE TRABAJAN EN LA OFICINA DE ASUNTOS INDIOS.**
- 9. SIEMPRE DEBES BUSCAR PELEA CON LOS HIJOS Y/O HIJAS DE LOS BLANCOS QUE VIVEN EN CUALQUIER LUGAR DE LA RESERVA.**
- 10. SI TE METES EN UNA PELEA CON ALGUIEN QUE CON TODA PROBABILIDAD TE VA A MACHACAR, TIENES QUE DAR EL PRIMER PUÑETAZO, PORQUE SERÁ EL ÚNICO PUÑETAZO QUE DES.**
- 11. EN CUALQUIER PELEA, PIERDE EL PRIMERO QUE LLORA.**

Conocía aquellas reglas. Había memorizado aquellas reglas. Había vivido mi vida siguiendo aquellas reglas. Me metí en mi primera pelea cuando tenía tres años, y desde entonces me había peleado montones de veces.

Mi balance total estaba en cinco victorias y ciento doce derrotas.

Sí, peleaba fatal.

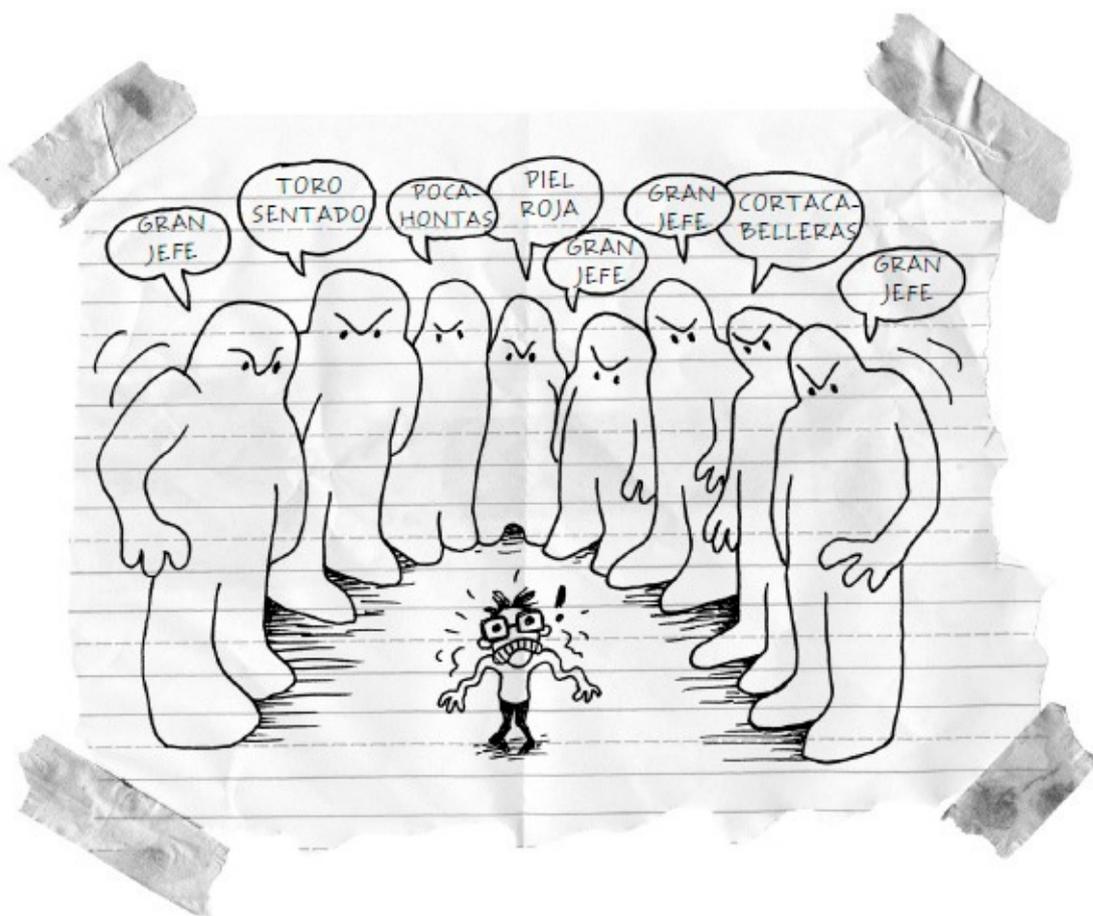
Era un saco de boxeo con piernas.

Perdía contra chicos, chicas, y contra niños con la mitad de años que yo.

Un abusón, Micah, me hizo pegarme a mí mismo. Sí, me obligó a darme tres puñetazos en mi propia cara. Soy el único indio de la historia de la humanidad que ha perdido una pelea contra sí mismo.

Bien, ahora que ya sabes las reglas, puedo contarte cómo pasé de ser un pequeño objetivo en Wellpinit a ser un objetivo mayor en Reardan.

Bueno, aclaremos una cosa. Aquellas chicas blancas súper súper guapas pasaban de mí. Pero no importaba: las chicas indias también pasaban de mí, así que estaba acostumbrado.



Hay que reconocer que la mayoría de los chicos blancos también pasaban de mí. Pero había unos cuantos, los atletas enormes de Reardan, que me prestaban una especial atención. Ninguno me pegaba ni se ponía violento. Después de todo, era un indio de una reserva, así que, por muy débil y pringado que pareciera, seguía siendo un asesino en potencia. Así que, sobre todo, me insultaban. Me llamaban de todo.

Sí, eran insultos bastante crueles, pero podía soportarlos, sobre todo cuando el que me insultaba era algún monstruo gigantesco. Pero sabía que en algún momento tendría que pararlo, o acabaría siendo conocido como «Gran Jefe», «Pocahontas» o «Cortacabelleras» para siempre.

Pero tenía miedo.

No tenía miedo de pelearme con esos chicos. Me había metido en un montón de peleas. Tampoco tenía miedo de perder si me peleaba con ellos. He perdido prácticamente todas las peleas en las que me he metido. Tenía miedo de que esos monstruos me mataran.

Y no me refiero a «matar» como en una «metáfora». Me refiero a «matar» como en «matarme a golpes».

Así que, débil y pobre y asustado, dejaba que me insultaran mientras intentaba decidir qué hacer. Y las cosas podrían haber seguido así si Roger el Gigante no hubiera ido demasiado lejos.

Era la hora de la comida y yo estaba sentado fuera, junto a la extraña escultura que supuestamente era un indio. Estaba estudiando el cielo como si fuera un astrónomo, sólo que era de día y no tenía un telescopio, así que simplemente parecía idiota.

Roger el Gigante y su pandilla de gigantes se acercaron con aire arrogante.

—Eh, Gran Jefe —dijo Roger.

Parecía que midiera dos metros y pesara ciento cuarenta kilos. Era un chaval de granja que levantaba cerdos chillones con la misma facilidad que si fueran ya finas lonchas de beicon.

Miré a Roger e intenté parecer duro. Una vez leí que, si un oso quiere atacarte, puedes ahuyentarlo si agitas los brazos y pareces grande. Pero pensé que simplemente parecería un imbécil muerto de miedo y con convulsiones en los brazos.

—Eh, Gran Jefe —repitió Roger—, ¿quieres oír un chiste?

—Claro —dije.

—¿Sabías que los indios son la prueba de que los negratos se tiran a los bisontes?

Me sentí como si Roger me hubiera dado una patada en la cara. Era la cosa más racista que había oído en mi vida.

Roger y sus amigos se rieron como locos. Sentí odio hacia ellos. Y supe que tenía que hacer algo grande. Maldita sea, no podía dejar que soltaran algo así y siguieran como si nada. No sólo me estaba defendiendo a mí mismo. Estaba defendiendo a los indios, a los negros y a los bisontes.

Así que le di un puñetazo en la cara a Roger.

Ya no se estaba riendo cuando aterrizó sobre su culo. Y ya no se estaba riendo cuando la nariz le empezó a sangrar como si fueran fuegos artificiales de color rojo.

Adopté una postura de kárate inventada porque pensé que la pandilla de Roger me iba a atacar por hacer sangrar a su líder.

Pero simplemente se quedaron mirándome.

Estaban flipados.

—Me has dado un puñetazo —dijo Roger. Tenía la voz áspera por la sangre—. No me puedo creer que me hayas dado un puñetazo.

Sonaba como si estuviera ofendido.

Sonaba como si le hubieran herido en su pobre corazoncito.

Yo no podía creerlo.

Se comportaba como si fuera a él a quien hubieran tratado injustamente.

—Eres un animal —dijo.

De repente me sentí valiente. Sí, puede que sólo fuera una pelea estúpida e inmadura de patio de colegio. O puede que fuera el momento más importante de mi vida. Puede que estuviera diciéndole al mundo que ya no era un objetivo humano.

—Espérame aquí mismo después de clase —dije.

—¿Por qué? —preguntó.

No me podía creer que fuera tan tonto.

—Porque vamos a terminar esta pelea.

—Estás loco —dijo Roger.

Se puso de pie y se alejó caminando. Los de su pandilla me miraron como si fuera un asesino en serie y después siguieron a su líder.

Estaba totalmente confundido.

Había seguido las reglas de las peleas. Me había comportado exactamente como se suponía que tenía que comportarme. Pero esos chicos blancos no habían hecho caso de las reglas. Es más, seguían un conjunto de reglas misteriosas y totalmente diferentes según las cuales, por lo visto, la gente **NO SE METÍA EN PELEAS**.

—¡Espera! —le grité a Roger.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Cuáles son las reglas?

—¿Qué reglas?

No sabía qué decir, así que me quedé parado, rojo y callado como una señal de stop. Roger y sus amigos desaparecieron.

Me sentía como si me hubieran metido en un cohete espacial y me hubieran lanzado a otro planeta. Era un alienígena rarísimo e iba a ser completamente imposible volver a casa.

Mi abuela me da consejo

Aquella noche llegué a casa hecho un lío. Y muerto de miedo.

Si hubiera dado un puñetazo en la cara a un indio, se habría pasado días tramando su venganza. Me imaginaba que los blancos también querrían vengarse después de recibir un puñetazo en la cara, así que pensé que Roger iba a atropellarme con un tractor o una cosechadora o un camión lleno de cereales o un cerdo desbocado.

Me habría gustado que Rowdy siguiera siendo mi amigo. Podría haberle pedido que se ocupara de Roger. Habría sido como una pelea entre King Kong y Godzilla.

Me di cuenta de que gran parte de mi autoestima, de mi sensación de seguridad, dependía de los puños de Rowdy.

Pero Rowdy me odiaba. Y Roger me odiaba.

Se me daba bien ser odiado por tíos que podían machacarme. La verdad es que no es la mejor habilidad que se puede tener.

MI ABUELA

Su especialidad es el
PURÉ DE SALMÓN



(sabe mucho mejor
de lo que suena)

vestido de
andar por casa
comprado en 1972
por \$10

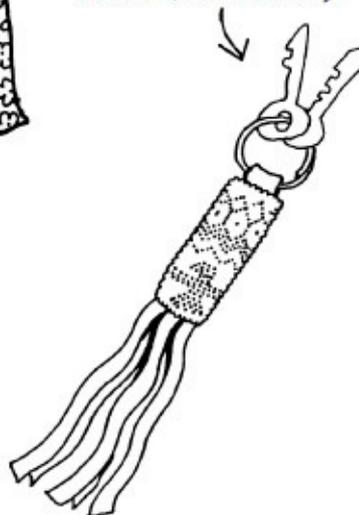


pañuelo en la cabeza,
siempre (rojo si va a los
powwows; verde si está
en casa; azul si visita a sus
amigos; morado si acude
a los rastrillos, en los
garajes)

cinturón que
perteneció a mi
abuelo, que murió
cuando yo era
un bebé

se gana la vida vendiendo
llaveros de cuentas
en eBay («Amuletos
indígenas sagrados para
llevar tus llaves»)

zapatillas de
baloncesto, porque
«tiene habilidades
ocultas»



Mis padres no estaban en casa, así que recurrí a mi abuela para que me aconsejara.

—Abuela —dije—, le he pegado un puñetazo en la cara a un chaval enorme y lo único que ha hecho ha sido irse. Ahora tengo miedo de que me mate.

—¿Por qué le has dado un puñetazo? —preguntó ella.

—Se estaba metiendo conmigo.

—Deberías haberte ido y ya está.

—Me ha llamado «Gran Jefe». Y «Cortacabelleras».

—Entonces tendrías que haberle dado una patada en los huevos.

Hizo como si le diera una patada en la entrepierna a un tipo enorme y los dos nos reímos.

—¿Te ha pegado él? —preguntó.

—No, qué va —contesté.

—¿Ni siquiera después de que tú le pegaras?

—No.

—¿Y es un chaval muy grande?

—Enorme. Creo que podría con Rowdy.

—Guau —dijo ella.

—Es raro, ¿no? —dije—. ¿Qué puede querer decir?

La abuela se quedó pensativa durante un rato.

—Creo que quiere decir que te respeta —dijo.

—¿Que me respeta? ¡Qué va, no fastidies!

—¡Sí fastidies! Mira, los hombres y los chicos sois como manadas de perros salvajes. Ese chico gigante es el macho dominante del instituto, y tú eres el perro nuevo, así que ha intentado intimidarte un poco para ver lo duro que eres.

—Pero yo no soy nada duro —dije.

—Sí, pero le has pegado un puñetazo en la cara al perro dominante —dijo ella—. Ahora te respetarán.

—Te quiero, abuela —dije—, pero estás loca.

Aquella noche no pude dormir porque no podía dejar de pensar en mi muerte inminente. Sabía que Roger me estaría esperando en el instituto por la mañana. Sabía que me daría unos doscientos puñetazos en la cabeza y los hombros. Sabía que pronto estaría en el hospital, bebiendo sopa con una pajita.

Así que, agotado y muerto de miedo, fui a clase.

Mi día comenzó como siempre. Me levanté antes de que pusieran las calles y revolví la cocina en busca de algo de comer. Sólo encontré zumo de naranja, así que me bebí casi cuatro litros.

Después fui al dormitorio y pregunté a papá y mamá si iban a llevarme a clase.

—No tenemos suficiente gasolina —dijo papá antes de volver a dormirse.

Genial, me tocaría ir andando.

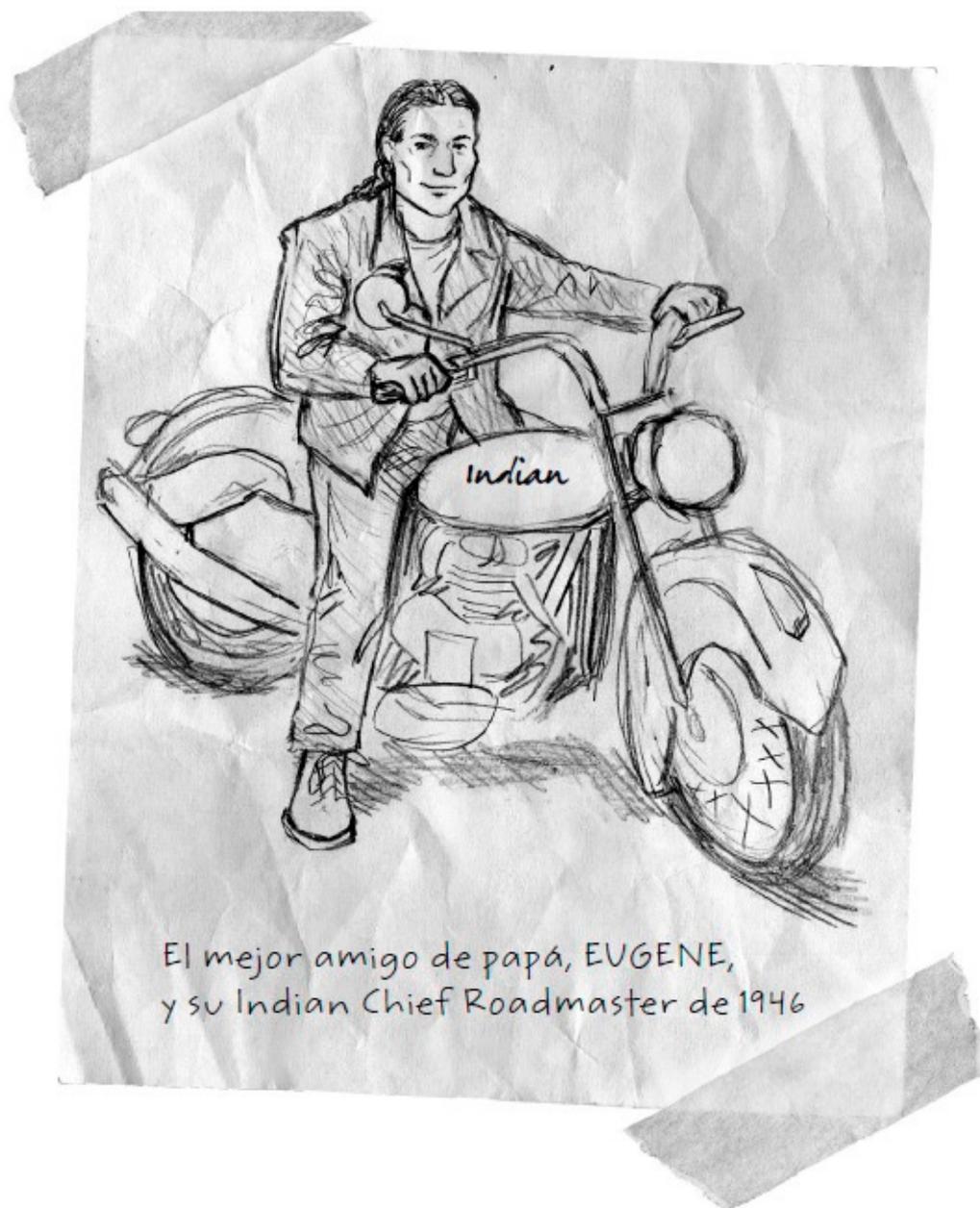
Así que me puse los zapatos y el abrigo y empecé a caminar por la carretera. Tuve suerte, porque dio la casualidad de que el mejor amigo de mi padre, Eugene, se dirigía hacia Spokane.

Eugene era un buen tipo y como un tío para mí, pero siempre estaba borracho. No borracho apesadoso, sólo lo suficientemente borracho para estar borracho. Era un borracho divertido y amable, siempre quería reírse y abrazarte y cantar y bailar.

Es curioso que los tipos más tristes puedan ser borrachos felices.

—Eh, Junior —dijo—, súbete a mi burra, colega.

Así que me subí de un salto a la parte trasera de la moto de Eugene y nos fuimos, casi sin control. Cerré los ojos y me agarré.



En muy poco tiempo, Eugene me llevó hasta el instituto.

Paramos delante y muchos de mis compañeros se quedaron mirando. Por un lado, Eugene llevaba unas trenzas que le llegaban hasta el culo. Por otro, ninguno de los dos llevábamos casco.

Supongo que parecíamos peligrosos.

—Colega —dijo Eugene—, aquí hay un montón de blancos.

—Ya.

—¿Qué tal te va con ellos?

—No sé. Supongo que bien.

—Es guay que estés haciendo esto —dijo.

—¿Tú crees?

—Sí, colega. Yo no podría hacerlo, soy un cagado.

Guau, me sentí orgulloso.

—Gracias por traerme —dije.

—No hay de qué —dijo Eugene.

Se rió y se largó. Fui andando hacia el instituto e intenté ignorar las miradas de mis compañeros.

Entonces vi a Roger salir por la puerta principal.

Tío, iba a tener que pelearme. Mierda, mi vida entera es una pelea.

—Hola —dijo Roger.

—Hola —contesté.

—¿Quién era el de la moto? —preguntó.

—Ah, es el mejor amigo de mi padre.

—Tiene una moto guay —dijo—. Clásica.

—Sí, se la acaba de comprar.

—¿Vas mucho con él en moto?

—Sí —mentí.

—Guay —dijo Roger.

—Sí, guay —dije.

—Bueno, nos vemos por ahí.

Después se dio la vuelta y se fue.

Guau, no me había dado una paliza. Es más, había sido simpático. Me había mostrado respeto. Había mostrado respeto por Eugene y su moto.

Puede que la abuela tuviera razón. Puede que hubiera desafiado al perro dominante y ahora estuviera recibiendo mi recompensa.

Adoro a mi abuela. Es la persona más inteligente del planeta.

Sintiéndome casi como un ser humano, entré en el instituto y vi a Penélope la Guapa.

—Hola, Penélope —dije con la esperanza de que ya supiera que me habían aceptado en la manada de perros.

Ni siquiera me contestó. A lo mejor no me había oído.

—Hola, Penélope —repetí.

Me miró y olisqueó.

¡OLISQUEÓ!

¡COMO SI YO OLIERA MAL O ALGO ASÍ!

—¿Te conozco? —dijo.

Sólo había unos cien alumnos en todo el instituto, ¿vale? Así que por supuesto que me conocía. Sólo estaba siendo una arpía.

—Soy Junior —dije—. O sea, Arnold.

—Ah, es verdad —contestó—, eres el chico que no se aclara con su propio nombre.

Sus amigas soltaron risitas estúpidas.

Estaba muy avergonzado. Puede que hubiera impresionado al rey, pero la reina seguía odiándome. Supongo que mi abuela no lo sabía todo.

Sonrisas y lágrimas

Cuando tenía doce años, me enamoré de una niña india llamada Dawn. Era alta y morena y nadie en la reserva bailaba las danzas tradicionales de los *powwows* mejor que ella. Sus trenzas, que sujetaba con piel de nutria, eran legendarias. Obviamente, pasaba de mí. Más que nada se burlaba de mí (me llamaba Junior Rostro Pálido por algún motivo que nunca comprendí), pero eso sólo hacía que la quisiera aún más. Estaba fuera de mis posibilidades y, aunque sólo tenía doce años, supe que sería uno de esos tíos que siempre se enamoran de lo inalcanzable, lo inconquistable y lo indiferente.

Una noche en la que Rowdy se quedó a dormir en mi casa, cerca de las dos de la madrugada, lo confesé todo.

—Tío —dije—, quiero un montón a Dawn.

Él estaba en el suelo de mi habitación, haciéndose el dormido.

—Rowdy —dije—, ¿estás despierto?

—No.

—¿Has oído lo que he dicho?

—No.

—He dicho que quiero un montón a Dawn.

No contestó.

—¿No vas a decir nada? —pregunté.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que acabo de decir.

—No te he oído decir nada.

Simplemente me estaba tomando el pelo.

—Venga, Rowdy, estoy intentando decirte algo importante.

—Sólo estás diciendo chorradas —contestó.

—¿Por qué son chorradas?

—Dawn pasa de ti como de la mierda —dijo.

Eso me hizo llorar. Caray, siempre he llorado con mucha facilidad. Llora cuando estoy triste o contento. Llora cuando estoy enfadado. Llora porque estoy llorando. Eso es ser débil. Es lo contrario de ser un guerrero.

—Deja de llorar —dijo Rowdy.

—No puedo evitarlo —contesté—. La quiero más de lo que jamás he querido a nadie.

Sí, era el típico adolescente melodramático.

—Por favor —dijo Rowdy—, deja ya de berrear, anda.

—Vale, vale —contesté—. Lo siento.

Me sequé la cara con una de mis almohadas y la tiré hacia el otro lado de la habitación.

—Joder, eres un llorica —dijo Rowdy.

—No le cuentes a nadie que he llorado por Dawn —dije.

—¿Alguna vez le he contado a alguien tus secretos? —preguntó Rowdy.

—No.

—Vale, entonces no le contaré a nadie que has llorado por una niñata.

Y no se lo contó a nadie. Rowdy era mi guardián de secretos.

Halloween

Hoy fui a clase vestido como un sin techo. Era un disfraz bastante fácil de hacer para mí. No hay mucha diferencia entre mi ropa buena y mi ropa mala, así que de todas formas suelo parecer medio sin techo.

Y Penélope fue vestida como una sin techo. Por supuesto, era la sin techo más guapa que ha existido jamás.

Hacíamos buena pareja.

Estaba claro que no éramos una pareja ni de lejos, pero, aun así, sentí la necesidad de comentar que teníamos el mismo gusto.

—Eh, llevamos el mismo disfraz —dije.

Pensé que iba a volver a olisquear al verme, pero casi sonrió.

—Está muy bien tu disfraz —dijo Penélope—. Pareces de verdad un sin techo.

—Gracias —dije—. Tú vas muy guapa.

—No intento ir guapa —contestó—, llevo este disfraz para protestar por el trato que reciben los sin techo en este país. Esta noche voy a pedir a la gente que, en lugar de caramelos, me den sólo el dinero suelto que tengan, y se lo voy a dar todo a los sin techo.

No entendía cómo llevar un disfraz de Halloween podía convertirse en una proclama política, pero la admiré por estar tan comprometida. Quería que ella también me admirara por estar comprometido, así que mentí.

—Bueno —dije—, yo llevo este disfraz para protestar por el trato que reciben los indios sin techo en este país.

—Ah —contestó—. Eso me parece guay.

—Sí, lo del dinero es una buena idea. Puede que yo también lo haga.

Aunque, claro, yo lo haría en la reserva, así que no recaudaría tanto dinero como Penélope en Reardan.

—Oye —dije—, ¿y si mañana hacemos un fondo y lo enviamos todo junto? Podríamos dar el doble.

Penélope me miró. Me examinó. Creo que estaba intentando averiguar si lo decía en serio.

—¿Va en serio? —preguntó.

—Sí —contesté.

—Bueno, vale —dijo—. Trato hecho.

—Guay, guay —dije.

De modo que más tarde, por la noche, fui por la reserva pidiendo de casa en casa y diciendo a la gente que haría alguna travesura si no me daban nada. Supongo que

no era muy buena idea; probablemente era demasiado mayor para eso, aunque estuviera pidiendo dinero suelto para los sin techo.

Sí, muchos estuvieron encantados de darme unas monedas. Y hubo bastantes que me dieron caramelos y unas monedas.

Y mi padre estaba en casa y sobrio, y me dio un dólar. En Halloween, casi siempre estaba en casa y sobrio y generoso.

Hubo unas cuantas personas, sobre todo las abuelas, que pensaban que era un chaval muy valiente por ir a un instituto de blancos.

Pero hubo mucha más gente que me insultó y me cerró la puerta en las narices.

Y ni siquiera me había parado a pensar en lo que podrían hacerme los otros chicos.

Sobre las diez de la noche, cuando volvía a casa, me asaltaron tres tíos. No pude distinguir quiénes eran, todos llevaban máscaras de Frankenstein. Me empujaron al suelo y me dieron de patadas.

Y me escupieron.

Podía soportar las patadas.

Pero que me escupieran me hizo sentirme como un insecto.

Como una babosa.

Como una babosa abrasándose hasta morir por un escupitajo salado.

No me pegaron demasiado. Se notaba que no querían mandarme al hospital o algo así. Más que nada querían recordarme que era un traidor. Y querían robarme los caramelos y el dinero.

No era mucho. Puede que unos diez pavos en monedas y billetes de un dólar.

Pero ese dinero, y la idea de dárselo a los pobres, me había hecho sentirme bien conmigo mismo.

Era un chaval pobre recaudando dinero para otras personas pobres.

Me hacía sentir casi honorable.

Pero después de que aquellos tíos se marcharan me sentí idiota e ingenuo. Me quedé tirado en el suelo y recordé cuando Rowdy y yo íbamos juntos a pedir caramelos por las casas. Siempre llevábamos el mismo disfraz. Y supe que si hubiera estado con él, nunca me habrían atacado.

Entonces me pregunté si Rowdy sería uno de los tíos que acababan de pegarme. Maldita sea, eso sería horrible. Pero no podía creerlo. No lo creía. Por mucho que me odiara, Rowdy nunca me pegaría de esa manera. Nunca.

Al menos, esperaba que nunca me pegara.

A la mañana siguiente, en el instituto, me acerqué a Penélope y le mostré mis manos vacías.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ayer por la noche recaudé algo de dinero, pero unos tíos me atacaron y me lo robaron.

—Díos mío, ¿estás bien?

—Sí, sólo me dieron unas cuantas patadas.

—Díos mío, ¿dónde te dieron?

Me levanté la camiseta y le enseñé los moratones en la tripa y las costillas y la espalda.

—¡Qué horror! ¿Has ido al médico?

—Oh, no es para tanto —dije.

—Ése tiene pinta de doler un montón —dijo mientras me tocaba con la yema del dedo el enorme moratón púrpura que tenía en la espalda.

Estuve a punto de desmayarme.

Su tacto era maravilloso.

—Siento que te hicieran eso —dijo—. Pondré tu nombre cuando envíe el dinero de todas formas.

—Guau —dije—, qué guay. Gracias.

—De nada —dijo antes de marcharse.

Estaba a punto de dejar que se fuera. Pero tenía que decir algo memorable, algo grande.

—¡Eh! —la llamé.

—¿Qué?

—Mola, ¿verdad?

—¿El qué mola? —preguntó.

—Mola ayudar a la gente, ¿verdad? —dije.

—Sí, sí que mola.

Sonrió.

Por supuesto, después de aquel instante, pensé que Penélope y yo intimaríamos más. Pensé que empezaría a prestarme más atención y que todo el mundo lo notaría y que me convertiría en el chico más popular del instituto. Pero las cosas no cambiaron demasiado. Seguí siendo un extraño en un lugar extraño. Y Penélope siguió tratándome más o menos de la misma forma. Lo cierto es que apenas me dirigía la palabra. Y lo cierto es que yo apenas le dirigía la palabra.

Quería pedirle consejo a Rowdy.

—Eh, colega —le habría dicho—, ¿cómo hago para que una chica blanca y guapa se enamore de mí?

—Bueno, colega —habría dicho él—, lo primero que tienes que hacer es cambiar tu físico, tu forma de andar y tu forma de hablar. Entonces pensará que eres su puñetero Príncipe Azul.

A rastras hacia el Día de Acción de Gracias

Durante las semanas siguientes andaba por Reardan como si fuera un zombi.

Bueno, no, ésa no es exactamente la forma correcta de describirlo.

Me refiero a que, si hubiera ido por ahí como un zombi, podría haber dado miedo.

O sea que no, no era un zombi, para nada. Porque no se puede ignorar a un zombi. Así que eso me convertía en..., bueno, me convertía en *nada*.

Cero.

Nulo.

Nothing.

De hecho, si piensas en cualquiera que tenga un cuerpo, un alma y un cerebro como un ser humano, entonces yo era lo contrario a un ser humano.

Nunca me había sentido tan solo en mi vida.

Y siempre que me siento solo me sale un grano enorme en la punta de la nariz.



Si las cosas no mejoraban pronto, iba a convertirme en un enorme grano parlante con patas.

Me estaba ocurriendo algo extraño.

Solo y granulento, me despertaba en la reserva siendo indio y, en algún punto de la carretera hacia Reardan, me volvía un poco menos indio.

Y, cuando llegaba a Reardan, me volvía un poco menos que un poco menos indio.

Aquellos chicos blancos no me hablaban.

Apenas me miraban.

Bueno, Roger me saludaba con la cabeza, pero no se relacionaba conmigo ni nada parecido. Me preguntaba si tendría que pegar en la cara a todo el mundo. Puede que entonces me prestaran atención.

Iba andando solo de una clase a otra; me sentaba solo a la hora de la comida; en clase de educación física, me quedaba en una esquina del gimnasio y jugaba a pasarme el balón a mí mismo, lanzando una pelota de baloncesto arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo.

Sé que estás pensando: «Vale, Sr. Tristán, ¿de cuántas maneras vas a decirnos lo deprimido que estabas?».

Sí, de acuerdo, puede que me esté poniendo dramático. Puede que esté exagerando. Así que te diré algunas cosas buenas que descubrí durante aquella temporada horrible.

Para empezar, me di cuenta de que era más inteligente que casi todos aquellos chicos blancos.

Bueno, había un par de chicas y un chico que eran pequeños Einsteins y en la vida podría ser más inteligente que ellos, pero era mucho más inteligente que el 99 por ciento de los demás. Y no sólo inteligente para ser indio, ¿eh? Era inteligente y punto.

Te pondré un ejemplo.

Estábamos en clase de geología y el profesor, el Sr. Dodge, estaba hablando de los bosques petrificados que hay cerca de George, en el estado de Washington, junto al río Columbia, y decía que era increíble que la madera pudiera convertirse en piedra.

Levanté la mano.

—¿Sí, Arnold? —dijo el Sr. Dodge.

Estaba sorprendido. Era la primera vez que levantaba la mano en su clase.

—Umm, eeh, esto... —dije.

Sí, me expresaba genial.

—Suéltalo —dijo Dodge.

—Bueno —dije—, la madera petrificada no es madera.

Mis compañeros me miraron. No podían creer que estuviera contradiciendo a un profesor.

—Si no es madera —dijo Dodge—, ¿por qué la llaman madera?

—No lo sé —contesté—, yo no le puse el nombre. Pero sé cómo funciona.

La cara de Dodge se volvió de color rojo.

Rojo brillante.

Nunca había visto a un indio ponerse tan rojo. Entonces ¿por qué nos llaman pieles rojas?

—Bien, Arnold, ya que eres tan inteligente —dijo Dodge—, cuéntanos cómo funciona.

—Bueno, lo que pasa es que, ummm..., cuando tienes madera que está enterrada bajo el suelo, es como que los minerales y todo eso, ummm..., se filtran en la

madera. Es como si derritieran la madera y el pegamento que la mantiene unida. Entonces los minerales ocupan el lugar de la madera y del pegamento, o algo así. O sea, los minerales mantienen la forma de la madera. Vamos, que si los minerales sacaran toda la madera y el pegamento de, mmm, un árbol, pues el árbol seguiría siendo un árbol, más o menos, pero sería un árbol hecho de minerales. Así que, ummm..., se ve que la madera no se convierte en piedra. La piedra sustituye a la madera.

Dodge me miró fijamente. Estaba peligrosamente cabreado.

—Muy bien, Arnold —dijo el Sr. Dodge—, ¿dónde aprendiste eso? ¿En la reserva? Claro, todos sabemos que hay unos conocimientos científicos impresionantes en la reserva.



Mis compañeros se rieron disimuladamente. Me señalaron y soltaron risitas tontas. Excepto uno de ellos: Gordy, el genio de la clase. Levantó la mano.

—Gordy —dijo Dodge, todo contento y aliviado y todo eso—, seguro que tú puedes decirnos la verdad.

—Bueno —dijo Gordy—, la verdad es que Arnold tiene razón sobre la madera petrificada. Es eso lo que pasa.

De pronto, Dodge se puso completamente pálido. Sí, de rojo como la sangre a blanco como la nieve en unos dos segundos.

Si Gordy decía que era verdad, entonces era verdad. Y hasta Dodge lo sabía.

El Sr. Dodge ni siquiera era un profesor de ciencias de verdad. Eso es lo que pasa en los institutos pequeños, ¿sabes? A veces no tienen dinero para contratar a un profesor de ciencias de verdad. A veces hay un viejo profesor de ciencias de verdad que se jubila o dimite y se quedan sin sustituto. Y si no tienen un profesor de ciencias de verdad, cogen a otro de los profesores y lo convierten en profesor de ciencias.

Y ése es el motivo por el que los chavales de los pueblos pequeños a veces no saben la verdad sobre la madera petrificada.

—Vaya, qué interesante —dijo el profesor de ciencias falso—. Gracias por compartirlo con nosotros, Gordy.

Sí, exacto. El Sr. Dodge dio las gracias a Gordy, pero a mí no me dijo ni una palabra.

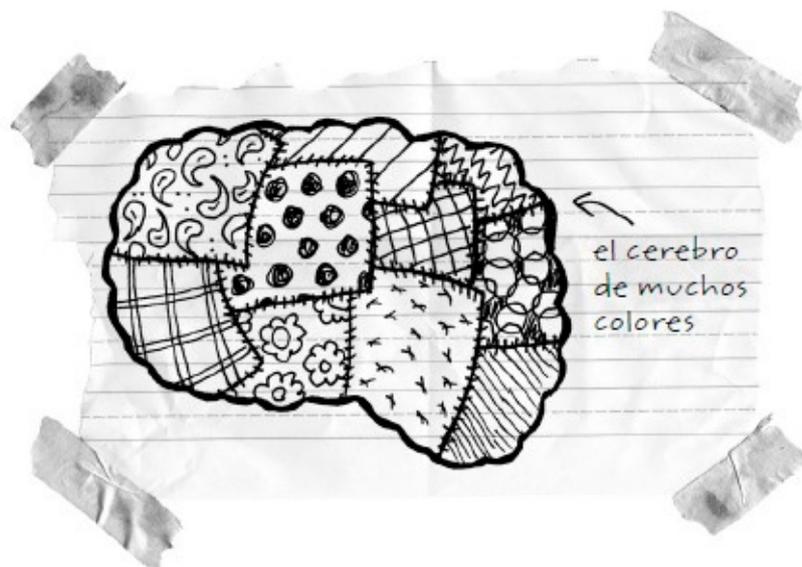
Sí, ahora hasta los profesores me trataban como a un idiota.

Me encogí en la silla y recordé el tiempo en que era un ser humano.

Recuerdo cuando la gente pensaba que yo era inteligente.

Recuerdo cuando la gente pensaba que mi cerebro era útil.

Sí, perjudicado por el agua. Y a punto de sufrir un ataque en cualquier momento. Pero útil, y puede que incluso un poquito hermoso y sagrado y mágico.



Después de clase, me acerqué a Gordy en el pasillo.

—Eh, Gordy —dije—, gracias.

—¿Gracias por qué? —dijo.

—Gracias por defenderme antes. Por decirle la verdad a Dodge.

—No lo he hecho por ti —contestó Gordy—, lo he hecho por la ciencia.

Se dio la vuelta y se fue. Yo me quedé parado y esperé a que la piedra sustituyera a mis huesos y mi sangre.

Aquella noche cogí el autobús para ir a casa.

Bueno, no, cogí el autobús hasta el final del trayecto, que era el límite de la reserva.

Y allí me quedé esperando.

Se suponía que mi padre vendría a recogerme. Pero no estaba seguro de que fuera a tener dinero suficiente para gasolina.

Sobre todo si primero se paraba en el casino de la reserva a jugar a las máquinas tragaperras.

Esperé durante treinta minutos.

Exactos.

Después empecé a caminar.

Ir a clase siempre era una aventura.

Después de clase, cogía el autobús hasta el final del trayecto y esperaba a mis padres.

Si no venían, empezaba a caminar.

Y, mientras, iba haciendo autoestop sin dejar de andar.

Normalmente alguien iba hacia la reserva de vuelta a casa, así que solían llevarme.

Hubo tres veces en las que tuve que hacer andando todo el trayecto hasta casa.

Treinta y cinco kilómetros.

Todas las veces me salieron ampollas.

El caso es que, después de mi día de madera petrificada, un blanco que trabajaba en la Oficina de Asuntos Indios me llevó hasta la puerta de casa.

Entré y vi a mi madre llorando.

A menudo entraba y me encontraba a mi madre llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es tu hermana —dijo.



—¿Está otra vez en su mundo?

—Se ha casado.

Guau, me quedé flipado. Y mis padres estaban absolutamente flipados. Las familias indias se mantienen unidas como con Gorilla Glue, el pegamento más fuerte del mundo. Tanto mi padre como mi madre vivían a menos de tres kilómetros del lugar en el que habían nacido, y mi abuela vivía a un kilómetro y medio del lugar en el que había nacido. Desde que se fundó la Reserva India Spokane en 1881, nadie de mi familia había vivido en ningún otro lugar. Los Spirit permanecemos en el mismo

sitio. Estamos completamente atados a nuestra tribu. Para bien o para mal, no nos separamos. Y ahora, mis padres habían perdido a sus dos hijos en el mundo exterior.

Creo que se sentían como si hubieran fracasado. O puede que simplemente se sintieran solos. O puede que no supieran cómo se sentían.

Yo no sabía cómo sentirme. No había quien entendiera a mi hermana.

Tras siete años viviendo en el sótano y viendo la televisión, después de haber estado sin hacer absolutamente nada de nada, mi hermana decidió que tenía que cambiar de vida.

Creo que es como si yo la hubiera hecho sentirse avergonzada.

Si yo era lo suficientemente valiente como para ir a Reardan, entonces ella sería lo suficientemente valiente como para CASARSE CON UN INDIO FLATHEAD Y MUDARSE A MONTANA.

—¿Dónde conoció a ese tío? —pregunté a mi madre.

—En el casino —contestó—. Tu hermana dice que jugaba bien al póquer. Creo que va viajando por todos los casinos indios del país.

—¿Se casó con él porque juega a las cartas?

—Tu hermana dice que él no tuvo miedo de apostar todo y que ése es el tipo de hombre con el que quiere compartir su vida.

No podía creerlo. Mi hermana se había casado con un tío por una razón de lo más estúpida. Aunque supongo que la gente a menudo se casa por razones de lo más estúpidas.

—¿Es guapo? —pregunté.

—Pues la verdad es que es un poco feo —dijo mi madre—. Tiene la nariz aguileña y un ojo mucho más grande que el otro.

Joder, mi hermana se había casado con un jugador de póquer nómada con la cara asimétrica y la nariz de águila.

Aquello me hizo sentirme humillado.

Yo me creía bastante duro.

Pero yo sólo tendría que esquivar las miradas asesinas de los chicos blancos, mientras que mi hermana estaría esquivando disparos de bala en la hermosa Montana. Los indios de Montana eran tan duros que los blancos les tenían miedo.

¿Te imaginas un lugar en el que los blancos tengan miedo de los indios y no al contrario?

Ese lugar es Montana.

Y mi hermana se había casado con uno de esos indios locos.

Ni siquiera dijo nada a nuestros padres o a la abuela o a mí antes de irse. Llamó a mamá desde St. Ignatius, en Montana, en la Reserva India Flathead, y dijo: «Hola, mamá, soy una mujer casada. Quiero tener diez hijos y vivir aquí para siempre jamás».



¿A que es rarísimo? Es casi romántico.

Entonces me di cuenta de que mi hermana estaba intentando VIVIR una novela rosa.

Tío, hace falta valor e imaginación para eso. Bueno, también hace falta un cierto grado de desequilibrio mental, pero de repente me alegré por ella.

Y me asusté un poco.

Bueno, me asusté un montón.

Estaba intentando hacer realidad su sueño. Nos tendríamos que haber puesto todos como locos de alegría de que hubiera salido del sótano. Habíamos estado años intentando sacarla de allí. Claro que a mis padres les habría gustado que hubiera cogido un trabajo de media jornada en una tienda o en la oficina de correos, y quizá que simplemente se hubiera mudado a un dormitorio del piso de arriba de nuestra casa.

Pero yo seguía pensando que no habían matado el espíritu de mi hermana. No se había rendido. Esta reserva había intentado asfixiarla, la había tenido atrapada en un sótano, y ahora ella había salido y estaba deambulando por los inmensos campos verdes de Montana.

¡Qué guay!

Me sentí inspirado.

Desde luego, mis padres y mi abuela estaban conmocionados. Pensaban que mi hermana y yo nos estábamos volviendo completamente locos.

Pero yo pensaba que éramos guerreros, ¿sabes?

Y a un guerrero no le asusta el enfrentamiento.

Así que al día siguiente fui a clase y me planté delante de Gordy, el Chico Blanco Súper Inteligente.

—Gordy —dije—, tengo que hablar contigo.

—No tengo tiempo —contestó—. El Sr. Orcutt y yo tenemos que depurar unos PC. ¿No odias los PC? Son enfermizos y frágiles y vulnerables a los virus. Los PC son como franceses en la época de la peste bubónica.

Guau, y la gente pensaba que yo era un friki.

—Me gustan mucho más los Mac, ¿a ti no? —dijo—. Son muy poéticos.

Aquel tío estaba enamorado de los ordenadores. Me preguntaba si estaría escribiendo en secreto una novela rosa sobre un chaval blanco delgado y súper inteligente que mantenía relaciones sexuales con un ordenador Apple mestizo.

—Los ordenadores son ordenadores —contesté—. Da lo mismo uno u otro, todos son iguales.

Gordy suspiró.

—Muy bien, Sr. Spirit —dijo—, ¿vas a aburrirme con tus tautologías durante todo el día o realmente vas a decir algo?

¿Tautologías? ¿Qué narices eran las tautologías? No podía preguntarle a Gordy o sabría que era un indio idiota e inculto.

—No sabes lo que es una tautología, ¿verdad? —dijo.

—Sí que lo sé —contesté—. Claro que lo sé. Por supuesto que lo sé.

—Estás mintiendo.

—No estoy mintiendo.

—Sí que estás mintiendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se te han dilatado las pupilas, tu frecuencia respiratoria se ha incrementado un poco y has empezado a sudar.

Genial, así que Gordy también era un detector de mentiras con patas.

—Está bien, estaba mintiendo —dije—, ¿qué es una tautología?

Gordy volvió a suspirar.

¡ODIABA ESE SUSPIRO! ¡QUERÍA PEGARLE UN PUÑETAZO EN LA CARA A ESE SUSPIRO!

—Una tautología es una repetición del mismo significado con distintas palabras —dijo.

—Ah —contesté.

¿De qué coño estaba hablando?

—Es una redundancia.

—Ah, ¿te refieres a algo que es redundante, como cuando dices una misma cosa varias veces pero de distintas formas?

—Sí.

—Ah, entonces, si digo algo como «Gordy tiene un culo feo y es más feo que un culo», sería una tautología.

Gordy sonrió.

—No es exactamente una tautología, pero tiene gracia. Es bastante *cool*.

Me reí.

Gordy también se rió. Pero entonces se dio cuenta de que no me estaba riendo *con* él. Me estaba riendo *de* él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó.

—No me puedo creer que hayas dicho *cool*, en inglés.

—Bueno, soy un poco anglófilo.

—¿Anglófilo? ¿Qué es anglófilo?

—Es alguien que ama a la Madre Inglaterra.

Dios, este chico era un catedrático de literatura de ochenta años atrapado en el cuerpo de un pequeño granjero de quince años.

—Oye, Gordy —dije—, sé que eres un cerebritito y todo eso, pero eres un bicho raro.

—Soy bastante consciente de mis diferencias. Yo no las incluiría en la categoría de raras.

—No me malinterpretes, creo que lo raro está muy bien. O sea, si te fijas en toda la gente importante de la historia (Einstein, Miguel Ángel, Emily Dickinson), eran una panda de gente rara.

—Voy a llegar tarde a clase —dijo Gordy—. Tú vas a llegar tarde a clase. Quizá deberías, como suele decirse, ir al grano.

Miré a Gordy. La verdad es que era un chaval grande, estaba fuerte de cargar fardos y conducir camiones. Probablemente fuera el friki más fuerte del mundo.

—Quiero ser tu amigo —dije.

—¿Perdón? —contestó.

—Quiero que seamos amigos —dije.

Gordy dio un paso atrás.

—Te lo aseguro —dijo—, no soy homosexual.

—Ah, no —contesté—, no quiero que seamos ese tipo de amigos. Me refiero a amigos normales. Vamos, que tú y yo tenemos muchas cosas en común.

Ahora Gordy me miraba como si estuviera examinándome.

Yo era un chaval indio de una reserva. Estaba solo y triste y marginado y muerto de miedo.

Exactamente igual que Gordy.

Así que nos hicimos amigos. No los mejores amigos del mundo, no como Rowdy y yo. No compartíamos nuestros secretos. Ni nuestros sueños.

No, estudiábamos juntos.

Gordy me enseñó a estudiar.

Y, lo mejor de todo, me enseñó a leer.

—Verás —me dijo una tarde en la biblioteca—, para conocer un libro tienes que leerlo tres veces. La primera vez lo lees por la historia, por la trama. El movimiento de una escena a la siguiente es lo que da velocidad al libro, lo que le da ritmo. Es como ir en una balsa por un río, solamente te fijas en las corrientes. ¿Entiendes?

—Ni una palabra —contesté.

—Sí que lo entiendes —dijo él.

—Vale, lo entiendo —dije. La verdad es que no lo entendía, pero Gordy tenía confianza en mí. No iba a dejar que me rindiera.

—La segunda vez que lees un libro, lo lees por su contenido histórico. Por los conocimientos que recoge sobre la historia. Piensas en el significado de cada palabra y en el origen de cada una de esas palabras. O sea, lees una novela en la que aparece la palabra *spam* y sabes de dónde viene esa palabra, ¿de acuerdo?

—El *spam* es correo basura —dije.

—Sí, es eso, pero ¿quién inventó la palabra, quién la utilizó por primera vez, cómo ha cambiado el significado de la palabra desde que se utilizó por primera vez?

—No lo sé —dije.

—Bueno, todo eso hay que buscarlo. Si no te tomas tan en serio cada palabra, no te estás tomando en serio la novela.

Pensé en mi hermana en Montana. Puede que las novelas rosas fueran algo muy serio. Desde luego, mi hermana pensaba que lo eran. De repente comprendí que si hay que tomarse en serio cada momento de un libro, entonces también hay que tomarse en serio cada momento de una vida.

—Yo dibujo viñetas —dije.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Gordy.

—Me las tomo en serio. Las uso para entender el mundo. Las uso para reírme del mundo. Para reírme de la gente. Y a veces dibujo a la gente porque son mis amigos y mi familia, porque quiero hacerles un homenaje.

—¿Entonces te tomas tus viñetas tan en serio como los libros?

—Sí —contesté—. Es un poco triste, ¿no?

—No, para nada —dijo Gordy—. Si se te da bien y te gusta mucho, y si te ayuda a navegar por el río de la vida, no puede ser malo.

Guau, este tío era un poeta. Mis viñetas no sólo servían para provocar la risa, servían para hacer poesía. Poesía divertida, pero poesía al fin y al cabo. Eran una cosa seriamente divertida.

—Eso sí, tampoco te tomes nada demasiado en serio —dijo Gordy.

Aquel cabroncete también sabía leer la mente. Era como una especie de alienígena de *La guerra de las galaxias* con tentáculos invisibles que te sorbían los pensamientos del cerebro.

—Tú lees un libro por la historia y por cada una de sus palabras —continuó Gordy—, y dibujas tus viñetas por la historia y por cada una de las palabras e imágenes. Sí, eso tienes que tomártelo en serio, pero también deberías leer y dibujar porque las viñetas y los libros realmente buenos te provocan una erección.



Me quedé a cuadros:

—¡Tendrían que provocarte una erección! ¡Tienen que provocarte una erección!
—gritó Gordy—. ¡Claro que sí!

Fuimos corriendo a la biblioteca del instituto Reardan.

—Mira todos estos libros —dijo.

—No hay tantos —contesté. Era una biblioteca pequeña de un instituto pequeño de un pueblo pequeño.

—Hay tres mil cuatrocientos doce —contestó Gordy—. Lo sé porque los he contado.

—Vale, ahora eres oficialmente un friki —dije.

—Sí, es una biblioteca pequeña. Es enana. Pero incluso si leyeras uno de estos libros cada día, tardarías casi diez años en terminar.

—¿Adónde quieres llegar?

—El mundo, incluso sus lugares más pequeños, está lleno de cosas que desconoces.

Guau. Ésa era una idea impresionante.

Cualquier pueblo, incluso uno tan pequeño como Reardan, era un lugar lleno de misterios. Y eso significaba que Wellpinit, aquel pueblo indio aún más pequeño, también era un lugar lleno de misterios.

—Vale, entonces es como si cada uno de estos libros fuera un misterio. Cada libro es un misterio. Y si lees todos los libros que se han escrito en la historia, es como si hubieras leído un misterio gigante. Y por mucho que aprendas, sigues aprendiendo que hay muchas más cosas que tienes que aprender.

—Sí, sí, sí, sí —dijo Gordy—. ¿Sigues sin provocarte una erección?

—Estoy duro como una piedra —contesté.

Gordy se sonrojó.

—Bueno, no me refiero a una erección en el sentido sexual —dijo Gordy—. No creo que debas ir por la vida con un pene erecto de verdad. Pero debes afrontar cada libro, y debes afrontar la vida, con la idea de que es muy posible que en cualquier momento experimentes una erección metafórica.

—¡Una erección metafórica! —grité—. ¿Qué narices es una erección metafórica?

Gordy se rió.

—Cuando digo erección, en realidad me refiero a alegría —dijo.

—¿Entonces por qué no has dicho alegría? No tenías por qué decir erección. Cuando pienso en erecciones, me hago un lío.

—Erección es más divertido. Y más alegre.

Gordy y yo nos reímos.

Era un tío extremadamente raro. Pero era la persona más inteligente que había conocido en mi vida. Siempre sería la persona más inteligente que hubiera conocido en mi vida.

Y la verdad es que me ayudó mucho con las clases. No sólo me daba clases particulares y me planteaba retos, también me hizo darme cuenta de que el esfuerzo —el hecho de terminar, de concluir, de llevar a cabo una tarea— causaba alegría.

En Wellpinit, yo era un friki porque me encantaban los libros.

En Reardan, era un friki alegre.

Mi hermana era una friki que viajaba.

Éramos los hermanos más frikis de la historia.

Mi hermana me envía un e-mail

-----Mensaje original-----

De: Mary

Enviado: jueves 16/11/2006 16:41

Para: Junior

Asunto: Hola!

Querido Junior:

Me encanta Montana, es precioso. Ayer monté a caballo por primera vez. Los indios aún montan a caballo en Montana. Sigo buscando trabajo. He mandado solicitudes a todos los restaurantes de la reserva. Sí, en la Reserva Flathead hay como veinte restaurantes. Es raro. También tienen seis o siete ciudades, ¿a que es curioso? ¡Eso son un montón de ciudades para una sola reserva! ¿Y sabes lo más raro de todo? Algunas de las ciudades de la reserva están llenas de blancos. No sé por qué. Pero a los blancos que viven en esas ciudades no siempre les gustan mucho los indios. En una de esas ciudades, que se llama Polson, defendían la secesión de la reserva (significa que querían separarse, lo he buscado). En serio. Fue como la guerra civil. Aunque está en medio de la reserva, los blancos de esa ciudad decidieron que no querían formar parte de ella. De locos. Pero la mayoría de la gente de aquí es simpática. Los blancos y los indios. ¿Y sabes qué es lo mejor? Hay un hotel genial en el que mi maridito y yo pasamos nuestra luna de miel. Está en el lago Flathead y teníamos una suite, ¡una habitación de hotel con el dormitorio aparte! ¡Y tenía teléfono en el baño! ¡En serio! Podría haberte llamado desde el baño. Pero había algo aún más increíble. Decidimos llamar al servicio de habitaciones para que nos trajeran la comida a la habitación, y ¿a que no sabes lo que tenían en el menú? ¡Pan frito al estilo indio! Sí, podías comer pan frito por cinco dólares, ¡increíble! Así que pedí dos trozos. Pensé que no estaría nada bueno, sobre todo no tan bueno como el de la abuela. Pero te voy a decir una cosa: estaba riquísimo. Casi tan bueno como el de la abuela. Y te ponían el pan frito en un plato de lujo, y me lo comí con un cuchillo y un tenedor muy lujosos. Y estaba todo el rato imaginándome que tenían a una abuela india flathead en la cocina, haciendo pan frito para toda la gente que llamaba al servicio de

habitaciones. ¡Fue como un sueño hecho realidad! ¡Me encanta mi vida!
¡Me encanta mi marido! ¡Me encanta Montana!

¡Te quiero!

Tu hermana, Mary

Acción de Gracias

Fue un Día de Acción de Gracias sin nieve.

Compramos un pavo y mamá lo cocinó estupendamente.

También comimos puré de patatas, la salsa de la carne, judías verdes, maíz, salsa de arándanos y pastel de calabaza. Fue un banquete.

Siempre me parece curioso que los indios celebremos Acción de Gracias. Sí, vale que los indios y los primeros colonizadores eran súper amigos durante el primer Día de Acción de Gracias, pero unos años más tarde los primeros colonizadores estaban pegando tiros a los indios.

Así que nunca tengo muy claro por qué comemos pavo como todos los demás.

—Oye, papá —dije—, ¿por qué tenemos que estar tan agradecidos los indios?

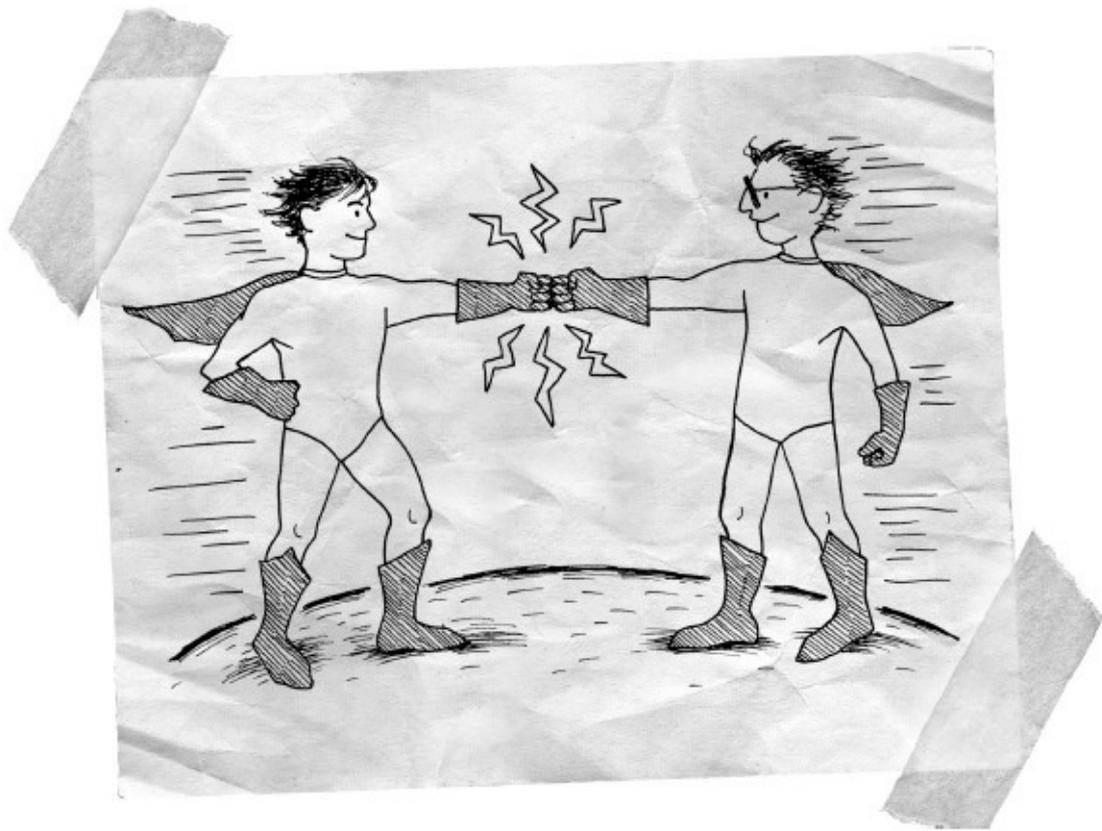
—Tenemos que estar agradecidos porque no nos mataron a todos.

Nos reímos como locos. Fue un buen día. Papá estaba sobrio. Mamá se disponía a echarse la siesta. La abuela ya se había dormido.

Pero yo echaba de menos a Rowdy. No dejaba de mirar hacia la puerta. Durante los últimos diez años, siempre había venido a casa y habíamos echado una competición para ver quién comía más pastel de calabaza.

Le echaba de menos.

Así que dibujé una viñeta en la que salíamos Rowdy y yo como éramos antes:



Después me puse los zapatos y el abrigo, fui hasta casa de Rowdy y llamé a la puerta.

El padre de Rowdy, borracho como siempre, me abrió.

—Junior —dijo—, ¿qué quieres?

—¿Está Rowdy?

—No.

—Ah, bueno... Le he dibujado esto, ¿puedes dárselo?

El padre de Rowdy cogió el dibujo y se quedó mirándolo durante unos instantes. Después sonrió de forma despectiva.

—Eres un poco gay, ¿no? —dijo.

Sí, ése era el tío que estaba educando a Rowdy. Dios, no me extraña que mi mejor amigo siempre estuviera tan cabreado.

—¿Puedes dárselo? —pregunté.

—Sí, se lo daré. Aunque sea un poco gay.

Me dieron ganas de insultarle. Me dieron ganas de decirle que pensaba que estaba siendo valiente, y que estaba intentando arreglar mi amistad deshecha con Rowdy, y que le echaba de menos, y, si eso era gay, entonces vale, era el tío más gay del mundo. Pero no dije nada de eso.

—Vale, gracias —dije en cambio—. Y feliz Día de Acción de Gracias.

El padre de Rowdy me cerró la puerta. Me fui caminando, pero me detuve al llegar a la acera y volví la vista atrás. Vi a Rowdy en la ventana de su habitación, en

el piso de arriba. Tenía mi dibujo en la mano y observaba cómo me alejaba. Y noté la tristeza en su rostro. Simplemente supe que él también me echaba de menos.

Le saludé con la mano. Él me hizo un corte de mangas.

—¡Eh, Rowdy! —grité—. ¡Muchas gracias!

Se apartó de la ventana y por un momento me sentí triste. Pero entonces me di cuenta de que puede que Rowdy me hubiera hecho un corte de mangas, pero no había roto mi dibujo. Teniendo en cuenta lo mucho que me odiaba, probablemente tendría que haberlo roto en pedazos. Eso me habría dolido más que casi cualquier otra cosa que pueda imaginarme. Pero Rowdy aún respetaba mis viñetas. Así que puede que aún me respetara un poquito a mí.

Dolor de hambre

Nuestro profesor de historia, el Sr. Sheridan, estaba intentando enseñarnos algo sobre la Guerra de Secesión. Pero era tan aburrido y monótono que lo único que nos estaba enseñando era a dormir con los ojos abiertos.

Necesitaba salir de allí, así que levanté la mano.

—¿Qué pasa, Arnold? —preguntó el profesor.

—Tengo que ir al baño.

—Aguántate.

—No puedo.

Puse mi mejor cara de si-no-voy-ahora-mismo-voya-explotar.

—¿De verdad tienes que ir? —preguntó el profesor.

Al principio no tenía que ir, pero entonces me di cuenta de que sí, tenía que ir.

—Necesito desesperadamente ir —contesté.

—Vale, de acuerdo, ve.

Fui a los baños de la biblioteca porque suelen estar mucho más limpios que los que hay junto al comedor.

Total, que voy a hacer mis necesidades, así que me siento en el váter y me concentro. Estoy en plan zen, intentando hacer que todo esto sea una experiencia espiritual. Una vez leí que Gandhi estaba muy interesado en sus propias necesidades. No sé si es que leía el futuro o qué. Pero creo que pensaba que el estado y la calidad de sus necesidades revelaban el estado y la calidad de su vida.

Sí, lo sé, probablemente leo demasiado.

Y probablemente leo MÁS que demasiado sobre las necesidades.

Pero es algo importantísimo, ¿eh? Entonces termino, tiro de la cadena, me lavo las manos y después me miro al espejo y empiezo a reventarme granos. Estoy todo callado y concentrado cuando oigo un ruido extraño que viene del otro lado de la pared.

Es el baño de chicas.

Y vuelvo a oír ese extraño ruido.

¿Quieres saber cómo suena?

Suena así:

¡ARGGGHHHHHHHHSSSSPPPPGGGGHHHHHHH
AAAAAARGHHHHHHHHHHAGGGGHH!

Suena como si alguien estuviera vomitando.

No.

Suena como si un 747 estuviera aterrizando sobre una pista de vómito.

Me dispongo a volver a clase para recibir más lecciones entretenidísimas del profesor de historia. Pero entonces vuelvo a oír ese ruido.

¡ARGGGHHHHHHHSGHHSLLLLSKSSSHHSDKFDJS
ABCDEFGHIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ!

Vale, puede que haya alguien ahí que tenga gripe o algo así. Igual tiene, no sé, insuficiencia renal. No puedo irme.

Así que llamo a la puerta. La puerta del baño de chicas.

—Oye —digo—, ¿te encuentras bien?

—¡Vete!

Es una chica. Lo cual tiene sentido, ya que es el baño de chicas.

—¿Quieres que llame a un profesor o algo? —pregunto a través de la puerta del baño.

—¡He dicho QUE TE VAYAS!

No soy tonto. Sé interpretar las indirectas sutiles.

Así que me voy, pero hay algo que me empuja a volver, no sé qué. Si eres romántico, quizá pienses que fue el destino.

Así que el destino y yo nos apoyamos en la pared y esperamos.

La chica que está vomitando tendrá que acabar saliendo del baño, y entonces sabré que se encuentra bien.

Y, efectivamente, muy pronto sale.

Y es la encantadora Penélope, y está masticando con fuerza un chicle de canela. Está claro que está intentando disimular el olor del vómito con el trozo de chicle de canela más grande del mundo. Pero no funciona. Sólo consigue oler como si alguien hubiera vomitado sobre un gran árbol de la canela.

—¿Qué miras? —me pregunta.

—Miro a una anoréxica —digo.

Una anoréxica que está MUY BUENA, me dan ganas de añadir, pero no lo hago.

—No soy anoréxica —dice—, soy bulímica.

Lo dice alzando la barbilla y la nariz, con arrogancia. Y entonces recuerdo que hay un montón de anoréxicas que están ORGULLOSAS de estar esqueléticas y ser unos bichos raros que se mueren de hambre.

Creen que ser anoréxicas las hace especiales, mejores que todos los demás. Joder, tienen sus propias páginas web en las que se dan consejos sobre los mejores laxantes y todo eso.

—¿Cuál es la diferencia entre las bulímicas y las anoréxicas? —le pregunto.

—Las anoréxicas son anoréxicas todo el tiempo —contesta—, yo sólo soy bulímica cuando vomito.

Guau.

¡SUENA EXACTAMENTE IGUAL QUE MI PADRE!



Supongo que hay todo tipo de adictos. Todos sentimos dolor, y todos buscamos formas de eliminarlo.

Penélope se atiborra de su dolor y luego lo vomita y lo echa por el desagüe. Mi padre se bebe su dolor.



Así que le digo a Penélope lo que siempre le digo a papá cuando está borracho y deprimido y a punto de rendirse ante el mundo.

—Eh, Penélope —le digo—, no te rindas.

Sí, vale, no es el consejo más sabio del mundo. De hecho, es algo obvio y cursi.

Pero Penélope empieza a llorar y a hablar de que se siente muy sola y de que todo el mundo cree que su vida es perfecta porque es guapa e inteligente y popular, pero dice que tiene miedo todo el tiempo, pero nadie deja que tenga miedo porque es guapa e inteligente y popular.

¿Has notado que ha mencionado su belleza, su inteligencia y su popularidad dos veces en una sola frase?

La chica tiene su ego...

Pero eso también resulta atractivo.

¿Cómo puede ser que una chica bulímica cuyo aliento huele a vómito de repente sea tan atractiva? El amor y el deseo pueden volverte loco.

De repente entiendo cómo es posible que mi hermana mayor, Mary, conociera a un hombre y se casara con él cinco minutos más tarde. Ya no estoy tan cabreado con ella por habernos dejado y haberse mudado a Montana.

Durante las semanas siguientes, Penélope y yo nos convertimos en la pareja de moda del instituto Reardan. Bueno, vale, no somos exactamente una pareja. Somos más bien amigos con potencial. Pero, aun así, es guay.

Todo el mundo está totalmente flipado con que Penélope me haya escogido como su nuevo amigo. No es que yo sea una especie de bestia horrible que ha sufrido una mutación. Pero soy un completo extraño en el instituto.

Y soy indio.

Y el padre de Penélope, Earl, es racista.

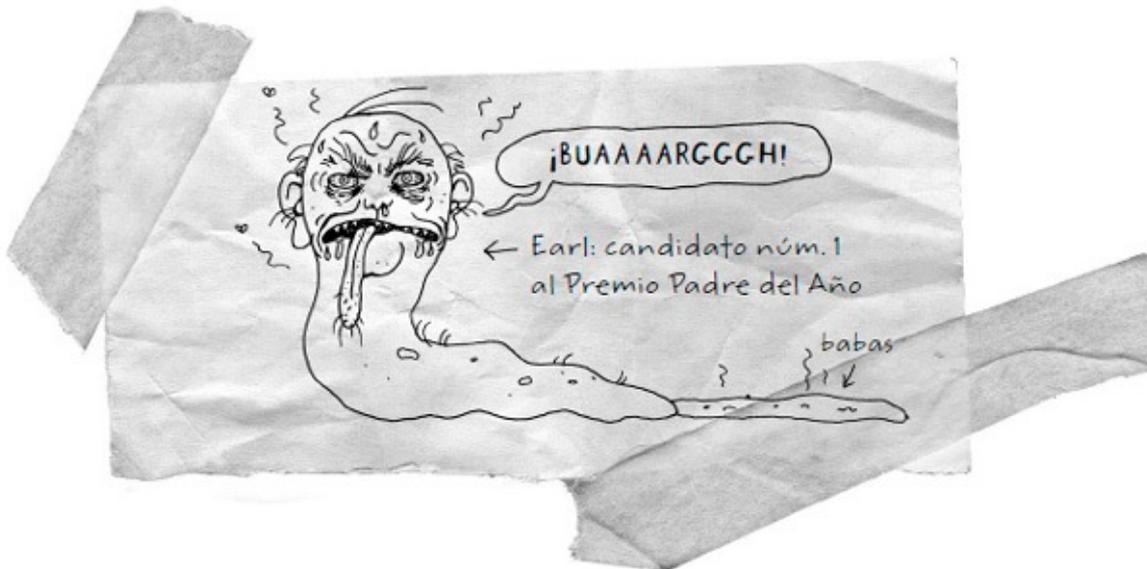
La primera vez que le vi me dijo:

—Chaval, más vale que mantengas las manos alejadas de las bragas de mi hija. Sólo sale contigo porque sabe que eso me va a cabrear. Así que no me voy a cabrear. Y si no me cabreo, dejará de salir contigo. Mientras tanto, mantén la serpiente de tus pantalones dentro de tus pantalones y así no tendré que darte un puñetazo en el estómago.

¿Y sabes lo que me dijo después de eso?

—Chaval, como dejes embarazada a mi hija, como le hagas niños del color del carbón, no querré saber nada más de ella. La echaré de mi casa y tendrás que llevártela a tu casa con tu papá y tu mamá. ¿Te has enterado bien, chaval? Ahora todo está en tus manos.

Sí, Earl era un auténtico triunfador.



Total, que Penélope y yo nos convertimos en la principal noticia porque estábamos desafiando al fuerte e impresionante Earl.

Sí, probablemente estés pensando que Penélope salía conmigo SÓLO porque no tenía un candidato peor que yo.

Probablemente salía conmigo SÓLO porque era indio.

Y sí, vale, sólo salía conmigo a medias. De vez en cuando nos dábamos la mano y nos habíamos besado una o dos veces, pero nada más.

No sé lo que significaba yo para ella.

Creo que estaba harta de ser la chica más guapa, más inteligente y más popular del mundo. Quería desmadrarse un poco, ya sabes. Quería que mancharan un poco su historial.

Y yo era la mancha.

Pero, oye, puede decirse que yo también la estaba utilizando.

Después de todo, de repente me volví popular.

Como Penélope había declarado públicamente que yo era lo bastante guapo como para CASI salir conmigo, todas las demás chicas del instituto también decidieron que yo era guapo.

Como había conseguido que Penélope y yo nos diéramos la mano y darle un beso de despedida cuando se subía al autobús para ir a casa, todos los demás chicos del instituto decidieron que yo era un auténtico semental.

Hasta los profesores empezaron a prestarme más atención.

Me había vuelto misterioso.

¿Cómo había conseguido yo, el indio pringado, ganarme un minúsculo pedazo del corazón de Penélope?

¿Cuál era mi secreto?

Yo tenía un aspecto distinto y hablaba y soñaba y andaba de forma distinta a todos los demás.

Era nuevo.

Si nos ponemos en plan biológico, habría que decir que era un añadido emocionante al banco genético de Reardan.

Vale, entonces ésas son todas las razones obvias por las que Penélope y yo éramos amigos. Todas las razones superficiales. ¿Pero qué pasa con las razones importantes?

—Arnold —me dijo Penélope un día, después de clase—, odio este pueblecito. Es muy pequeño, demasiado pequeño. Todo lo que hay en él es pequeño. La gente de aquí tiene ideas pequeñas. Sueños pequeños. Todos quieren casarse unos con otros y vivir aquí para siempre.

—¿Y qué quieres hacer tú? —pregunté.

—Quiero irme de aquí en cuanto pueda. Creo que nací con una maleta en la mano.

Sí, ella hablaba así, en plan ambicioso y absurdo y dramático. Me dieron ganas de burlarme de ella, pero hablaba muy en serio.

—¿Adónde quieres ir?

—A todas partes. Quiero caminar por la Gran Muralla china. Quiero subir a lo alto de las pirámides de Egipto. Quiero nadar en todos los océanos. Quiero subir al monte Everest. Quiero ir de safari en África. Quiero montar en un trineo tirado por perros en la Antártida. Lo quiero todo. Hasta la mínima parte de todo.

Sus ojos adoptaron una extraña mirada ausente, como si estuviera hipnotizada. Me reí.

—No te rías de mí —dijo.

—No me estoy riendo de ti —contesté—, me estoy riendo de tus ojos.

—Ése es el problema —dijo—, que nadie me toma en serio.

—Venga ya, es un poco difícil tomarte en serio si hablas de la Gran Muralla china y de Egipto y todo eso. Ésos sólo son sueños absurdos a lo grande. No son reales.

—Para mí son reales —contestó.

—¿Por qué no dejas de hablar de sueños y me dices qué es lo que de verdad quieres hacer con tu vida? —dije—. Hazlo más sencillo.

—Quiero estudiar arquitectura en la Universidad de Stanford.

—Eh, eso mola —contesté—. Pero ¿por qué arquitectura?

—Porque quiero construir algo hermoso. Porque quiero ser recordada.

No podía burlarme de ella por ese sueño. También era mi sueño. Y se supone que los chicos indios no deben tener sueños como ése. Y se supone que las chicas blancas de pueblos pequeños tampoco deben tener sueños a lo grande.

Se suponía que teníamos que ser felices con nuestras limitaciones. Pero iba a ser imposible que Penélope y yo nos quedáramos quietos. No, los dos queríamos volar.

—¿Sabes qué? —dije—. Me parece guay que quieras viajar por todo el mundo. Pero no llegarás ni a la mitad del camino si no comes lo suficiente.



Ella sentía dolor y yo la quería, supongo que más o menos la quería, así que era como si también tuviera que querer a su dolor.

Sobre todo, me encantaba mirarla. Supongo que eso es lo que hacen los chicos, ¿no? Y los hombres. Miramos a las chicas y a las mujeres. Las contemplamos. Y esto es lo que yo veía cuando contemplaba a Penélope:



¿Estaba mal mirarla tanto? ¿Era acaso romántico? No lo sé. Pero no podía evitarlo.

Puede que no tenga ni idea sobre romanticismo, pero sí sé un poco sobre la belleza.

Y, tío, Penélope era increíblemente guapa.

¿Tenía yo la culpa de estar mirándola todo el día?

Rowdy me da consejos sobre amor

¿Alguna vez has observado a una mujer guapa jugando al voleibol?

Ayer, en un partido, Penélope estaba sacando y yo la observaba como si fuera una obra de arte.

Llevaba una camiseta blanca y unos pantalones cortos blancos, y se le veía el contorno del sujetador blanco y de las bragas blancas.

Tenía la piel muy blanca. Blanca como la leche. Blanca como una nube.

Así que toda entera era blanco sobre blanco sobre blanco, como la mejor tarta de nata que hayas visto en tu vida.

Yo quería ser su cobertura de chocolate.

Estaba sacando contra las buenísimas Lady Gorilas de Davenport. Sí, has leído bien: habían escogido llamarse a sí mismas las Lady Gorilas. Y además jugaban como si fueran primates súper fuertes. Estaban machacando a Penélope y a sus compañeras de equipo. En el primer set iban unos 12 a 0.

Pero a mí me daba igual.

Yo sólo quería observar cómo la sudorosa Penélope sudaba su sudor perfecto en aquel día perfectamente sudoroso.

Se paró en la línea de saque, botó el balón unas cuantas veces para coger ritmo y después lo lanzó hacia arriba, por encima de su cabeza.

Siguió el recorrido del balón con sus ojos azules. Lo observaba atentamente, como si ese balón importara más que cualquier otra cosa en el mundo. Me dieron celos de ese balón. Deseé ser ese balón.

Mientras el balón flotaba en el aire, Penélope giró las caderas y la espalda y echó el brazo derecho hacia atrás, por encima del hombro, enroscándose como una preciosa serpiente. Tenía los músculos de las piernas estirados y prietos.

Por poco me desmayo cuando sacó. Usando todos esos giros y flexiones y esa concentración, golpeó el balón y metió un saque directo a las Lady Gorilas.

Después, Penélope apretó el puño y gritó:

—¡Sí!

Absolutamente preciosa.

Aunque pensaba que nunca obtendría respuesta, quería saber qué hacer con mis sentimientos, así que fui a la sala de ordenadores y le envié un e-mail a Rowdy. Tiene la misma dirección desde hace cinco años.

«Eh, Rowdy», escribí, «estoy enamorado de una chica blanca. ¿Qué debo hacer?».

Unos minutos más tarde, Rowdy me contestó.

«Eh, Gilipollas», escribió Rowdy, «estoy harto de tíos indios que tratan a las mujeres blancas como si fueran trofeos de bolos. Espabila».



Bueno, aquello no me sirvió de nada, así que pregunté a Gordy qué debía hacer con respecto a Penélope.

—Soy un chico indio —dije—, ¿cómo puedo hacer que una chica blanca me quiera?

—Déjame que investigue un poco sobre eso —contestó Gordy.

Unos días más tarde, me hizo un breve informe.

—Eh, Arnold —dijo—, busqué «enamorado de una chica blanca» en Google y encontré un artículo sobre aquella chica blanca llamada Cynthia que desapareció el verano pasado en México. ¿Te acuerdas de que su cara salía en todos los periódicos y todo el mundo decía que lo que había pasado era muy triste?

—Sí, me suena —contesté.

—Bien, pues el artículo decía que más de doscientas chicas mexicanas han desaparecido en la misma zona del país en los últimos tres años. Y nadie dice casi nada sobre eso. Y eso es racista. El tío que escribió el artículo dice que a la gente le

importan más las chicas blancas guapas que el resto de la gente del planeta. Las chicas blancas son privilegiadas. Son damiselas en apuros.

—¿Y qué significa todo eso? —pregunté.

—Creo que significa que no eres más que un gilipollas racista, como todos los demás.

Guau.

A su manera, Gordy el ratón de biblioteca era tan duro como Rowdy.

Baila, baila, baila

Cuando viajaba entre Reardan y Wellpinit, entre el pequeño pueblo de blancos y la reserva, siempre me sentía como un extraño.

Era medio indio en un lugar y medio blanco en el otro.

Era como si ser indio fuera mi trabajo, pero sólo era un trabajo a tiempo parcial. Y no me pagaban nada bien.

La única persona que hacía que me sintiera genial todo el tiempo era Penélope.

Bueno, no debería decir eso.

Mis padres también se esforzaban mucho por mí. Siempre andaban arañando el dinero para pagar la gasolina, darme un poco para comer, comprarme unas cuantas camisetas o unos vaqueros nuevos.

Mis padres me daban dinero suficiente para poder fingir que tenía más dinero del que tenía.

No decía la verdad sobre lo pobre que era.

En Reardan todo el mundo daba por supuesto que los indios spokane ganábamos un montón de dinero porque teníamos un casino. Pero aquel casino, mal administrado y demasiado alejado de las carreteras principales, era un negocio con el que se perdía dinero. Para ganar dinero en el casino tenías que trabajar en el casino.

Y los blancos de todas partes siempre han creído que el gobierno da dinero a los indios sin más.

Y, como los chicos de Reardan y sus padres pensaban que yo tenía mucho dinero, no hice nada para hacerles cambiar de opinión. Pensé que no me vendría nada bien que supieran que era súper pobre.

¿Qué pensarían de mí si supieran que a veces tenía que hacer autoestop para ir a clase?

Así que hacía como si tuviera algo de dinero. Hacía como si fuera de clase media. Hacía como si encajara.

Nadie sabía la verdad.

Pero está claro que no puedes mentir eternamente. Las mentiras caducan pronto. Las mentiras se estropean. Las mentiras se pudren y todo a su alrededor apesta.

En diciembre, llevé a Penélope al Baile de Invierno. La cosa es que sólo tenía cinco dólares, lo que no llegaba para pagar nada: ni fotos, ni comida, ni gasolina, ni un perrito caliente con un refresco. Si hubiera sido cualquier otro baile, un baile normal, me habría inventado alguna enfermedad y me habría quedado en casa. Pero no podía perderme el Baile de Invierno. Y si no llevaba a Penélope, seguro que ella iría con otro.

Como no tenía dinero para gasolina, y como no podría haber conducido aunque hubiera querido, y como no quería que fuéramos con otra pareja, le dije a Penélope que quedáramos en el gimnasio para el baile. Eso no le hizo mucha gracia.



Pero lo peor de todo fue que tuve que llevar uno de los viejos trajes de papá. Me preocupaba que la gente se burlara de mí, ¿sabes? Y probablemente lo habrían hecho si Penélope no se hubiera puesto a chillar encantada nada más verme entrar en el gimnasio.



—¡Madre mía! —gritó tan alto que todo el mundo pudo oírlo—. Ese traje es súper bonito. Es súper retroactivo. ¡Es tan retroactivo que es radiactivo!

Y todos los tíos que estaban allí desearon de repente haber llevado el traje cutre de poliéster de su padre.

Y yo me imaginé que todas las chicas de repente se habían quedado anonadadas y excitadas al ver mis pantalones de campana.

Así que, ebrio de mi repentino poder, conseguí hacer unos pobres pasos de baile disco que hicieron que la sala entera se volviera loca.

Hasta Roger, el tío enorme al que había pegado un puñetazo en la cara, de pronto era mi colega.

Penélope y yo estábamos contentísimos de estar vivos, y contentísimos de estar vivos JUNTOS, aunque sólo fuéramos una semi-pareja de moda, y bailamos todos y

cada uno de los bailes.

Diecinueve bailes; diecinueve canciones.

Doce rápidas; siete lentas.

Once éxitos del country; cinco canciones de rock; tres temas de hip-hop.

Fue la mejor noche de mi vida.

Por supuesto, estaba sudando y hecho un desastre dentro de ese caluroso traje de poliéster.

Pero no importaba. Penélope pensaba que yo era guapo, así que yo me sentía guapo.

Y entonces se terminó el baile.

Las luces se encendieron.

Y, de repente, Penélope se dio cuenta de que se nos había olvidado ir a que el fotógrafo nos hiciera una foto.

—¡Madre mía! —gritó—. ¡Se nos ha olvidado hacernos la foto! ¡Qué mierda!

Se quedó triste durante un momento, pero entonces se dio cuenta de que se lo había pasado tan bien que una fotografía de aquella noche era totalmente innecesaria. Una fotografía sólo sería un pobre *souvenir*.

Sentí un alivio enorme al descubrir que se nos había olvidado. No habría podido pagar las fotografías. Lo sabía. Y había estado ensayando un discurso sobre cómo había perdido la cartera.

Había conseguido llegar al final de la velada sin haber desvelado mi pobreza.

Me imaginaba que acompañaría a Penélope al aparcamiento, donde la esperaba su padre con el coche. Le daría un besito inocente en la mejilla (porque su padre me habría pegado un tiro si le hubiera dado uno con lengua con él delante). Y después le diría adiós con la mano mientras se alejaba en el coche. Y después esperaría en el aparcamiento hasta que todo el mundo se hubiera ido. Y después empezaría a caminar en dirección a casa en la oscuridad. Era sábado, así que sabía que alguna familia de la reserva volvería a casa desde Spokane. Y sabía que me verían y me llevarían.

Ése era el plan.

Pero las cosas cambiaron. Las cosas siempre cambian.

Roger y algunos de los otros, los chicos populares, decidieron que iban a ir en coche a Spokane a tomar tortitas en alguna cafetería que abriera las veinticuatro horas. De repente era la idea más guay del mundo.

Todos los que iban eran estudiantes de los dos últimos cursos. Pero Penélope era muy popular, sobre todo para ser de primer año, y yo también era popular por asociación, incluso para ser de primer año, así que Roger nos invitó a ir con ellos.



Penélope se puso eufórica con la idea.

A mí me dieron ganas de vomitar.

Tenía cinco pavos en el bolsillo. ¿Qué podía comprar con eso? Quizá un plato de tortitas. Quizá.

Estaba condenado.

—¿Tú qué dices, Arnie? —preguntó Roger—. ¿Te apuntas a una buena cena de carbohidratos?

—¿Tú qué quieres hacer, Penélope? —pregunté.

—Quiero ir, quiero ir —dijo ella—. Deja que vaya a preguntar a mi padre.

Tío, vi mi única escapatoria. Sólo podía esperar que Earl no la dejara ir. Sólo Earl podía salvarme ahora.

¡Confiaba en Earl! ¡Así de mal estaba mi vida en aquel preciso momento!

Penélope fue dando saltitos hasta el coche de su padre.

—Eh, Antílope —dijo Roger—, voy contigo. Le diré a Earl que venís en coche conmigo y que luego os llevaré a casa.

El apodo de Roger para Penélope era Antílope. Seguramente fuera la palabra más larga que conocía. Odiaba que él tuviera un apodo para ella. Y mientras iban andando juntos hacia Earl me di cuenta de que Roger y Penélope quedaban bien uno al lado del otro. Quedaban naturales. Quedaban como si tuvieran que estar juntos.

Y una vez que descubrieran que yo era un indio más pobre que las ratas, sabía que estarían juntos.

¡Vamos, Earl! ¡Vamos, Earl! ¡Rómpele el corazón a tu hija!

Pero a Earl le encantaba Roger. A todos los padres les encantaba Roger. Era el mejor jugador de fútbol americano que habían visto jamás. Por supuesto que les encantaba. Habría sido antiamericano que no les encantara el mejor jugador de fútbol.

Imaginé que Earl decía que Penélope podía ir sólo si era Roger y no yo quien metía las manos en las bragas de su hija.

Estaba enfadado y celoso y completamente aterrorizado.

—¡Puedo ir! ¡Puedo ir! —dijo Penélope mientras corría de vuelta hacia mí y me abrazaba con fuerza.

Una hora más tarde, unos veinte chavales estábamos sentados en la cafetería Denny's de Spokane.

Todo el mundo pidió tortitas.

Yo pedí tortitas para Penélope y para mí. También pedí zumo de naranja y café, y tostadas y chocolate caliente y patatas fritas de acompañamiento, aunque sabía que no podría pagar nada de todo aquello.

Pensaba que sería mi última comida antes de mi ejecución, así que iba a darme un banquete.

En mitad de la comida, fui al baño.

Creí que iba a vomitar, así que me arrodillé delante de la taza, pero sólo me dieron unas cuantas arcadas.

Roger entró en el baño y me oyó.

—Eh, Arnie —dijo—, ¿estás bien?

—Sí —contesté—, sólo estoy cansado.

—Bien, tío —dijo—. Me alegro de que hayáis venido. Antílope y tú hacéis muy buena pareja, tío.

—¿Tú crees?

—Sí, ¿ya te lo has hecho con ella?

—La verdad es que prefiero no hablar de eso.

—Sí, tío, tienes razón, no es asunto mío. Oye, tío, ¿vas a presentarte a las pruebas de baloncesto?

Sabía que los entrenamientos empezaban una semana más tarde. Había pensado en jugar, pero no sabía si al entrenador le gustarían los indios o no.

—Sí —contesté.

—¿Juegas bien?

—No lo hago mal.

—¿Crees que eres lo bastante bueno para jugar en el primer equipo? —me preguntó Roger.

—Ni de coña, iré de cabeza al segundo.

—Bien —dijo Roger—, molará tenerte por allí. Necesitamos sangre nueva.

—Gracias, tío —dije.

No me podía creer que fuera tan simpático. Era, bueno..., ¡era EDUCADO! ¿Cuántos grandes jugadores de fútbol son educados? ¿Y amables? ¿Y así de generosos?

Era increíble.

—Oye, escucha —dije—, la razón por la que estaba vomitando antes es...

Pensé en decirle toda la verdad, pero no pude.

—Seguro que sólo estás enfermo de amor —dijo Roger.

—No, bueno, sí, puede —contesté—. Pero la cosa es que tengo el estómago fatal porque, esto..., se me ha olvidado la cartera. Me he dejado el dinero en casa, tío.

—¡Colega! —dijo Roger—. No te preocupes, tío. Tendrías que haberlo dicho antes. Yo te cubro.

Abrió su cartera y me dio cuarenta pavos.

¡Mi madre!

¿Qué clase de chaval es capaz de soltar cuarenta pavos así como así?

—Te lo devolveré, tío —dije.

—Tranquilo, tío, tú sólo pásatelo bien, ¿vale?

Volvió a darme una palmadita en la espalda. Siempre estaba dándome palmaditas en la espalda.

Volvimos juntos a la mesa, nos terminamos la comida y Roger me llevó en coche de vuelta al instituto. Les dije que mi padre iba a recogerme en la puerta del gimnasio.

—Colega —dijo Roger—, son las tres de la mañana.

—No pasa nada —dije—. Mi padre hace el turno de tarde, viene directamente desde el trabajo.

—¿Estás seguro?

—Sí, no hay problema.

—Dejaré a Antílope en casa sana y salva, tío.

—Guay.

Así que Penélope y yo salimos del coche para poder despedirnos en privado. Le salían rayos láser de los ojos.

—Me ha dicho Roger que te ha dejado dinero —dijo.

—Sí —contesté—, me he dejado la cartera.

Los rayos láser daban cada vez más calor.

—Arnold.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo fuerte?

—Sí, supongo que sí.

—¿Eres pobre?



No podía seguir mintiéndole.

—Sí—dije—, soy pobre.

Pensé que iba a salir de mi vida en aquel preciso momento. Pero no lo hizo. En cambio, me besó. En la mejilla. Supongo que a los tíos pobres no se les besa en los labios. Iba a gritarle por ser superficial, pero entonces me di cuenta de que estaba siendo mi amiga. Estaba siendo una buena amiga, de hecho. Estaba preocupada por mí. Yo había estado pensando en sus pechos y ella había estado pensando en toda mi vida. Yo era el superficial.

—Fue Roger quien adivinó que eras pobre —dijo.

—Oh, genial, ahora se lo dirá a todo el mundo.

—No se lo va a decir a nadie. Le caes bien a Roger. Es muy buena persona, es como mi hermano mayor. También puede ser tu amigo.

Me pareció que eso sonaba bastante bien. Necesitaba amigos más de lo que necesitaba mis sueños lujuriosos.

—¿De verdad va a venir tu padre a buscarte? —preguntó.

—Sí —dije.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—No —dije.

—¿Cómo vas a ir a casa? —me preguntó.

—La mayoría de las noches voy andando. Hago autoestop. Normalmente alguien me lleva. Sólo he tenido que caminar todo el trayecto unas pocas veces.

Empezó a llorar.

¡POR MÍ!

¿Quién me iba a decir que las lágrimas de compasión podían ser tan atractivas?

—Dios mío, Arnold, no puedes hacer eso —dijo—. No voy a dejar que hagas eso. Te vas a congelar. Roger te llevará a casa; estará encantado de llevarte.

Intenté detenerla, pero Penélope fue corriendo hasta el coche de Roger y le contó la verdad.

Y Roger, que era de corazón amable y bolsillo generoso, además de un poco racista, me llevó a casa aquella noche.

Y también me llevó a casa muchas otras noches.

Si dejas a los demás entrar un poquito en tu vida, pueden ser una auténtica pasada.

No te fíes de tu ordenador

Hoy, en el instituto, echaba mucho de menos a Rowdy, así que fui a la sala de ordenadores, me saqué una foto digital de mi cara sonriente y se la envié por email.

Unos minutos más tarde, él me envió por e-mail una foto digital de su culo desnudo. No sé cuándo se hizo esa foto.

Me hizo reír.

Y también me deprimió.

Rowdy podía ser tan loco-divertido-asqueroso... Los chavales de Reardan estaban tan preocupados por las notas y por el deporte y por SU FUTURO que a veces se comportaban como hombres de negocios de mediana edad reprimidos con teléfonos móviles incrustados en el intestino delgado.

Rowdy era lo contrario de reprimido. Era justamente el tipo de chaval que enviaría por e-mail al mundo su culo (y todo lo demás) desnudo.

—Eh —dijo Gordy—, ¿eso es el pompis de alguien?

¡Pompis! ¿Acababa de decir «pompis»?

—Gordy, amigo mío —dije—, definitivamente, eso NO es un pompis. Es un culo apestoso. Puedes hasta olerlo, incluso a través del ordenador.

—¿De quién es el trasero? —preguntó.

—De mi mejor amigo, Rowdy. Bueno, antes era mi mejor amigo, ahora me odia.

—¿Y cómo es que te odia? —preguntó.

—Me odia porque me fui de la reserva —contesté.

—Pero sigues viviendo allí, ¿no? Sólo vienes a clase aquí.

—Sí, lo sé, pero algunos indios piensan que tienes que comportarte como un blanco para hacer que tu vida sea mejor. Algunos indios piensan que te conviertes en un blanco si intentas mejorar tu vida, si empiezas a tener éxito.

—Si eso fuera cierto, ¿no tendrían éxito todos los blancos?

Tío, Gordy era inteligente. Ojalá pudiera llevarle a la reserva y dejar que educara a Rowdy. Claro que probablemente Rowdy le daría de puñetazos hasta dejarlo clínicamente muerto. O quizá Rowdy, Gordy y yo podríamos convertirnos en un trío de superhéroes y luchar por defender la verdad, la justicia y la tradición de los indios norteamericanos. Sí, vale, Gordy era blanco, pero cualquiera puede empezar a comportarse como un indio si se junta con nosotros una temporada.

—Muchos en la reserva dicen que soy una manzana —dije.

—¿Creen que has caído en el pecado o algo así? —preguntó.

—No, no —contesté—, dicen que soy una manzana porque creen que soy rojo por fuera y blanco por dentro.

—Ah, creen que eres un traidor.

—Eso es.

—Bueno, la vida es una lucha constante entre ser un individuo y ser un miembro de la comunidad.

¿Te puedes creer que exista un chaval que hable así? ¿Como si ya fuera un profesor de universidad impresionado con el sonido de su propia voz?

—Gordy —dije—, no entiendo lo que estás intentando decirme.

—Bueno, en los primeros tiempos de la humanidad, la comunidad era nuestra única protección frente a los depredadores y el hambre. Sobrevivíamos porque confiábamos los unos en los otros.

—¿Y?

—Y, por aquel entonces, la gente rara era una amenaza para la fuerza de la tribu. Si no servías para proporcionar comida, refugios o hijos, te expulsaban y te quedabas solo.

—Pero ya no somos primitivos como entonces.

—Oh, sí que lo somos. Los raros siguen siendo desterrados.

—Te refieres a los raros como yo —dije.

—Y como yo —contestó Gordy.

—Vale, entonces tenemos una tribu de dos.

Sentí la necesidad repentina de abrazar a Gordy, y él sintió la necesidad repentina de impedirme que le abrazara.

—No te pongas sentimental —dijo.

Sí, incluso a los chicos raros les asustan sus sentimientos.

Mi hermana me envía una carta

Querido Junior:

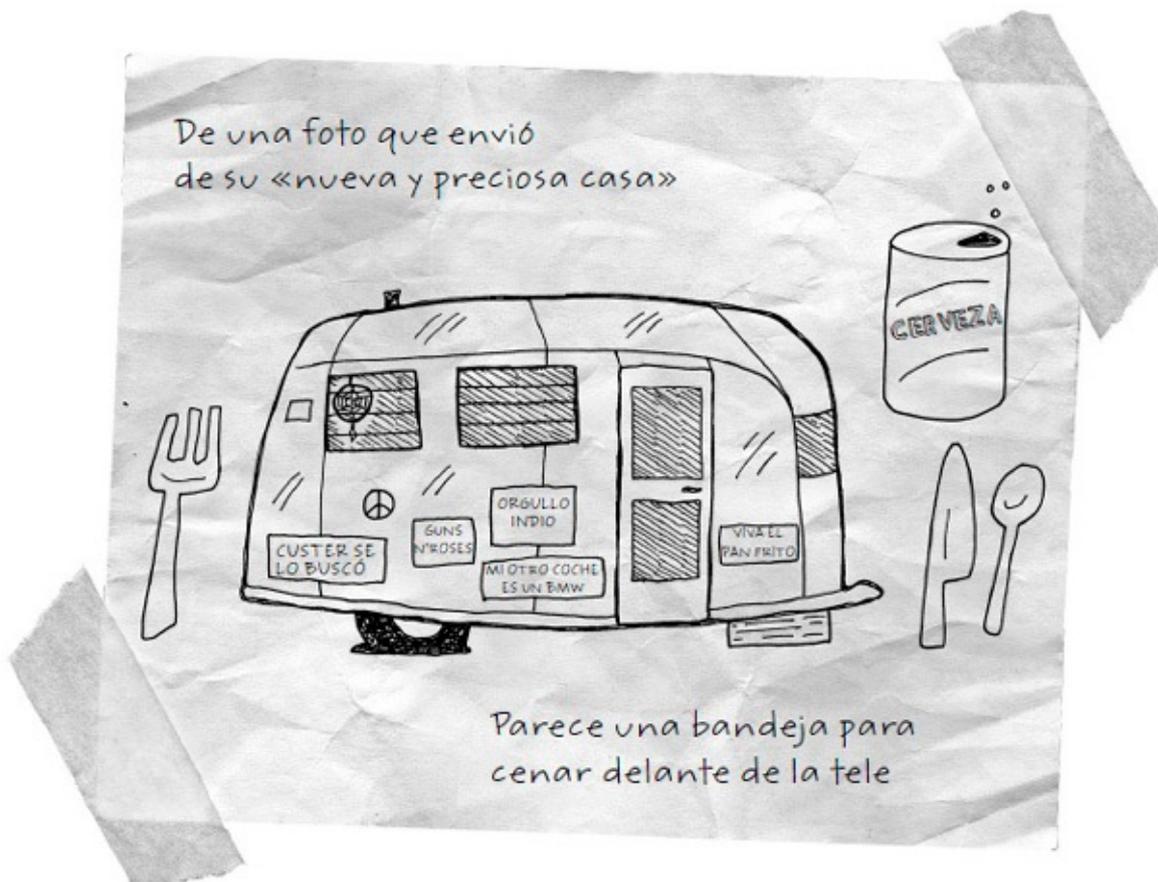
Sigo buscando trabajo. No dejan de decirme que no tengo suficiente experiencia, pero ¿cómo voy a tener suficiente experiencia si no me dan la oportunidad de tener experiencia? En fin... Tengo mucho tiempo libre, así que he empezado a escribir la historia de mi vida. ¡De verdad! ¿A que es una locura? Creo que voy a titularla **CÓMO ESCAPAR DE TU CASA Y ENCONTRAR TU HOGAR**.

¿Qué te parece?

¡Diles a todos que los quiero y los echo de menos!

Besos,
tu hermana mayor.

P. D.: Nos hemos mudado a una nueva casa. ¡Es la casa más preciosa del mundo!



Un buen partido

Estuve a punto de no presentarme a las pruebas para el equipo de baloncesto de Reardan. Pensaba que ni siquiera iba a ser lo suficientemente bueno como para entrar en el equipo C. Y no quería que no me aceptaran en el equipo; pensé que no podría soportar una humillación así.

Pero mi padre me hizo cambiar de opinión.

—¿Sabes cómo conocí a tu madre? —me preguntó.

—Los dos sois de la reserva —contesté—, así que supongo que sería aquí en la reserva. Qué novedad.

—Pero yo no vine a vivir a esta reserva hasta los cinco años.

—¿Y?

—Y tu madre es ocho años mayor que yo.

—Papá, no te enrolles y ve al grano.

—Cuando nos conocimos, tu madre tenía trece años y yo tenía cinco. ¿Y a que no sabes cómo nos conocimos?

—¿Cómo?

—Me ayudó a beber del caño de una fuente.

—Bueno, eso suena un poco asqueroso —dije.

—Yo era muy pequeño —dijo papá—, así que ella me levantó para que pudiera beber. Y, fíjate, después de todos estos años estamos casados y tenemos dos hijos.

—¿Qué tiene que ver eso con el baloncesto?

—Tienes que tener grandes sueños para conseguir grandes cosas.

—Viniendo de ti, eso es de lo más optimista, papá.

—Bueno, ya sabes, tu madre me ayudó a beber de la fuente anoche..., ya sabes a lo que me refiero.

Y todo lo que pude contestar a mi padre fue:

—Ummmmm...

Ésa es otra cosa que la gente no sabe sobre los indios: nos encanta decir cochinadas.

Total, que me apunté a baloncesto.

El primer día de entrenamiento, llegué a la cancha y me sentí bajito, flacucho y lento.

Todos los chicos blancos eran buenos. Algunos eran buenísimos.

Había algunos tíos que medían 1,98 y 2 metros.

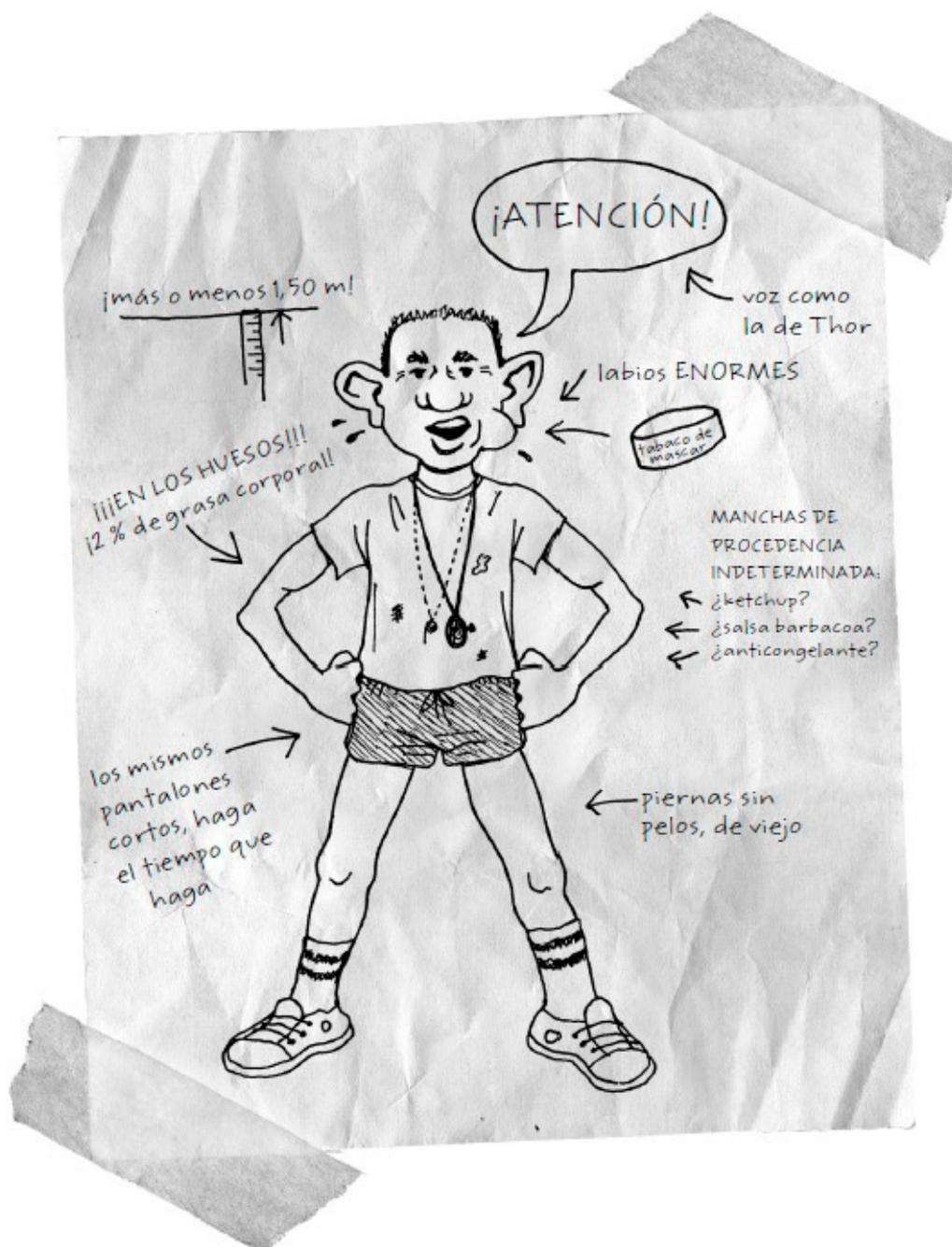
Roger el Gigante era fuerte y rápido y capaz de hacer mates.

Intenté no ponerme en medio, pensé que moriría si me pasaba por encima. Pero lo único que hacía Roger era sonreír sin parar, jugar duro y darme fuertes palmadas en la espalda.

Todos estuvimos tirando a canasta durante un rato. Y entonces el entrenador entró en la cancha.

Cuarenta chavales dejaron de botar y lanzar y hablar INMEDIATAMENTE. Nos quedamos callados, CHAS, así de fácil.

—Quiero daros las gracias a todos por haber venido hoy —dijo el entrenador—. Sois cuarenta, pero sólo podemos coger a doce para el primer equipo y doce para el segundo.



Sabía que no conseguiría entrar en esos equipos. Estaba hecho para el equipo C, sin duda.

—Otros años hemos tenido también un equipo C con doce jugadores —dijo el entrenador—, pero este año no hay presupuesto para eso. Eso significa que hoy voy a tener que prescindir de dieciséis jugadores.

Veinte chicos sacaron pecho. Sabían que eran lo bastante buenos para estar en uno de los dos primeros equipos.

Los otros veinte sacudimos la cabeza. Sabíamos que éramos prescindibles.

—La verdad es que odio tener que hacer esto —dijo el entrenador—. Si fuera por mí, me quedaría con todos. Pero no depende de mí. Así que vamos a tener que hacerlo lo mejor que podamos, ¿vale? Vosotros jugad con dignidad y respeto y yo os trataré con dignidad y respeto, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

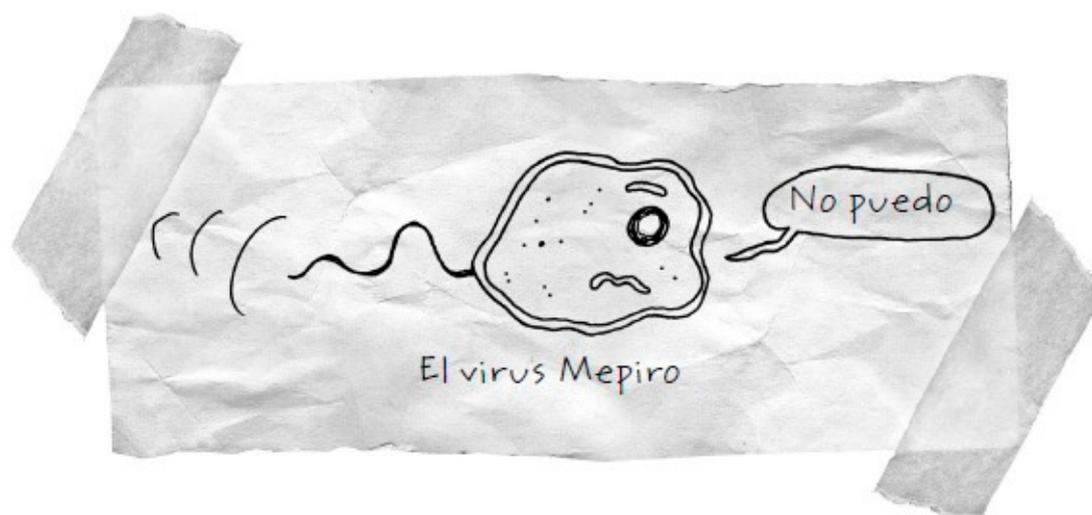
Todos estuvimos de acuerdo.

—Bien, vamos a empezar —dijo el entrenador.

El primer ejercicio era una maratón. Bueno, no exactamente una maratón. Teníamos que dar cien vueltas corriendo alrededor del gimnasio. Así que los cuarenta chavales empezamos a correr.

Y terminamos treinta y seis.

A las cincuenta vueltas, un chaval abandonó y, como abandonar es contagioso, otros tres chicos pillaron la enfermedad y también salieron de la cancha.



No lo entendía. ¿Por qué te apuntas a baloncesto si no quieres correr?

A mí me daba igual. Después de todo, eso suponía que sólo habría que dejar fuera a otros doce. Sólo tenía que ser mejor que otros doce chavales.

Total, que estábamos bastante cansados después de aquella carrera.

E, inmediatamente, el entrenador nos puso a jugar uno contra uno en toda la cancha.

Sí, exacto.

UNO CONTRA UNO EN TODA LA CANCHA.

Aquello fue una tortura.

El entrenador no nos dividió por posiciones. Así que los rápidos bases tenían que marcar a los ala-pívots, y viceversa. Los de los últimos cursos tenían que marcar a los de primer curso, y viceversa. Los jugadores del Partido de las Estrellas de la NBA tenían que marcar a los paquetes como yo, y viceversa.

El entrenador me lanzó el balón y dijo:

—Adelante.

Así que me di la vuelta y salí corriendo por la cancha botando el balón.

Un error.

Roger me quitó el balón con facilidad y fue corriendo hacia su canasta.

Avergonzado, me quedé paralizado.

—¿A qué esperas? —me preguntó el entrenador—. Defiende.

Me espabilé y corrí detrás de Roger, pero hizo un mate antes de que yo llegara siquiera a acercarme.

—Otra vez —dijo el entrenador.

Esta vez, Roger tenía que intentar avanzar por la cancha y yo defendía. Me agaché, abrí totalmente las manos y las piernas y apreté los dientes.

Y entonces Roger me pasó por encima. Simplemente me dejó ahí despatarrado.

Se fue corriendo e hizo otro mate mientras yo seguía tirado en el suelo.

El entrenador se acercó y me miró.

—¿Cómo te llamas, chaval? —preguntó.

—Arnold —contesté.

—¿Eres de la reserva?

—Sí.

—¿Jugabas al baloncesto allí?

—Sí, en el equipo de octavo.

El entrenador me estudió el rostro.

—Me acuerdo de ti —dijo—, eras un buen tirador.

—Sí —dije.

El entrenador siguió estudiando mi rostro, como si estuviera buscando algo.

—Roger es un chaval grande —dijo.

—Es enorme —contesté.

—¿Quieres volver a intentarlo contra él, o necesitas un descanso?

Un noventa por ciento de mí quería tomarse un descanso. Pero sabía que, si me tomaba un descanso, nunca conseguiría entrar en el equipo.

—Lo volveré a intentar —dije.

El entrenador sonrió.

—Bien —dijo—. Roger, colócate otra vez.

Volví a ponerme en pie. El entrenador me lanzó el balón. Y Roger vino a por mí. Gritaba y se reía como un lunático. Se lo estaba pasando genial. Y estaba intentando intimidarme.

Me intimidó.

Avancé hacia Roger controlando el balón con la mano derecha, sabiendo que iba a intentar robármelo.

Si se quedaba delante de mí e intentaba llegar al balón con la mano izquierda, no habría forma de escapar de él. Era demasiado grande y fuerte, demasiado inamovible. Pero trató de hacerse con el balón con la mano derecha, y eso le hizo perder un poco el equilibrio, así que driblé a su alrededor haciendo un reverso y me fui corriendo por la cancha. Él venía justo detrás de mí. Pensé que podría dejarle atrás, pero me alcanzó y se me echó encima. Otra vez fui patinando por el suelo. El balón fue botando hasta las gradas.

Debería haberme quedado en el suelo.

Pero no lo hice.

Por el contrario, me levanté de un saltó, corrí hasta las gradas, agarré el balón y fui corriendo hacia Roger, que estaba de pie bajo la canasta.

Ni siquiera driblé.

Simplemente avancé como un corredor de fútbol americano.

Roger se agachó, listo para hacerme un placaje como si fuera un apoyador.

Él gritó; yo grité.

Y entonces me paré en seco, a unos cuatro metros del aro, y encesté un bonito tiro en suspensión.

Todos los que estaban en el gimnasio gritaron y aplaudieron y dieron patadas al suelo.

Roger se cabreó al principio, pero después sonrió, cogió el balón y fue driblando hacia su canasta.

Giró a la izquierda, a la derecha, pero yo me mantuve pegado a él.

Me golpeó, me empujó, me dio codazos, pero me mantuve pegado a él. Iba a entrar a canasta, pero yo le hice una falta. Pero había aprendido que NO SE PITAN FALTAS EN UN UNO CONTRA UNO EN TODA LA CANCHA, así que agarré el balón que había quedado suelto y fui corriendo otra vez hacia mi canasta.

Pero el entrenador tocó el silbato.

—Vale, vale, Arnold, Roger —dijo—. Bien, bien. Los dos siguientes, los dos siguientes.

Me puse al final de la cola y Roger se puso a mi lado.

—Buen trabajo —dijo mientras me ofrecía el puño.

Choqué mi puño contra el suyo. ¡Era un guerrero!

Y fue entonces cuando supe que me iban a coger en el equipo.



Qué narices, acabé en el primer equipo. Estando en mi primer año de instituto. El entrenador dijo que era el mejor tirador que había tenido. Iba a ser su arma secreta. Iba a ser su Arma de Destrucción Masiva.

Sin duda, al entrenador le encantaban esas metáforas militares.

Dos semanas después viajamos por carretera para jugar nuestro primer partido de la temporada. Y nuestro primer partido era contra el instituto Wellpinit.

Sí.

Era como algo sacado de una obra de Shakespeare.

La mañana del partido, me levanté en mi casa de la reserva para que mi padre condujera los 35 kilómetros para llevarme hasta Reardan, para poder subirme al autobús del equipo y hacer el camino de vuelta a la reserva.

De locos.

¿Hace falta que diga que estaba completamente muerto de miedo?

Vomitó cuatro veces aquel día.

Cuando nuestro autobús se detuvo en el aparcamiento del instituto, nos recibieron unos cuantos niños de primaria rabiosos. Algunos de esos chavalillos y chavalillas eran primos míos.

Acribillaron nuestro autobús con bolas de nieve. Y algunas de las bolas de nieve tenían piedras dentro.

Cuando nos bajamos del autobús y fuimos andando hacia el gimnasio, oí al público enloquecido allí dentro.

Estaban gritando algo.

No conseguía entender lo que gritaban.

Y de repente lo entendí.

Los hinchas del baloncesto de la reserva coreaban:

—¡Arnold mamón! ¡Arnold mamón! ¡Arnold mamón!

No me llamaban por mi nombre de la reserva, Junior. No, me llamaban por mi nombre de Reardan.

Me detuve.

El entrenador se volvió y me miró.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No —contesté.

—No hace falta que juegues hoy —dijo.

—Sí, tengo que hacerlo.

Aun así, probablemente habría dado media vuelta si no hubiera visto a mi madre, mi padre y mi abuela esperando en la puerta.

Sé que habían tenido que aguantar que les soltaran tantas burradas como a mí. Y allí estaban, listos para recibir más burradas por mí. Listos para aguantar las burradas conmigo.

También había dos agentes de la policía tribal.

Supongo que era por seguridad. Por la seguridad de quién, eso ya no lo sé. Pero también entraron a la vez que nuestro equipo.

Así que cruzamos la puerta y entramos en el gimnasio, lleno de gente que armaba escándalo.

Inmediatamente se quedaron callados.

En silencio absoluto.

Los miembros de mi tribu me vieron y todos dejaron de aplaudir, de hablar y de moverse.

Creo que dejaron de respirar.

Y entonces, todos a la vez, se volvieron y me dieron la espalda.

Joder, fue una muestra de desprecio alucinante.

Estaba impresionado. Igual que mis compañeros de equipo.

Sobre todo Roger.

Me miró y silbó.

Yo estaba cabreado.

Maldita sea, si aquellos indios hubieran sido tan organizados cuando iba al colegio allí, puede que hubiera tenido más razones para quedarme.

Aquella idea me hizo reír.

Así que me reí.

Y mi risa fue lo único que se oyó en el gimnasio.

Y entonces me di cuenta de que el único indio que no se había dado la vuelta era Rowdy. Estaba de pie al otro lado de la cancha. Se estaba pasando un balón alrededor del cuerpo, alrededor del cuerpo, alrededor del cuerpo, como un reloj. Y me miraba.

Quería jugar.

No quería darme la espalda.

Quería matarme, frente a frente.

Aquello me hizo reír un poco más.

Y entonces el entrenador empezó a reír conmigo.

Y mis compañeros de equipo hicieron lo mismo.

Y seguimos riendo mientras caminábamos hacia el vestuario para prepararnos para el partido.

Una vez en el vestuario, estuve a punto de desmayarme. Me desplomé contra una taquilla. Me sentía mareado y débil. Y entonces lloré, y sentí vergüenza por mis lágrimas.

Pero el entrenador sabía exactamente qué decir.

—No pasa nada —me dijo, aunque hablaba para todo el equipo—. Si algo te preocupa lo suficiente, te va a hacer llorar. Pero tienes que usar eso. Usar tus lágrimas. Usar tu dolor. Usar tu miedo. Cabréate, Arnold, cabréate.

Así que me cabreé.

Y seguía cabreado y llorando cuando salimos a calentar. Y seguía cabreado cuando empezó el partido. Estaba en el banquillo. No pensé que fuera a jugar demasiado. Sólo era de primer año.

Pero a la mitad del primer cuarto, con el marcador empatado a 10, el entrenador me sacó.

Y mientras corría hacia la cancha, alguien del público me lanzó una moneda. ¡Y ME DIO EN LA PUÑETERA FRENTE!

Me hizo sangrar.

Estaba sangrando, así que no podía jugar.

Sangrando y enfadado, miré al público.

Se burlaron de mí mientras me dirigía al vestuario.

Estuve sangrando solo hasta que entró Eugene, el mejor amigo de mi padre. Acababa de empezar a trabajar como técnico sanitario en las urgencias de la clínica tribal.

—Déjame que le eche un vistazo —dijo mientras me tocaba la herida.

—¿Sigues teniendo la moto? —pregunté.

—No, me la cargué en un accidente —dijo mientras me aplicaba un antiséptico en el corte—. ¿Qué tal con esto?

—Duele.

—Oh, no es nada —dijo—. Puede que tres puntos. Te llevaré a Spokane para que te lo curen.

—¿Tú también me odias? —pregunté a Eugene.

—No, colega, eres guay —dijo.

—Bien —contesté.

—Qué pena que no hayas podido jugar —dijo Eugene—, tu padre dice que te estás haciendo bastante bueno.

—No tan bueno como tú —contesté.

Eugene era una leyenda. La gente dice que podría haber jugado en la universidad, pero la gente también dice que Eugene no sabía leer.

Si no lees, no juegas.

—Ya les ganarás la próxima vez —dijo Eugene.

—Cóseme —dije.

—¿Qué?

—Cóseme, quiero jugar esta noche.

—No puedo hacerlo, colega. Es tu cara. Podría dejarte una cicatriz o algo.

—Así pareceré más duro —contesté—. Anda, colega.

Así que Eugene lo hizo. Me dio tres puntos en la frente y me dolió una burrada, pero estaba listo para jugar la segunda parte.

Íbamos perdiendo por cinco puntos.

Rowdy había sido una auténtica pesadilla; había metido veinte puntos, cogido diez rebotes y robado siete balones.

—Ese chaval es bueno —dijo el entrenador.

—Es mi mejor amigo —dije—. Bueno, era mi mejor amigo.

—¿Y qué es ahora?

—No lo sé.

Metimos los primeros cinco puntos del tercer cuarto, y entonces el entrenador me sacó a jugar.

Inmediatamente robé el balón en un pase y me dispuse a hacer una bandeja.

Rowdy estaba justo detrás de mí.

Salté, escuché los insultos de doscientos indios spokane, y después sólo vi una luz brillante cuando Rowdy me estampó el codo en la cabeza y me dejó inconsciente.

Vale, no recuerdo nada más de aquella noche, así que todo lo que te cuente ahora es información de segunda mano.

Después de que Rowdy me dejara sin sentido, los dos equipos se enzarzaron en una serie de peleas a puñetazos y empujones.

Los agentes de la policía tribal tuvieron que sacar de la cancha a veinte o treinta indios spokane adultos para que no atacaran a ningún chaval blanco.

A Rowdy le pitaron una falta técnica.

Así que lanzamos dos tiros libres.

Yo no los lancé, claro, porque yo ya estaba en la ambulancia de Eugene, con mis padres, de camino a Spokane.

Después de que lanzáramos los tiros libres por la falta técnica, los dos árbitros se reunieron para decidir qué hacer. Eran dos blancos de Spokane que estaban completamente muertos de miedo de los indios salvajes del público y estaban dispuestos a CUALQUIER COSA para tenerlos contentos. Así que pitaron faltas técnicas a cuatro de nuestros jugadores por abandonar el banquillo y a nuestro entrenador por comportamiento antideportivo.

Sí, cinco técnicas. Diez tiros libres.

Después de que Rowdy metiera los seis primeros tiros libres, nuestro entrenador gritó y dijo palabrotas, así que fue expulsado del partido.

Wellpinit acabó ganando por treinta puntos.

Yo acabé con una leve conmoción cerebral.

Sí, tres puntos y un moratón en el cerebro.

Mi madre estaba muy alterada. Pensaba que me habían asesinado.

—Estoy bien —dije—, sólo un poco mareado.

—Pero... tu hidrocefalia... —dijo—, ya tienes el cerebro lo bastante lesionado.

—Oh, gracias, mamá —dije.

Claro que me preocupaba haberme lesionado aún más el cerebro que ya tenía lesionado. Los médicos dijeron que estaba bien.

Más o menos bien.

Aquella noche, más tarde, el entrenador convenció a las enfermeras de que le dejaran entrar en mi habitación. Mis padres y mi abuela estaban dormidos en sus sillas, pero yo estaba despierto.

—Hola, chaval —dijo el entrenador en voz baja para no despertar a mi familia.

—Hola, entrenador —dije.

—Siento lo del partido —dijo.

—No es tu culpa.

—No tendría que haberte sacado a jugar. Tendría que haber cancelado el partido. Es mi culpa.

—Yo quería jugar. Quería ganar.

—Sólo es un partido —dijo—, no merece la pena todo esto.

Pero estaba mintiendo. Sólo estaba diciendo lo que se suponía que tenía que decir. Por supuesto que no era sólo un partido. Todos los partidos son importantes. Todos los partidos son serios.

—Entrenador —dije—, si pudiera saldría de este hospital y caminaría de vuelta hasta Wellpinit para jugar contra ellos ahora mismo.

El entrenador sonrió.

—Vince Lombardi solía decir algo que me gusta —dijo.

—Lo importante no es si ganas o pierdes —contesté—, sino cómo juegas el partido.

—No, pero me gusta ésa —dijo el entrenador—. Aunque Lombardi no lo decía en serio. Es mejor ganar, claro.

Los dos nos reímos.

—No, me gusta más esta otra —dijo—: la calidad de la vida de un hombre es directamente proporcional a su dedicación para alcanzar la excelencia, independientemente de la actividad a la que se dedique.

—Ésa es buena.

—Es perfecta para ti. Nunca he conocido a nadie tan entregado como tú.

—Gracias, entrenador.

—De nada. Bueno, chaval, cuídate la cabeza. Me voy para que puedas dormir.

—Bueno, se supone que no debo dormir. Quieren mantenerme despierto para monitorizar mi cabeza. Para asegurarse de que no hay alguna lesión oculta o algo así.

—Ah, bueno —dijo el entrenador—. Entonces ¿qué tal si me quedo y te hago compañía?

—Guau, eso sería genial.

Así que el entrenador y yo nos quedamos despiertos toda la noche.

Nos contamos muchas historias el uno al otro.

Pero nunca cuento esas historias.

Aquella noche nos pertenece sólo a mí y a mi entrenador.

Campana sobre campana

Cuando llegaron las vacaciones, no teníamos dinero para regalos, así que papá hizo lo que siempre hace cuando no tenemos suficiente dinero.

Cogió el poco dinero que teníamos y se largó a emborracharse.

Se fue en Nochebuena y volvió el 2 de enero.

Con una resaca épica, simplemente se quedó tirado en la cama durante horas.

—Hola, papá —dije.

—Hola, colega —contestó—. Siento lo de las Navidades.

—No pasa nada.

Pero sí pasaba. Era casi lo más lejos de no pasar nada que se podía estar. Si no pasar nada era la Tierra, entonces yo estaba en Júpiter. No sé por qué dije que no pasaba nada. Por alguna razón, estaba protegiendo los sentimientos del hombre que me había roto el corazón una vez más.

Maldita sea, acababa de ganar la medalla de plata en las Olimpiadas de Hijos de Alcohólicos.

—Te he traído algo —dijo.

—¿El qué?

—Está en mi bota.

Cogí una de sus botas de vaquero.

—No, en la otra —dijo—. Dentro, debajo de la plantilla ésa.

Cogí la otra bota y metí la mano. Tío, aquello olía a alcohol y miedo y fracaso.

Encontré un billete de cinco dólares húmedo y arrugado.

—Feliz Navidad —dijo.

Guau.

Borracho durante una semana, seguro que mi padre habría querido con todas sus fuerzas gastarse aquellos cinco dólares. Joder, puedes comprar una botella del peor whisky por cinco dólares. Podría haberse gastado esos cinco pavos y haber seguido borracho durante uno o dos días más. Pero los guardó para mí.

Era algo bonito y feo.

—Gracias, papá —dije.

Estaba dormido.

—Feliz Navidad —dije antes de besarle en la mejilla.

Rojo contra blanco

Seguro que crees que me he enamorado locamente de los blancos y que no veo nada bueno en los indios.

Bueno, eso no es verdad.

Quiero a mi hermana mayor. Creo que está súper loca y es muy espontánea.

Desde que se marchó me ha enviado un montón de postales preciosas de Montana. Paisajes hermosos e indios hermosos. Bisontes. Ríos. Insectos gigantes.

Unas postales preciosas.

Aún no ha encontrado trabajo y sigue viviendo en esa pequeña caravana cutre. Pero es feliz y está trabajando mucho en su libro. En Año Nuevo se hizo el propósito de terminar el libro antes del verano.

Supongo que su libro trata sobre la esperanza.

Creo que quiere hacerme partícipe de su novela rosa.

Eso hace que la quiera.

Y quiero a mi padre y a mi madre y a mi abuela.

Desde que estoy en Reardan y he visto cómo los padres fenomenales educan fenomenal a sus hijos, me he dado cuenta de que mis padres no están nada mal. Sí, mi padre tiene un problema con la bebida y mi madre puede ser un poco extravagante, pero hacen sacrificios por mí. Se preocupan por mí. Hablan conmigo. Y lo mejor de todo, me escuchan.

He aprendido que lo peor que puede hacer un padre es ignorar a sus hijos.

Y te aseguro que hay muchos chavales de Reardan a los que sus padres ignoran.

Hay padres blancos, especialmente los hombres, que nunca vienen al instituto. No van a los partidos, a los conciertos, a las obras de teatro ni a los festivales de sus hijos.

Jamás he visto a los padres de algunos de mis amigos blancos.

Es súper extraño.

En la reserva, si conoces a un chaval, conoces a su padre, su madre, sus abuelos, su gato, su perro y su talla de zapatos. Sí, vale, a los indios nos va de pena, pero estamos muy unidos. Nos CONOCEMOS. Todo el mundo conoce a todo el mundo.

Pero aunque Reardan es un pueblo diminuto, la gente a veces no se conoce.

He aprendido que a los blancos, sobre todo a los padres, se les da bien ocultarse a la vista de todos.

Sí, vale, mi padre a veces se va a beber por ahí y está fuera una semana, pero esos padres blancos pueden desaparecer completamente sin salir nunca del salón. Pueden FUNDIRSE con sus sillas. Se convierten en sus sillas.

Así que, bueno, no estoy tan embobado con los blancos, ¿vale? Hay un montón de tíos blancos mayores que siguen mirándome mal sólo por ser indio. Y muchos de ellos creen que para nada debería estar en el instituto.

Soy realista, ¿vale?

He pensado en estas cosas. Y quizá no haya pensado demasiado, pero sí lo suficiente para saber que es mejor vivir en Reardan que en Wellpinit.

Puede que sólo un poco mejor.

Pero desde la situación en que me encuentro, un poco mejor es más o menos del tamaño del Gran Cañón del Colorado.

Y, oye, ¿quieres saber lo mejor de Reardan?

Es Penélope, por supuesto. Y puede que Gordy.

¿Y quieres saber qué era lo mejor de Wellpinit?

Mi abuela.

Era increíble.

Era la persona más increíble del mundo.

¿Quieres saber lo mejor de mi abuela?

Era tolerante.

Ya sé que es muy gracioso decir eso de tu abuela.

Es decir, cuando la gente habla bien de sus abuelas, sobre todo de sus abuelas indias, suelen decir cosas como «Mi abuela es muy sabia» o «Mi abuela es muy buena persona» o «Mi abuela lo ha visto todo».

Y, sí, mi abuela era inteligente y generosa y había viajado a unas cien reservas indias distintas, pero eso no tenía nada que ver con su grandeza.

El mayor don de mi abuela era la tolerancia.

En los viejos tiempos, los indios solían ser tolerantes ante cualquier tipo de excentricidad. De hecho, a menudo se ensalzaba a la gente rara.

A menudo, los epilépticos eran chamanes porque la gente daba por sentado que Dios hacía que los afortunados tuvieran visiones durante sus ataques.

Los gays también se consideraban mágicos.

Es decir, como en muchas culturas, los hombres eran guerreros y las mujeres cuidaban a los demás. Pero los gays, al ser a la vez masculinos y femeninos, eran guerreros y, al mismo tiempo, cuidaban a los demás.

Los gays podían hacer de todo. ¡Eran como navajas suizas!

Mi abuela no soportaba todas las críticas a los gays y la homofobia que hay en el mundo, sobre todo entre otros indios.

—Caray, ¿qué más da que un hombre quiera casarse con otro hombre? —decía—. Lo único que quiero saber es quién va a recoger todos los calcetines sucios.

Por supuesto, desde que aparecieron los blancos y trajeron su cristianismo y su miedo a la excentricidad, los indios han ido perdiendo toda esa tolerancia.

Los indios pueden juzgar y odiar tanto como cualquier blanco.

Pero mi abuela no.

Ella seguía aferrándose al antiguo espíritu indio, ¿entiendes?

Siempre abordaba cada nueva experiencia y a cada nueva persona exactamente de la misma manera.

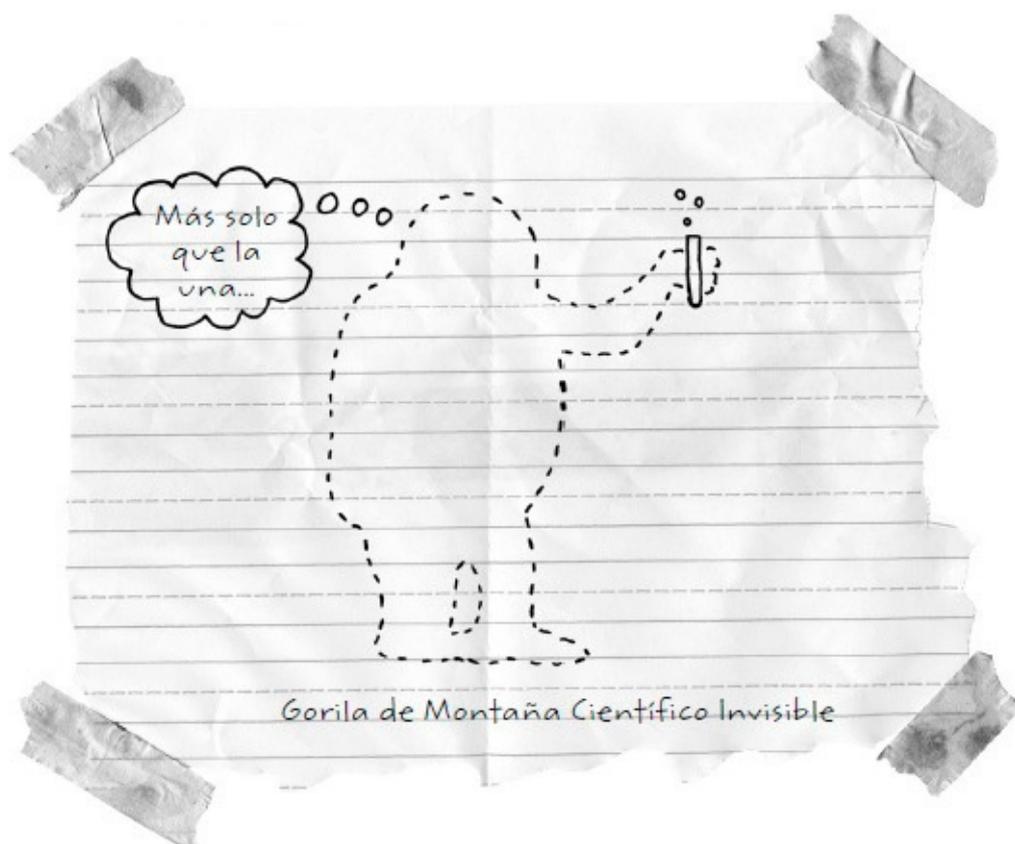
Siempre que íbamos a Spokane, mi abuela hablaba con cualquiera; hasta con los sin techo, hasta con los sin techo que hablaban con gente invisible.

Mi abuela también se ponía a hablar con la gente invisible.

¿Por qué lo hacía?

—Bueno —decía—, ¿cómo puedo estar segura de que no hay gente invisible en el mundo? Durante cientos de años, los científicos no creían en el gorila de montaña, y mira ahora. Así que, si los científicos pueden equivocarse, todos nosotros podemos equivocarnos. O sea, ¿y si todas esas personas invisibles SON científicos? Piénsalo.

Así que lo pensé:



Cuando decidí ir a Reardan, me sentía como un gorila de montaña científico invisible. Mi abuela era la única que pensaba que era una buena idea al cien por cien.

—Piensa en toda la gente que vas a conocer —dijo—. Eso es todo lo que importa en la vida, ¿sabes? Conocer gente. Ojalá pudiera ir contigo, es una idea muy emocionante.

Sin duda, mi abuela había conocido a miles de indios, decenas de miles, en los *powwows* de todo el país. Los indios de todos los *powwows* la conocían.

Sí, mi abuela era famosa a nivel *powwow*.

Todo el mundo la quería; ella quería a todo el mundo.

En realidad, mi abuela volvía a casa caminando de un mini-powwow en el Centro Social Tribal de Spokane la semana pasada cuando un conductor borracho la atropelló y la mató.

Sí, has leído bien.

No murió en el acto. Los enfermeros de la ambulancia de la reserva la mantuvieron viva el tiempo suficiente para llegar al hospital de Spokane, pero murió mientras la operaban de urgencia.

Lesiones internas generalizadas.

En el hospital, mi madre se lamentaba y lloraba. Había perdido a su madre. Cuando alguien, tenga la edad que tenga, pierde a un padre, creo que duele igual que si sólo tuviera cinco años, ¿sabes? Creo que todos tenemos siempre cinco años en presencia o ausencia de nuestros padres.

Mi padre estaba muy serio y callado junto al cirujano, un tipo blanco, alto y guapo.

—¿Dijo algo antes de morir? —preguntó mi padre.

—Sí —contestó el cirujano—, dijo «Perdonadle».

—¿Perdonadle?

—Creo que se refería al conductor borracho que la mató.

Guau.

El último acto de mi abuela en el mundo había sido una petición de perdón, amor y tolerancia.

Quería que perdonáramos a Gerald, el indio spokane alcohólico sin cerebro que la atropelló y la mató.

Creo que mi padre quería ir a buscar a Gerald y darle una paliza de muerte.

Creo que mi madre le habría ayudado.

Creo que yo también le habría ayudado.

Pero mi abuela quería que perdonáramos a su asesino.

Incluso muerta, mi abuela era mejor persona que nosotros.

La policía tribal encontró a Gerald escondido en el lago Benjamin. Le llevaron a la cárcel.

Y, cuando volvimos del hospital, mi padre fue a ver a Gerald, para matarle o para perdonarle. Creo que los polis habrían mirado para otro lado si mi padre hubiera decidido estrangular a Gerald.

Pero mi padre, respetando los últimos deseos de mi abuela, dejó a Gerald en manos de la justicia, que acabó condenándole a dieciocho meses de cárcel. Cuando salió, Gerald se mudó a una reserva en California y nadie volvió a verle nunca más.

Pero mi familia tenía que enterrar a mi abuela.

O sea, es normal enterrar a tu abuela.

Se supone que los abuelos tienen que morir primero, pero se supone que tienen que morir de viejos. Se supone que tienen que morir de un ataque al corazón, o de un derrame cerebral, o de cáncer, o de alzhéimer.

¡SE SUPONE QUE NO TIENEN QUE MORIR ATROPELLADOS POR UN CONDUCTOR BORRACHO!

La cosa es que muchos indios han muerto porque estaban borrachos. Y muchos indios borrachos han matado a otros indios borrachos.

Pero mi abuela no había bebido alcohol en su vida. Ni una sola gota. Eso es lo más raro del mundo en un indio.

Sólo conozco a unos cinco indios en toda nuestra tribu que nunca hayan bebido alcohol.

Y mi abuela era uno de ellos.

—El alcohol me bloquearía la vista y el oído y el tacto —solía decir—, ¿para qué iba a querer estar en el mundo si no pudiera tocarlo con todos mis sentidos intactos?

Bueno, mi abuela se ha ido de este mundo y ahora está vagando por la otra vida.

Velatorio

Celebramos el velatorio de la abuela tres días más tarde. Sabíamos que vendría mucha gente, pero nos quedamos impresionados de que vinieran casi dos mil indios a despedirla aquel día.

Y nadie se metió conmigo.

Sí, seguía siendo el chaval que había traicionado a la tribu. Y eso no podía perdonarse. Pero también era el chaval que había perdido a su abuela. Y todo el mundo sabía que perder a mi abuela había sido horrible. Así que todos ondearon la bandera blanca aquel día y me dejaron llorar en paz la pérdida de mi abuela.

Y después de aquello ya no me fastidiaban cuando me veían por la reserva. O sea, seguía viviendo en la reserva, ¿no? Y tenía que ir a coger el correo y a comprar leche a la tienda y simplemente andar por ahí, ¿no? Así que seguía siendo parte de la reserva.

Hasta entonces, la gente me ignoraba o me insultaba o me empujaba.

Pero dejaron de hacerlo cuando murió mi abuela.



Supongo que se dieron cuenta de que ya sentía suficiente dolor. O puede que se dieran cuenta de que habían sido unos idiotas despiadados.

No es que de repente me volviera popular, claro. Pero ya no era el enemigo.

Pasara lo que pasara entre mi tribu y yo en el futuro, siempre los querría por haberme dejado tranquilo el día del funeral de mi abuela.

Hasta Rowdy se mantuvo alejado.

Siempre sería mi mejor amigo, por mucho que me odiara.

Tuvimos que sacar el ataúd de la Casa Ceremonial de la Tribu Spokane y ponerlo sobre la línea de cincuenta yardas del campo de fútbol americano.

Tuvimos suerte de que hiciera buen tiempo.

Sí, había unos dos mil indios (y unos cuantos blancos) de pie y sentados en el campo de fútbol en la despedida de la mejor india Spokane de la historia.

Sabía que a mi abuela le habría encantado esa despedida.

Fue alucinante y divertido y triste.

Mi hermana no pudo venir al funeral. Eso fue lo peor de todo. Supongo que no tenía dinero suficiente para venir. Fue triste. Pero me prometió que cantarían cien canciones de duelo aquel día.

Todos tenemos que encontrar nuestra propia forma de decir adiós.

Un montón de gente contó historias sobre mi abuela.

Pero hubo una historia que significó más que todas las demás.

Unas diez horas después de que empezara el velatorio, se levantó un tipo blanco, un desconocido. Me resultaba ligeramente familiar. Sabía que le había visto antes, pero no sabía dónde. Todos nos preguntamos quién era exactamente, pero nadie lo sabía. No era ninguna sorpresa, mi abuela había conocido a miles de personas.

El tipo blanco tenía una gran maleta en la mano.

La mantenía sujeta fuertemente contra su pecho mientras hablaba.

—Hola —dijo—, me llamo Ted.

Y entonces recordé quién era. Era un multimillonario blanco, rico y famoso. Era famoso por estar forrado y por ser muy raro.

¡Mi abuela conocía al Multimillonario Ted!

Guau.

Todos estábamos deseando escuchar la historia de aquel tipo. ¿Y qué es lo que tenía que decir?



Todos gruñimos.

Pensábamos que el tipo blanco sería original. Pero sólo era otro blanco más que aparecía en la reserva porque quería MUUUUUUUUCHO a los indios.

¿Sabes cuántos desconocidos blancos llegan cada año a las reservas indias y empiezan a decir a los indios lo mucho que los quieren?

Miles.

Es repugnante.

Y aburrido.

—Escuchadme —dijo Ted—, sé que ya habéis oído esto antes. Sé que los blancos lo dicen todo el tiempo, pero, aun así, necesito decirlo. Yo amo a los indios. Amo vuestras canciones, vuestras danzas y vuestro espíritu. Y amo vuestro arte. Colecciono arte indio.

Oh, Dios, era un coleccionista. Esos tipos hacen que los indios se sientan como insectos a los que se expone en un panel pinchados con un alfiler. Dirigí la mirada alrededor del campo de fútbol. Sí, todos mis primos se retorcían como escarabajos y mariposas con alfileres clavados en el corazón.

—Colecciono arte indio desde hace décadas —continuó Ted—. Tengo antiguas lanzas. Antiguas puntas de flecha. Tengo armaduras antiguas. Tengo mantas. Y cuadros. Y esculturas. Y cestas. Y joyas.

Bla, bla, bla, bla.

—Y tengo antiguos trajes de danza de los que se utilizan en los powwows —dijo.

Eso sí que hizo que todo el mundo se incorporara y prestara atención.

—Hace unos diez años, un indio llamó a la puerta de mi cabaña en Montana.

Sí, claro, cabaña. Ted vivía en una mansión de cuarenta habitaciones hecha con troncos a las afueras de Bozeman.

—Era un desconocido, pero yo siempre abro mi puerta a los indios —dijo Ted.

Oh, por favor.

—Y este desconocido indio en concreto tenía un traje de danza precioso de los que se utilizan en los *powwows*, un traje de mujer. Era la cosa más hermosa que había visto en mi vida. Estaba completamente bordado de cuentas azules y rojas y amarillas que formaban un pájaro del trueno. Debía de pesar más de veinte kilos. No podía ni imaginarme la fuerza que debía de tener la mujer que pudiera bailar bajo ese peso mágico.

Todas las mujeres del mundo pueden bailar así.

—El desconocido indio dijo que estaba en una situación desesperada. Su mujer se estaba muriendo de cáncer y él necesitaba dinero para pagar los medicamentos. Yo sabía que estaba mintiendo. Sabía que había robado el traje. Siempre puedo oler a un ladrón.

Huélete a ti mismo, Ted.

—Y sabía que tenía que llamar a la policía y delatar al ladrón. Sabía que tenía que coger ese traje y encontrar a su verdadero dueño. Pero era tan hermoso, tan perfecto, que le di mil dólares al desconocido indio y le dije que se fuera. Y me quedé con el traje.

Hala, ¿Ted había venido para hacer una confesión? ¿Y por qué había escogido el funeral de mi abuela para hacerla?

—Durante años, me sentí fatal. Miraba el traje colgado en la pared de mi cabaña de Montana.

Mansión, Ted, es una mansión. Vamos, puedes decirlo: ¡MANSIÓN!

—Y entonces decidí investigar un poco. Contraté a un antropólogo, un experto, que rápidamente afirmó que no había duda de que el traje procedía de los salish del interior. Y tras una pequeña investigación descubrió que el traje era de los indios spokane, para ser exactos. Entonces, hace unos años, visitó vuestra reserva de incógnito y averiguó que el traje robado había pertenecido a una mujer llamada Abuela Spirit.

Todos nos quedamos con la boca abierta de la impresión. Me pregunté si todos estaríamos participando en algún *reality show* disparatado llamado *Cuando los multimillonarios se hacen pasar por seres humanos*. Miré a mi alrededor buscando las cámaras.

—En fin, desde que supe a quién había pertenecido realmente el traje, he estado entre dos aguas. Siempre quise devolverlo. Pero también quería quedármelo. Algunas noches no podía dormir de lo martirizado que estaba.

Sí, hasta los multimillonarios tienen NOCHES OSCURAS DEL ALMA.

—Y, bueno, al final no pude aguantarlo más. Guardé el traje en una maleta y vine a vuestra reserva, aquí, para devolverle personalmente el traje a la Abuela Spirit. Y cuando llego aquí, me encuentro con que se ha marchado al otro mundo. Es terrible.

Todos estábamos en completo silencio. Era la cosa más extraña que cualquiera de nosotros hubiera presenciado jamás. Y somos indios, así que te aseguro que hemos visto cosas verdaderamente raras.

—Pero tengo el traje aquí —dijo Ted. Abrió la maleta, sacó el traje y lo mantuvo en alto. Pesaba más de veinte kilos, así que le costaba sujetarlo. A cualquiera le habría costado—. Así que, si alguno de los hijos de la Abuela Spirit está presente, me encantaría devolverles el traje.

Mi madre se levantó y caminó hacia Ted.

—Yo soy la única hija de la Abuela Spirit —dijo.

La voz de mi madre se había vuelto muy formal. A los indios se nos da bien eso. Estamos hablando y riendo y armando escándalo, tan normales, y de pronto, PUM, nos ponemos todos serios y sagrados y empezamos a hablar como miembros de la realeza inglesa.

—Querida hija —dijo Ted—, me complace devolverte tus posesiones hurtadas. Espero que me perdones por devolverlas demasiado tarde.

—Bueno, no hay nada que perdonar, Ted —dijo mi madre—. La Abuela Spirit no era bailarina en los *powwows*.

Ted se quedó boquiabierto.

—¿Perdón? —dijo.

—A mi madre le encantaba ir a los *powwows*. Pero nunca bailó. Nunca tuvo un traje de baile. Este traje no podía ser suyo.

Ted no dijo nada. No era capaz de decir nada.

—De hecho, ahora que veo las cuentas y el diseño, no me parece spokane en absoluto. No reconozco el tipo de bordado. ¿Hay alguien aquí que reconozca el bordado?

—No —dijeron todos.

—Me parece más bien sioux —dijo mi madre—, o puede que oglala. Puede. No soy ninguna experta. Su antropólogo tampoco era muy experto que digamos. Se equivocó de medio a medio con esto.

Todos nos quedamos en silencio mientras Ted reflexionaba.

Después volvió a guardar el traje en la maleta, corrió hacia su coche aparcado y se alejó a toda velocidad.

Durante unos dos minutos, todos nos quedamos callados. Nadie sabía qué decir. Y entonces mi madre se echó a reír.

Y eso provocó que todos hiciéramos lo mismo.

Dos mil indios reímos al mismo tiempo.

Reímos sin parar.

Fue el sonido más maravilloso que había oído nunca.

Y me di cuenta de que, sí, los indios estábamos alcoholizados y tristes y desplazados y locos y malhumorados, pero, maldita sea, sabíamos reír.

Cuando se trata de la muerte, sabemos que la risa y el llanto son casi lo mismo.



Y así, riendo y llorando, nos despedimos de mi abuela. Y cuando nos despedíamos de una abuela, nos despedíamos de todas.

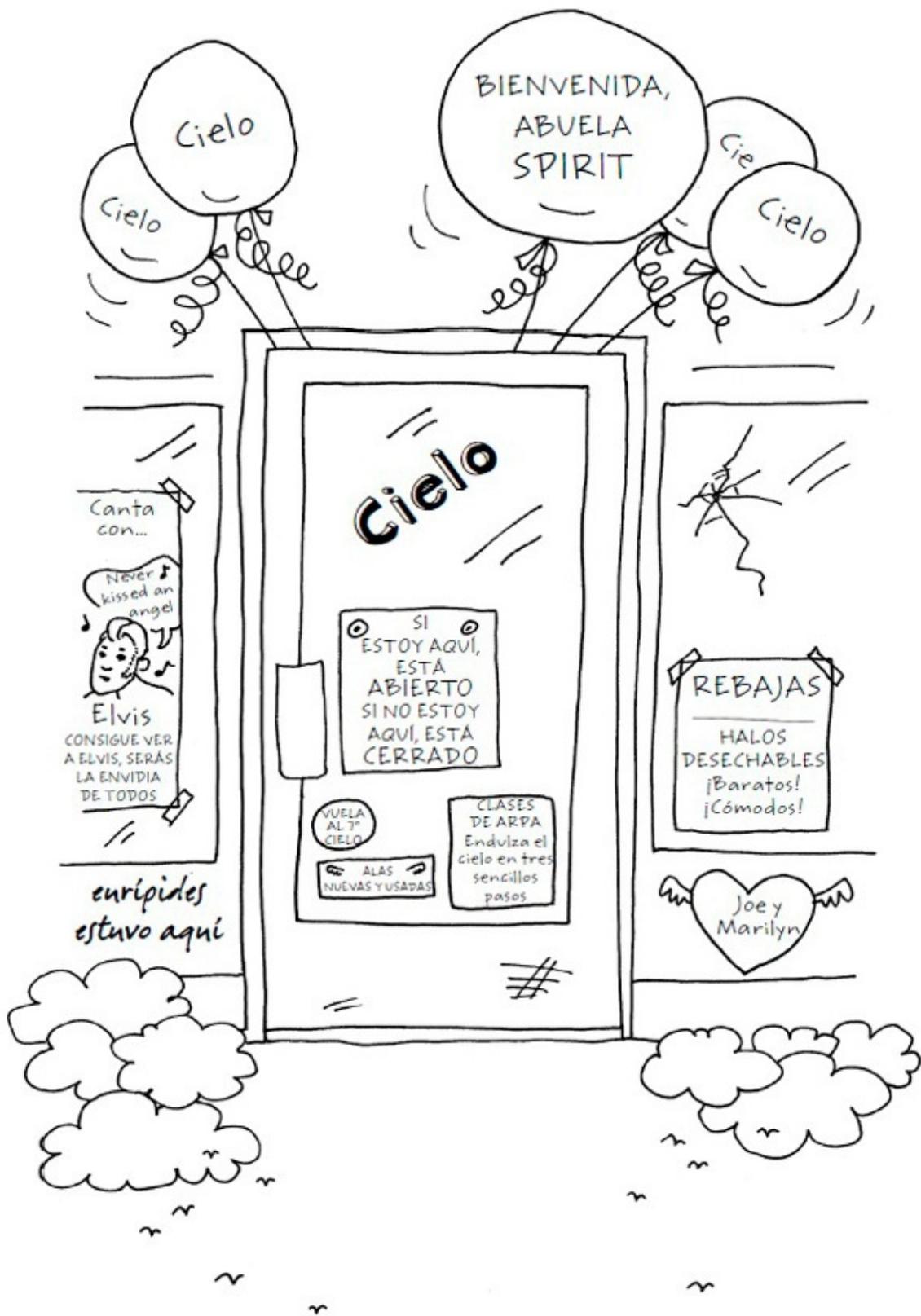
Cada funeral era un funeral para todos nosotros.

Vivíamos y moríamos juntos.

Todos reímos cuando metieron bajo tierra a mi abuela.

Y todos reímos cuando la cubrieron con tierra.

Y todos reímos mientras volvíamos andando o en coche o en bicicleta a la profunda soledad de nuestras casas.



Corazón de San Valentín

Unos días después de regalar a Penélope una tarjeta de San Valentín hecha por mí (ella dijo que se le había olvidado que era San Valentín), el mejor amigo de mi padre, Eugene, recibió un tiro en la cara en el aparcamiento de un Seven-Eleven en Spokane.

A Eugene, que estaba muy borracho, le disparó y le mató uno de sus buenos amigos, Bobby, que estaba demasiado borracho para recordar siquiera haber apretado el gatillo.

La policía cree que Eugene y Bobby se pelearon por el último trago de una botella de vino.

Cuando Bobby estuvo lo suficientemente sobrio para darse cuenta de lo que había hecho, lo único que hacía era pronunciar una y otra vez el nombre de Eugene, como si, de alguna manera, eso fuera a traerle de vuelta.

Unas semanas más tarde, en la cárcel, Bobby se colgó con una sábana.

Ni siquiera tuvimos tiempo de perdonarle.



Se castigó a sí mismo por sus pecados.

Mi padre se fue por ahí y se cogió una borrachera legendaria.

Mi madre iba a la iglesia absolutamente todos los días.

Era todo Dios y alcohol, Dios y alcohol, Dios y alcohol.

Habíamos perdido a mi abuela y a Eugene. ¿Cuántas pérdidas se suponía que teníamos que soportar?

Me sentía desamparado e idiota.

Necesitaba libros.

Quería libros.

Y dibujaba viñetas y más viñetas.

Estaba enfadado con Dios; estaba enfadado con Jesucristo. Se estaban burlando de mí, así que me burlé yo de ellos.

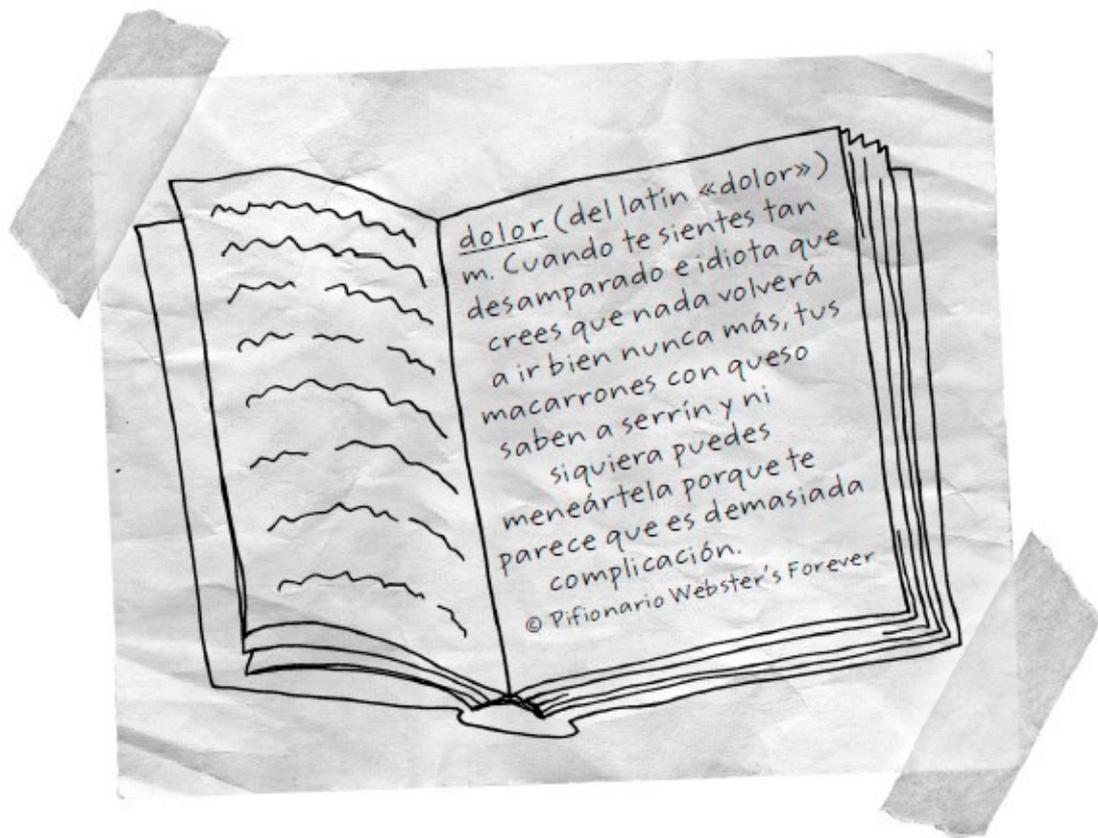
Esperaba poder encontrar más viñetas que me ayudaran. Y esperaba poder encontrar historias que me ayudaran.



Así que busqué la palabra «dolor» en el diccionario.

Quería encontrar todo lo que pudiera sobre el dolor. Quería saber por qué a mi familia le habían dado tantos motivos por los que sentir dolor.

Y entonces descubrí la respuesta:



Bueno, fue Gordy quien me enseñó un libro escrito por el tipo que sabía la respuesta.

Era Eurípides, un escritor griego del siglo V a. de C.

Un tío súper viejo.

En una de sus obras, Medea dice: «¿Existe dolor mayor que la pérdida de la tierra patria?».

Leí aquello y pensé: «Hombre, pues claro, tío. Los indios lo hemos PERDIDO TODO. Perdimos nuestra tierra patria, perdimos nuestras lenguas, perdimos nuestras canciones y danzas. Nos perdimos los unos a los otros. Lo único que sabemos hacer es perder y estar perdidos».

Pero, además, es más que eso.

Quiero decir, la cosa es que Medea estaba tan destrozada por el mundo, se sentía tan traicionada, que asesinó a sus propios hijos.

Pensaba que el mundo era así de triste.

Y, tras el funeral de Eugene, yo estaba de acuerdo con ella. Podría haberme suicidado fácilmente, podría haber matado a mis padres, haber matado a los pájaros, haber matado a los árboles y haber matado al oxígeno del aire.

Por encima de todo, quería matar a Dios.

No sentía alegría de ningún tipo.

Sí, ni siquiera sé de dónde sacaba las fuerzas para levantarme cada mañana. Y, aun así, cada mañana me levantaba e iba a clase.

Bueno, no, eso no es del todo cierto.

Estaba tan deprimido que pensé en dejar de ir a Reardan.

Pensé en volver a Wellpinit.

Me culpaba por todas las muertes.

Había echado una maldición sobre mi familia. Había abandonado a la tribu y había roto algo dentro de todos nosotros, y ahora estaba recibiendo mi castigo por ello.

No, mi familia estaba recibiendo el castigo.

Yo estaba vivo y sano.

Más tarde, después de haber faltado a clase quince o veinte días, estaba en clase de ciencias sociales con la Sra. Jeremy.



La Sra. Jeremy era una mujer mayor que llevaba treinta y cinco años dando clase en Reardan.

Entré en su clase arrastrando los pies y me senté al fondo del aula.

—Ah, chicos —dijo—, hoy tenemos un invitado especial. Es Arnold Spirit. No me había dado cuenta de que aún estabas en este instituto, Sr. Spirit.

La clase estaba en silencio. Todos sabían que mi familia había estado viviendo dentro de una tormenta de dolor. ¿Y aquella profesora acababa de burlarse de mí por eso?

—¿Qué acaba de decir? —le pregunté.

—No deberías faltar tanto a clase —contestó.

Si hubiera sido más fuerte, me habría enfrentado a ella. La habría insultado. Habría atravesado la clase hasta llegar a ella y le habría dado una bofetada.

Pero estaba demasiado destrozado.

En cambio, fue Gordy quien me defendió.

Se levantó con su libro de texto en la mano y lo dejó caer.

¡Zas!

Parecía muy fuerte. Parecía un guerrero. Me estaba protegiendo como solía hacer Rowdy. Claro que Rowdy le habría tirado el libro a la profesora y luego le habría dado un puñetazo.

Gordy demostró mucho valor al enfrentarse así a una profesora. Y su valor inspiró a los demás.

Penélope se levantó y dejó caer su libro.

Y después Roger se levantó y dejó caer el suyo.

¡Zas!

Después, los otros jugadores de baloncesto hicieron lo mismo.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Y la Sra. Jeremy se estremeció con cada golpe, como si le hubieran dado una patada en sus partes.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Entonces, todos mis compañeros salieron del aula.

Una manifestación improvisada.

Probablemente yo tendría que haber salido con ellos, claro. Habría sido más poético. Habría tenido más sentido. O quizá mis amigos tendrían que haberse dado cuenta de que, joder, ¡no deberían haber dejado atrás el MOTIVO DE SU PROTESTA!

Y aquello me hizo muchísima gracia.

Fue como si mis amigos hubieran pisado los cuerpos de crías de foca para llegar a la playa en la que protestar por la matanza de las crías de foca.

Bueno, vale, igual no era tan malo.

Pero, desde luego, era divertido.

—¿De qué te ríes? —me preguntó la Sra. Jeremy.

—Antes pensaba que el mundo se dividía en tribus —contesté—. En blancos y negros. En indios y blancos. Pero sé que eso no es verdad. El mundo se divide en dos únicas tribus: la gente que es gilipollas y la gente que no lo es.

Salí del aula y me entraron ganas de cantar y bailar.

Todo aquello me dio esperanza. Me dio un poquito de alegría.

Y seguí intentando encontrar los trocitos de alegría en mi vida. Sólo así conseguí soportar todas aquellas muertes y aquellos cambios. Hice una lista de las personas que más alegría me habían dado en mi vida:

1. Rowdy
2. Mi madre
3. Mi padre
4. Mi abuela
5. Eugene
6. El entrenador
7. Roger
8. Gordy
9. Penélope, aunque sólo me quiera a medias

Hice una lista de los músicos que habían tocado la música más alegre:

1. Patsy Cline, la favorita de mi madre
2. Hank Williams, el favorito de mi padre
3. Jimi Hendrix, el favorito de mi abuela
4. Guns N' Roses, los favoritos de mi hermana mayor
5. White Stripes, mis favoritos

Hice una lista de mis comidas favoritas:

1. pizza
2. natillas de chocolate
3. sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada
4. pastel de crema de plátano
5. pollo frito
6. macarrones con queso
7. hamburguesas
8. patatas fritas
9. uvas

Hice una lista de mis libros favoritos:

1. Las uvas de la ira
2. El guardián entre el centeno

3. El chico gordo domina el mundo
4. Tangerine
5. Gravedad artificial
6. Catalizador
7. El hombre invisible
8. Cuervo Loco: sabiduría y poder de un hombre sagrado sioux
9. Juego de manos

Hice una lista de mis jugadores de baloncesto favoritos:

1. Dwayne Wade
2. Shane Battier
3. Steve Nash
4. Ray Allen
5. Adam Morrison
6. Julius Erving
7. Kareem Abdul-Jabbar
8. George Gervin
9. Mugsy Bogues

Seguí haciendo listas y más listas de las cosas que me hacían sentir alegría. Y seguí dibujando viñetas de las cosas que me enfadaban. Seguí escribiendo y reescribiendo, dibujando y redibujando, y reconsiderando y revisando y retocando. Se convirtió en mi ceremonia de duelo.

Perro ladrador

Nunca pensé que sería un buen jugador de baloncesto.

O sea, siempre me había encantado el baloncesto, sobre todo porque a mi padre le gustaba muchísimo y porque a Rowdy le gustaba todavía más, pero pensé que siempre sería uno de esos jugadores que se sientan en el banquillo y animan a sus compañeros más altos, más rápidos y con más talento en la victoria y/o en la derrota.

Pero, según fue avanzando la temporada, de algún modo me convertí en titular en el primer equipo de baloncesto en mi primer año en el instituto. Y, sí, claro que todos mis compañeros de equipo eran más altos y más rápidos, pero ninguno tiraba como yo.

Yo tiraba a matar.

Cuando estaba en la reserva, supongo que era un jugador aceptable. Cogía rebotes y era capaz de correr de un lado a otro de la cancha sin tropezarme. Pero cuando llegué a Reardan me sucedió algo mágico.

De la noche a la mañana, me convertí en un buen jugador.

Supongo que tuvo algo que ver con la confianza. O sea, yo siempre había estado en lo más bajo del escalafón de la reserva: no esperaban que fuera bueno, así que no lo era. Pero en Reardan, mi entrenador y los demás jugadores querían que fuera bueno. Necesitaban que fuera bueno. Esperaban que fuera bueno. Así que me volví bueno.

Quería estar a la altura de las expectativas.

Creo que al final todo se reduce a eso.

Al poder de las expectativas.

Y como esperaban más de mí, yo esperaba más de mí mismo, y aquello fue creciendo cada vez más hasta que estaba metiendo doce puntos por partido.

¡EN MI PRIMER AÑO!

El entrenador pensaba que podría jugar en algún equipo estatal unos años más tarde. Pensaba que quizá podría jugar al baloncesto en alguna universidad pequeña.

Qué locura.

¿Cuántas veces oye eso un chaval indio de una reserva?

¿Cuántas veces se oyen las palabras «indio» y «universidad» en la misma frase? Sobre todo en mi familia. Sobre todo en mi tribu.

Pero no creas que me estoy volviendo un creído o algo así.

Me sigue dando muchísimo miedo jugar al baloncesto, competir, intentar ganar.

Vomito antes de cada partido.

El entrenador me dijo que él solía vomitar antes de los partidos.

—Chaval —dijo—, hay gente que necesita limpiar las cañerías para poder jugar. Yo era un potas. Tú eres un potas. No hay nada de malo en ser un potas.

Así que le pregunté a papá si él había sido un potas.

—¿Qué es un potas? —me preguntó.

—Alguien que vomita antes de los partidos de baloncesto —contesté.

—¿Por qué vomitas?

—Porque me pongo nervioso.

—¿Te refieres a que tienes miedo?

—Nervios, miedo..., son cosas parecidas, ¿no?

—Los nervios significan que quieres jugar. El miedo significa que no quieres jugar.

Vale, papá lo había dejado claro.

En Reardan, era un potas nervioso. Cuando estaba en Wellpinit, era un potas asustado.

No había nadie más en mi equipo que fuera un potas. Supongo que daba igual. Simplemente éramos un buen equipo y punto.

Después de perder nuestro primer partido contra Wellpinit, ganamos doce partidos seguidos. Machacábamos a los demás, ganábamos todos los partidos por más de diez puntos. Ganamos a nuestro mayor rival, Davenport, por treinta y tres puntos.

La gente del pueblo empezó a compararnos con los grandes equipos de Reardan del pasado. Empezaron a comparar a algunos de nuestros jugadores con los grandes jugadores del pasado.

Roger, nuestro hombre grande, era el nuevo Joel Wetzel.

Jeff, nuestro base, era el nuevo Pequeño Larry Soliday.

James, nuestro alero, era el nuevo Keith Schulz.

Pero nadie hablaba de mí de esa forma. Supongo que era difícil compararme con jugadores del pasado. Yo no era del pueblo, no lo había sido desde el principio, así que siempre sería un intruso.

Y, por muy bueno que fuera, siempre sería indio. Y había gente a la que simplemente le costaba comparar a un indio con un blanco. No era racismo, no exactamente. Era..., bueno, no sé lo que era.

Yo era diferente, era nuevo. Sólo espero que dentro de veinte años comparen a algún chaval conmigo:

—Sí, mira cómo lanza ese chico, me recuerda un montón a Arnold Spirit.

Puede que eso ocurra. No lo sé. ¿Puede un indio dejar un legado en un pueblo de blancos? Y, en cualquier caso, ¿debe estar preocupándose un adolescente de su puñetero legado?

Caray, debo de ser un ególatra.

Bueno, el caso es que nuestro balance era de doce victorias y una derrota cuando jugamos la revancha contra Wellpinit.

Vinieron ellos a nuestra cancha, así que no iban a quemarme en la hoguera. De hecho, mis seguidores blancos iban a animarme como si fuera una especie de guerrero de las cruzadas.

Maldita sea, me sentía como uno de esos guías indios que conducían a la Caballería de los Estados Unidos en la lucha contra otros indios.

Pero supongo que no importaba. Quería ganar. Quería vengarme. No iba a jugar para los seguidores. No iba a jugar para los blancos. Iba a jugar para ganar a Rowdy.

Sí, quería avergonzar a mi mejor amigo.



Se había convertido en una máquina en su equipo. Sólo estaba en primer año, igual que yo, pero estaba anotando un promedio de veinticinco puntos por partido. Yo seguía sus progresos en la sección de deportes.

Había conseguido que el balance de los Wellpinit Redskins fuera de trece victorias y ninguna derrota. Ocupaban el primer puesto entre los institutos pequeños del estado. Wellpinit nunca había ido tan bien, y todo era gracias a Rowdy. Nosotros íbamos los segundos, así que este partido era un gran acontecimiento. Y más para ser un enfrentamiento entre institutos pequeños.

Y aún más porque yo era un indio spokane que jugaba contra sus viejos amigos (y enemigos).

Un equipo de las noticias de la televisión local vino para hacerme una entrevista antes del partido.

—Bien, Arnold, ¿qué se siente al jugar contra tus antiguos compañeros de equipo? —me preguntó el tipo de la sección de deportes.

—Es como raro —contesté.

—¿Cómo de raro?

—Muy raro.

Sí, menuda labia.

El tipo de la sección de deportes detuvo la entrevista.

—Oye —dijo—, ya sé que esto es difícil. Eres joven. Pero quizá podrías ser un poco más concreto al hablar de tus sentimientos.

—¿Mis sentimientos? —pregunté.

—Sí, éste es un momento clave en tu vida, ¿no?

Pues sí, claro que era un momento clave. Probablemente fuera el momento más importante de toda mi vida, pero no iba a compartir mis sentimientos con el mundo entero. No iba a empezar a lloriquear delante del tipo de la sección de deportes de la televisión local como si él fuera un cura o algo así.

Tenía mi orgullo, ¿sabes?

Protegía mi vida privada.

No es que yo hubiera llamado al tío y le hubiera ofrecido mi historia, ¿entiendes?

Y tenía ciertas sospechas de que los blancos estaban muy interesados en ver a los indios enfrentándose entre sí. Creo que era algo así como ver una pelea de perros, ¿entiendes?

Aquello me hizo sentir desprotegido y primitivo.

—Bueno —dijo el tipo de los deportes—, entonces ¿estás listo para intentarlo de nuevo?

—Sí.

—Vale, rodando.

El cámara empezó a filmar.

—Bien, Arnold —dijo el tipo de los deportes—, en diciembre te enfrentaste a tus antiguos compañeros de clase y miembros de tu tribu spokane en un partido de baloncesto en la reserva y perdisteis. Ahora ellos van los primeros del estado y vienen a jugar a vuestra cancha. ¿Cómo te sientes?

—Raro —contesté.

—Corta, corta, corta, corta —dijo el tipo de los deportes. Ahora estaba cabreado—: Arnold, ¿crees que podrías pensar en una palabra que no sea «raro»?

Pensé durante unos instantes.

—Oye —dije—, podría decir que me siento como si hubiera tenido que crecer muy deprisa, demasiado deprisa, y que me he dado cuenta de que absolutamente todos los momentos de mi vida son importantes. Y de que todas las decisiones que tome son importantes. Y de que un partido de baloncesto, incluso un partido entre dos institutos pequeños en el fin del mundo, puede ser la diferencia entre ser feliz o ser desgraciado durante el resto de mi vida.

—Guau —dijo el tipo de los deportes—, eso es perfecto. Eso es poesía. Vamos con eso, ¿vale?

—Vale —contesté.

—Bien, rodando —repitió mientras me ponía el micrófono delante de la cara.

—Arnold —dijo—, hoy te enfrentas a tus antiguos compañeros de equipo y miembros de tu tribu spokane, los Wellpinit Redskins. Van los primeros del estado y os ganaron con bastante facilidad cuando jugasteis en diciembre. Hay quien piensa que esta noche os van a dar una paliza. ¿Cómo te sientes?

—Raro —dije.

—Vale, vale, se acabó —dijo el tipo de los deportes—, hemos terminado con esto.

—¿He dicho algo malo? —pregunté.

—Eres un imbécil —contestó.

—Hala, ¿te permiten que me hables así?

—Sólo estoy diciendo la verdad.

Tenía razón, me estaba comportando como un idiota.

—Oye, chaval —me dijo—, pensábamos que ésta era una historia importante. Pensábamos que era una historia sobre un chaval que emprende su camino él solo, sobre un chaval que demuestra valentía, y lo único que quieres es fastidiarnos.

Guau.

Me estaba haciendo sentir mal.

—Lo siento —dije—, sólo soy un potas.

—¿Qué? —preguntó el tipo de los deportes.

—Soy un chaval nervioso —contesté—, vomito antes de los partidos. Creo que es como si... No sé, como si estuviera vomitándote encima metafóricamente. Lo siento. La cosa es que el mejor jugador de Wellpinit, Rowdy, era mi mejor amigo. Y ahora me odia. Me provocó una conmoción cerebral en el primer partido. Y ahora quiero acabar con él. Quiero meterle treinta puntos. Quiero que se acuerde de este partido eternamente.

—Guau —dijo el tipo de los deportes—, estás cabreado.

—Sí, ¿quieres que diga eso delante de la cámara?

—¿Estás seguro de que quieres decir eso?

—Sí.

—Vale, vamos allá.

Encendieron la cámara de nuevo y el tipo de los deportes volvió a ponerme el micrófono delante de la cara.

—Arnold, hoy te ves las caras con los número uno, los Wellpinit Redskins, y con su jugador estrella, Rowdy, que era tu mejor amigo cuando estudiabas en la reserva. Os ganaron con bastante facilidad en diciembre y te provocaron una conmoción cerebral, ¿qué se siente al jugar otra vez contra ellos?

—Siento que ésta es la noche más importante de mi vida —dije—. Siento que tengo que demostrar algo a la gente de Reardan, a la gente de Wellpinit y a mí mismo.

—¿Y qué es lo que crees que tienes que demostrar?

—Tengo que demostrar que soy más fuerte que todos los demás. Tengo que demostrar que nunca me rendiré. Nunca voy a dejar de darlo todo al jugar. Y no me

refiero sólo al baloncesto. Nunca voy a dejar de darlo todo al vivir la vida, ¿entiendes? Nunca me voy a rendir ante nadie. Nunca, nunca jamás.

—¿Cuánto deseas ganar?



—Nunca en mi vida he deseado algo tanto.

—Buena suerte, Arnold, estaremos pendientes de lo que ocurra.

El gimnasio estaba abarrotado dos horas antes de que empezara el partido. Dos mil personas gritando y animando y dando fuertes patadas al suelo.

En el vestuario, todos estábamos en silencio mientras nos preparábamos. Pero todos, incluso el entrenador, se acercaron a mí y me dieron palmaditas en la cabeza o en el hombro, o chocaron sus puños con el mío, o me abrazaron.

Era mi partido, era mi partido.

Sí, seguía siendo solamente el segundo reserva, el chaval al que sacaban a jugar cuando hacía falta un ataque rápido. Pero también era una especie de asunto de guerreros.

Todos éramos chicos deseando ser hombres, y aquel partido iba a ser un momento importantísimo en nuestra transición.

—A ver, escuchadme todos, vamos a repasar el plan de juego —dijo el entrenador.

Todos nos acercamos a la pizarra y nos sentamos en sillas plegables.

—Bien, chicos —dijo—, sabemos de lo que son capaces estos chavales. Están anotando una media de ochenta puntos por partido. Quieren correr y correr y correr. Y cuando se cansen de correr y pelear, van a correr y pelear un poco más.

Tío, aquel discurso no levantaba mucho los ánimos que digamos. Parecía que el entrenador estaba seguro de que íbamos a perder.

—Y tengo que ser sincero, chicos —dijo—. No podemos ganar a estos chavales con nuestras capacidades. No somos lo suficientemente buenos. Pero creo que tenemos mejor corazón que ellos. Y creo que tenemos un arma secreta.

Me pregunté si el entrenador habría contratado a alguien de la mafia para que se ocupara de Rowdy.

—Tenemos a Arnold Spirit —dijo el entrenador.

—¿A mí? —pregunté.

—Sí, a ti —contestó—. Esta noche estarás en el quinteto inicial.

—¿De verdad?

—De verdad. Y vas a marcar a Rowdy. Todo el partido. Es tu hombre, tienes que pararle. Si le paras, ganamos este partido. Es la única forma que tenemos de ganar este partido.

Guau. Estaba totalmente flipado. El entrenador quería que marcara a Rowdy. Sí, vale, yo era muy bueno con los lanzamientos, pero no era muy bueno defendiendo. Para nada. Era imposible que parara a Rowdy. O sea, si tuviera un bate de béisbol y un bulldozer, a lo mejor podría pararle. Pero sin armas de verdad (sin una pistola, un león devorador de carne humana y una ampolla de peste bubónica), tenía cero posibilidades de enfrentarme directamente a Rowdy. Si le marcaba yo, iba a meter setenta puntos.

—Entrenador —dije—, me siento muy halagado, pero no creo que pueda hacerlo.

Se acercó a mí, se arrodilló y apretó su frente contra la mía. Nuestros ojos estaban como a dos centímetros. Podía oler su aliento a chocolate y tabaco.

—Puedes hacerlo —dijo el entrenador.

Tío, aquello sonó igualito que Eugene. Él siempre me gritaba eso en cualquier partido que jugara. Podía ser, no sé, una carrera de sacos con la pierna atada a la de un compañero, y Gene siempre estaba todo borracho y contento en las gradas gritando: «¡Junior, puedes hacerlo!».

Sí, ese Eugene era un tío positivo hasta para ser un alcohólico que acabó asesinado de un disparo en la cara.

Jo, qué asco de vida. Estaba a punto de jugar el partido de baloncesto más importante de mi vida y todo lo que me venía a la cabeza era el mejor amigo muerto de mi padre.

Muchos fantasmas.

—Puedes hacerlo —repitió el entrenador. No lo dijo gritando. Lo susurró. Como una oración. Y volvió a decirlo con un susurro. Hasta que la oración se convirtió en una canción. Y entonces, por algún motivo mágico, le creí.

El entrenador se había convertido, como si dijéramos, en el sacerdote del baloncesto, y yo era su seguidor. E iba a seguirle hasta la cancha y acabar con mi mejor amigo.

Sí, si creyera en la magia, en los fantasmas, pensaría que quizá estaba subido a hombros de mi abuela muerta y de Eugene, el mejor amigo de mi padre. O quizá estuviera subido sobre las esperanzas que mis padres tenían puestas en mí.

No sé qué es lo que ocurrió.

Pero por una vez, y por única vez en mi vida, salté más alto que Rowdy.

Me elevé por encima de él cuando intentaba hacer un mate.

¡LE ROBÉ EL BALÓN DE SUS PROPIAS MANOS!

Sí, estábamos como a tres metros del suelo pero, aun así, fui capaz de alargar la mano y quitarle el balón a Rowdy.

Incluso en el aire, pude ver la cara de auténtico asombro que puso Rowdy. No se podía creer que estuviera volando con él.

Se creía el único Supermán indio.

Volví al suelo con el balón, giré y me fui botando hacia nuestra canasta. Rowdy me seguía de cerca y gritaba furioso.

El escándalo del público era tremendo.

No se podían creer lo que acababa de hacer.

Sí, claro, esas cosas pasan en la NBA y en la universidad y en los institutos grandes. Pero nadie saltaba así en una cancha de baloncesto de un instituto pequeño. Nadie taponaba un tiro como ése.

¡NADIE LE ROBABA EL BALÓN DE LAS MANOS A UN TÍO QUE ESTABA A PUNTO DE HACER UN MATE!

Pero no había terminado. Ni mucho menos. Quería encestar. Le había quitado el balón a Rowdy y ahora quería marcar delante de sus narices. Quería desmoralizarle por completo.

Fui corriendo hacia nuestra canasta.

Rowdy gritaba detrás de mí.

Más tarde, mis compañeros me contaron que yo iba sonriendo como un idiota mientras corría por la cancha a toda velocidad.

Yo no lo sabía.

Sólo sabía que quería encestar un tiro en suspensión delante de las narices de Rowdy.

Bueno, quería hacerle un mate. Y pensaba que, con la adrenalina corriendo como loca por mi cuerpo, quizá podría volver a saltar por encima del aro. Pero creo que una parte de mí sabía que nunca podría volver a saltar así. No tendría más que aquel único salto épico.

Lo mío no eran los mates, yo era un tirador.

Así que me detuve en la línea de triple con un chirrido e hice una finta. Y Rowdy se la tragó completamente. Saltó muy alto delante de mí con la intención de ponerme un tapón, pero yo simplemente esperé a que el cielo se despejara. Mientras estaba en el aire delante de mí, mientras flotaba, Rowdy me miró. Yo le miré.

Rowdy sabía que la había cagado. Sabía que se había tragado un pequeño amago con la cabeza. Sabía que no podía hacer nada para detener mi lanzamiento.

Se puso triste, tío.

Súper triste.

¿Así que sabes lo que hice?

Le saqué la lengua. Como si fuera Michael Jordan.

Me burlé de él.

Y entonces lancé y metí el triple sin tocar el aro.

¡Y EL GIMNASIO EXPLOTÓ!

La gente lloraba.

En serio.

Mi padre abrazó al tipo blanco que tenía al lado. Ni siquiera le conocía. Pero le abrazó y le besó como si fueran hermanos, ¿sabes?

Mi madre se desmayó. En serio. Se inclinó un poco, chocó contra la mujer blanca que tenía al lado y perdió el conocimiento.

Se despertó cinco segundos más tarde.

La gente se levantó de sus asientos. Chocaban las manos y se abrazaban y cantaban y bailaban.

La banda del instituto tocó una canción. Bueno, los miembros de la banda estaban todos desconcertados y emocionados, así que tocaron una canción, sí, pero cada uno tocó una canción distinta.

Mi entrenador saltaba de un lado para otro y daba vueltas.

Mis compañeros de equipo gritaban mi nombre.

Sí, todo ese alboroto y el marcador sólo estaba en 3 a 0.

Pero te aseguro que el partido estaba sentenciado.

Todo había pasado como en diez segundos. Pero el partido ya estaba sentenciado. En serio. Puede pasar. Una sola jugada puede determinar el curso de un partido. Una sola jugada puede cambiar tu juego para siempre.

Ganamos a Wellpinit por cuarenta puntos.

Les dimos una auténtica paliza.

Aquel triple fue mi único lanzamiento en todo el partido. Fue lo único que metí.

Sí, sólo marqué tres puntos, fue el partido de toda la temporada en el que menos puntos metí.

Pero Rowdy sólo anotó cuatro puntos.

Yo le detuve.

No le dejé marcar más de cuatro puntos.

Sólo dos canastas.

Metió una bandeja en el primer cuarto, cuando me tropecé con el pie de uno de mis compañeros y me caí.

Y marcó en el último cuarto, a sólo cinco segundos del final del partido, cuando me robó el balón y fue corriendo a hacer una bandeja.

Pero ni siquiera fui tras él, porque íbamos ganando por cuarenta y dos puntos. Sonó la bocina. El partido había terminado. Habíamos machacado a los Redskins. Sí, los habíamos humillado.

Fuimos bailando por todo el gimnasio, riendo y gritando y cantando.

Mis compañeros de equipo me rodearon. Me levantaron sobre sus hombros y me llevaron por toda la pista.

Busqué a mi madre con la mirada, pero se había vuelto a desmayar y la habían llevado afuera para que le diera un poco el aire.

Busqué a mi padre con la mirada.

Pensé que estaría aplaudiendo entusiasmado. Pero no. Ni siquiera me estaba mirando. Estaba muy serio y miraba hacia otro lado.

Así que miré hacia donde estaba mirando él.

Miraba a los Wellpinit Redskins, que estaban en fila en su lado de la cancha y veían cómo celebrábamos nuestra victoria.

Grité de alegría.

¡Habíamos derrotado al enemigo! ¡Habíamos derrotado a los campeones! ¡Éramos David y le habíamos dado con una piedra en la cabeza a Goliat!

Y entonces me di cuenta de una cosa.

Me di cuenta de que mi equipo, los Reardan Indians, era Goliat.

Me refiero a que, joder, todos los jugadores de último curso de nuestro equipo iban a ir a la universidad. Todos los chavales de nuestro equipo tenían coche. Todos los chavales de nuestro equipo tenían iPods y teléfonos móviles y la PSP y tres pares de vaqueros y diez camisetas y padres y madres que iban a la iglesia y que tenían buenos trabajos.

Sí, vale, puede que mis compañeros de equipo blancos tuvieran problemas, problemas importantes, pero ninguno de sus problemas era verdaderamente grave.

En cambio, miré a los Wellpinit Redskins, a Rowdy.

Sabía que posiblemente dos o tres de aquellos indios no habían desayunado aquella mañana.

Nada que llevarse a la boca en casa.

Sabía que siete u ocho de aquellos indios vivían con padres o madres alcohólicos.

Sabía que el padre de uno de aquellos indios traficaba con crack y metanfetaminas.

Sabía que dos de aquellos indios tenían a su padre en la cárcel.

Sabía que ninguno de ellos iba a ir a la universidad. Ni uno solo.

Y sabía que probablemente el padre de Rowdy iba a darle una buena paliza por haber perdido el partido.

De repente quise pedir perdón a Rowdy, a todos los demás spokane.

De repente me avergoncé de haber tenido tantas ganas de vengarme de ellos.

De repente me avergoncé de mi ira, mi furia y mi dolor.

Me bajé de los hombros de mis compañeros blancos y me fui corriendo al vestuario. Entré en los servicios a toda prisa, me metí en un baño y vomité.

Y después lloré como un niño.

El entrenador y mis compañeros de equipo pensaban que lloraba de alegría.

Pero no.

Lloraba de pena.

Lloraba porque le había roto el corazón a mi mejor amigo.

Pero supongo que Dios tiene una manera de compensar las cosas.

Wellpinit nunca se recuperó de aquella derrota. Sólo ganaron un par de partidos más en la temporada y no se clasificaron para los *playoffs*.

Nosotros, en cambio, no perdimos ningún partido más en la fase regular y llegamos a los *playoffs* siendo los primeros del estado.

Jugamos contra los Almira Coulee-Hartline, un equipo de un pueblo ganadero diminuto, y nos ganaron cuando un chaval llamado Keith metió un lanzamiento increíble desde la mitad de la cancha justo cuando sonaba la bocina del final del partido. Fue un disgusto enorme.

Todos lloramos durante horas en el vestuario.

El entrenador también lloró.

Supongo que ésta es la única situación en la que los hombres y los chicos pueden llorar, en vez de darse de puñetazos en la cara.

Rowdy y yo mantenemos una conversación larga y seria sobre baloncesto

Unos días después de que terminara la temporada de baloncesto, le envié un e-mail a Rowdy y le dije que sentía que les hubiéramos ganado por tanto y que su temporada se hubiera ido al garete después.

«Os machacaremos el año que viene», contestó Rowdy, «y llorarás como el mariquita que eres».

«Puede que sea un mariquita», escribí yo, «pero soy el mariquita que te ganó».

«Ja, ja», escribió Rowdy.

Vale, puede que eso suene como una serie de insultos homófobos, pero creo que también fue un poquito como si fuéramos amigos, y era la primera vez que Rowdy me hablaba desde que me fui de la reserva.

¡Era un mariquita feliz!

Porque los rusos no siempre son genios

Cuando murió mi abuela, me dieron ganas de arrastrarme hasta su ataúd y meterme allí con ella. Cuando dispararon en la cara al mejor amigo de mi padre, me pregunté si yo también estaría destinado a recibir un disparo en la cara.

Teniendo en cuenta la cantidad de indios spokane jóvenes que han muerto en accidentes de coche, estoy bastante seguro de que mi destino también es morir en un accidente.

Joder, he estado en un montón de funerales en mi corta vida.

Tengo catorce años y he estado en cuarenta y dos funerales.

Ésa es realmente la mayor diferencia entre los indios y los blancos.

Algunos de mis compañeros de clase blancos han estado en el funeral de un abuelo. Y unos pocos han perdido a un tío o una tía. Y el hermano de un chico murió de leucemia cuando estaba en tercero.

Pero no hay nadie que haya estado en más de cinco funerales.

Todos mis amigos blancos pueden contar sus muertes con los dedos de una mano.

Yo puedo contarme los dedos de las manos, los dedos de los pies, los brazos, las piernas, los ojos, las orejas, la nariz, el pene, las nalgas y las tetillas, y ni siquiera me acerco a mis muertes.

¿Y sabes cuál es la peor parte? ¿La parte triste? Que casi el noventa por ciento de las muertes han sido causadas por el alcohol.

Gordy me dio un libro de un tipo ruso llamado Tolstói que escribió: «Todas las familias felices se parecen entre sí; las familias infelices lo son cada una a su manera». Bueno, odio discutir con un genio ruso, pero Tolstói no conocía a los indios. Y no sabía que todas las familias indias son infelices exactamente por el mismo motivo: el maldito alcohol.

Sí, así que sirvámosle una copa a Tolstói y dejémosle reflexionar sobre la auténtica definición de las familias infelices.

Sí, vale, probablemente pienses que estoy siendo un verdadero amargado. Y tengo que darte la razón: estoy siendo un verdadero amargado. Así que permíteme que te diga por qué.

Esta mañana, sobre las nueve, estaba sentado en clase de química cuando llamaron a la puerta y entró la Srta. Warren, la orientadora. El Dr. Noble, el profesor de química, odia que le interrumpen, así que lanzó una mirada asesina a la Srta. Warren.

—¿Puedo ayudarla en algo, Srta. Warren? —preguntó el Dr. Noble, aunque hizo que sonara como un insulto.

—Sí —contestó ella—, ¿puedo hablar con Arnold en privado?

—¿No puede esperar? Estamos a punto de empezar un examen.

—Tengo que hablar con él ahora mismo. Por favor.

—De acuerdo. Arnold, por favor, ve con la Srta. Warren.

Recogí mis libros y salí al pasillo detrás de la Srta. Warren. Estaba un poco preocupado. Me preguntaba si había hecho algo malo. No se me ocurría nada que hubiera hecho que pudiera merecer un castigo. Pero, aun así, estaba preocupado. No quería meterme en ningún lío.

—¿Qué ocurre, Srta. Warren? —pregunté.

De repente, se puso a llorar. A sollozar. Con unos grandes lagrimones y haciendo mucho ruido. Pensé que iba a tirarse al suelo y empezar a gritar y patear como un niño de dos años.

—Caray, Srta. Warren, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Me abrazó con fuerza. Y tengo que reconocer que me gustó un montón. La Srta. Warren tenía unos cincuenta años, pero aún estaba bastante buena. Estaba delgada y musculosa porque no paraba de hacer footing. Así que tuve como una, umm, reacción física provocada por su abrazo.

Y la cosa es que la Srta. Warren me estaba abrazando tan fuerte que estaba bastante seguro de que podía notar mi, umm, reacción física.

Me sentí como orgulloso, ¿sabes?

—Lo siento, Arnold —dijo—, pero acaba de llamar tu madre. Es por tu hermana. Ha fallecido.

—¿A qué se refiere? —pregunté. Sabía a qué se refería, pero quería que me dijera otra cosa. Cualquier otra cosa.

—Tu hermana se ha ido —dijo la Srta. Warren.

—Ya sé que se ha ido —contesté—, ahora vive en Montana.

Sabía que me estaba comportando como un idiota. Pero pensaba que si seguía comportándome como un idiota, si no aceptaba realmente la verdad, entonces la verdad se convertiría en mentira.

—No —dijo la Srta. Warren—, tu hermana está muerta.

Se acabó. No podía esquivar aquello. Muerta es muerta.

Estaba atónito. Pero no estaba triste. El dolor no me golpeó de inmediato. No, más que nada estaba avergonzado de mi, umm, reacción física ante el abrazo. Sí, tenía una gran erección cuando me dijeron que mi hermana había muerto.

¿Había algo más pervertido que eso? ¿Hasta qué inapropiados límites pueden llegar las hormonas de un chaval?

—¿Cómo ha muerto? —pregunté.

—Tu padre va a venir a recogerte —contestó la Srta. Warren—. Llegará dentro de unos minutos, puedes esperar en mi despacho.

—¿Cómo ha muerto? —repetí.

—Tu padre va a venir a recogerte —repitió ella.

Sabía que no quería decirme cómo había muerto mi hermana. Supuse que habría muerto de alguna forma horrible.

—¿La han asesinado? —pregunté.

—Va a venir tu padre.

Tío, la Srta. Warren era una orientadora HORRIBLE. No sabía qué decirme. Aunque también es verdad que no podía culparla. Nunca había atendido a un alumno que acabara de perder a un hermano.

—¿Han asesinado a mi hermana? —pregunté.

—Por favor —dijo la Srta. Warren—, debes hablar con tu padre.

Parecía tan triste que lo dejé. Bueno, más o menos lo dejé. Desde luego, no quería esperar en su despacho. El despacho de la orientadora estaba lleno de libros de autoayuda y pósters edificantes y libros con exámenes de acceso a la universidad y folletos de universidades e impresos de solicitud de becas, y sabía que nada de aquello, absolutamente nada, significaba una mierda.

Sabía que probablemente destrozaría el despacho si tuviera que esperar allí.

—Srta. Warren —dije—, quiero esperar fuera.

—Pero está nevando —contestó.

—Bueno, entonces será perfecto, ¿no?

Era una pregunta retórica, es decir, se suponía que no había que responder, ¿vale? Pero la pobre Srta. Warren contestó a mi pregunta retórica.

—No, creo que no es una buena idea esperar en la nieve —dijo—. En este momento eres muy vulnerable.

¡VULNERABLE! Me dijo que era vulnerable. Mi hermana mayor había muerto. Por supuesto que era vulnerable. Era un indio de una reserva que iba a un instituto en el que sólo había blancos y mi hermana acababa de morir de alguna forma horrible. Era el chaval más vulnerable de todos los Estados Unidos. Estaba claro que la Srta. Warren estaba intentando ganar el Premio a la Mayor Obviedad del Mundo.

—Voy a esperar fuera —dije.

—Esperaré contigo —dijo ella.

—Vete a la mierda —dije antes de salir corriendo.

La Srta. Warren intentó correr detrás de mí. Pero llevaba tacones y estaba llorando y se había quedado totalmente flipada con mi forma de reaccionar ante la mala noticia. Con mi forma maleducada de contestar. Era una persona agradable. Demasiado agradable para enfrentarse a la muerte. Así que sólo corrió unos pocos metros antes de detenerse y dejarse caer contra la pared.

Fui corriendo hasta mi taquilla, cogí mi abrigo y salí. Ya había unos treinta centímetros de nieve en el suelo. Iba a ser un buen temporal. De repente empecé a inquietarme pensando que mi padre iba a tener un accidente de coche en la carretera cubierta de hielo.

Tío, ¿a que sería perfecto?

Sí, ¿a que sería de lo más indio?

Imagínate las historias que podría contar.

—Sí, cuando era pequeño, nada más enterarme de que mi hermana mayor había muerto, supe que mi padre también había muerto porque tuvo un accidente de coche cuando iba a recogerme al instituto.

Así que estaba totalmente aterrorizado mientras esperaba.

Supliqué a Dios que mi padre apareciera conduciendo su viejo coche.

—Por favor, Dios, por favor, no mates a mi papá. Por favor, Dios, por favor, no mates a mi papá. Por favor, Dios, por favor, no mates a mi papá.

Pasaron diez, quince, veinte, treinta minutos. Me estaba congelando. Mis manos y mis pies eran enormes bloques de hielo. Me caían los mocos por la cara. Las orejas me ardían de frío.

—Oh, papá, por favor, oh, papá, por favor, oh, papá, por favor.

Joder, estaba totalmente convencido de que mi padre también había muerto. Había pasado demasiado tiempo. Su coche se había despeñado por un barranco y se había hundido en el río Spokane. O había perdido el control y el coche se había deslizado a toda velocidad hasta atravesar la línea central y cruzarse justo en el camino de un camión que transportaba troncos.

—Papá, papá, papá, papá.

Y justo cuando pensaba que iba a empezar a gritar y a correr de un lado para otro como un lunático, mi padre llegó conduciendo.

Me eché a reír. Estaba tan aliviado, tan contento, que ME REÍ. Y no podía parar de reír.

Corrí cuesta abajo, me subí al coche y abracé a mi padre. Reía y reía y reía y reía.

—Junior —me dijo—, ¿qué te pasa?

—¡Estás vivo! —grité—. ¡Estás vivo!

—Pero tu hermana...

—Sí, ya lo sé —dije—, ella está muerta. Pero tú estás vivo. Sigues vivo.

Reí y reí. No podía parar de reír. Creí que iba a morirme de la risa.



No sabía por qué me reía. Pero seguí riendo mientras mi padre salía de Reardan y atravesaba el temporal de vuelta a la reserva.

Y entonces, al entrar en la reserva, por fin dejé de reírme.

—¿Cómo ha muerto? —pregunté.

—Había una gran fiesta en su casa, en su caravana en Montana... —dijo.

Sí, mi hermana y su marido vivían en una vieja caravana de color plateado que parecía más una bandeja para cenar delante de la tele que una casa.

—Estaban celebrando una gran fiesta... —dijo mi padre.

¡PUES CLARO QUE ESTABAN CELEBRANDO UNA GRAN FIESTA! ¡PUES CLARO QUE ESTABAN BORRACHOS! ¡SON INDIOS!

—Estaban celebrando una gran fiesta —continuó mi padre— y tu hermana y su marido habían bebido mucho, así que cayeron redondos en el dormitorio de la caravana. Y alguien intentó preparar una sopa con un hornillo, pero se les olvidó y se marcharon. Una cortina se movió con el viento y alcanzó el hornillo, y la caravana se incendió rápidamente.

Te juro que podía oír los gritos de mi hermana.

—La policía dice que tu hermana ni siquiera llegó a despertarse —dijo mi padre—. Estaba demasiado borracha.

Mi padre estaba intentando consolarme. Pero no era un gran consuelo oír que tu hermana ¡llevaba una BORRACHERA TAN BESTIAL que no sintió ningún dolor mientras MORÍA ABRASADA!

Y, por algún motivo, aquello me hizo reír aún más. Me estaba riendo tanto me vino un poco de vómito a la boca. Escupí un trocito de melón. Lo cual fue raro, porque a mí no me gusta el melón. Lo he odiado desde que era pequeño. No recordaba la última vez que había comido la fruta diabólica.

Y entonces recordé que a mi hermana siempre le había encantado el melón.

¿A que es raro?

Era tan raro que me reí aún más fuerte de lo que me había estado riendo. Empecé a golpear el salpicadero y a dar patadas al suelo del coche.

Me estaba volviendo completamente chiflado de tanto reír.

Mi padre no dijo ni una palabra. Solamente miró al frente y condujo en dirección a casa. Yo me reí durante todo el camino. Bueno, me reí más o menos hasta la mitad del trayecto, y después me quedé dormido.

Chas, así de fácil.

Todo se había vuelto tan intenso, tan doloroso, que mi cuerpo sencillamente pasó a mejor vida. Sí, mi mente y mi alma y mi corazón mantuvieron una rápida reunión y votaron a favor de desconectarme para hacer unas cuantas reparaciones.

¿Y sabes qué? ¡Soñé con melón!

Bueno, soñé con un pícnic del colegio al que fui cuando tenía siete años. Había perritos calientes y hamburguesas y refrescos y patatas fritas y sandía y melón.

Me comí como siete trozos de melón.

Tenía las manos y la cara súper pegajosas y dulces.

Había comido tanto melón que me había convertido en un melón.

Total, que terminé de comer e iba corriendo por el patio, riendo y gritando, cuando sentí un cosquilleo en la mejilla. Me llevé la mano a la cara para rascarme y espachurré a la avispa que había estado sorbiendo azúcar de mi mejilla.

¿Alguna vez te han picado en la cara? Pues bien, a mí sí, y ése es el motivo por el que odio el melón.

Entonces me desperté de ese sueño, de esa pesadilla, justo cuando mi padre llegaba con el coche a nuestra casa.

—Hemos llegado —dijo.

—Mi hermana ha muerto —contesté.

—Sí.

—Esperaba que hubiera sido un sueño —dije.

—Yo también.

—He soñado con aquella vez que me picó la avispa —dije.

—Sí, me acuerdo —contestó papá—. Tuvimos que llevarte al hospital.

—Pensé que iba a morir.

—Nosotros también pasamos miedo.

Mi padre empezó a llorar. No mucho, sólo un poco. Respiró hondo e intentó parar. Supongo que quería ser fuerte delante de su hijo. Pero no funcionaba. Seguía llorando.

Yo no lloré.

Alargué la mano, le sequé las lágrimas a mi padre y las probé.

Saladas.

—Te quiero —dijo.

Guau.

Él casi nunca me decía eso.

—Yo también te quiero —dije yo.

Yo nunca le decía eso.

Entramos en casa.

Mi madre estaba hecha un ovillo en el sofá. Había unos veinticinco o treinta primos allí, comiéndose toda nuestra comida.

Alguien muere y la gente se come tu comida. Es curioso cómo funciona.

—Mamá —dije.

—Oh, Junior —dijo mientras me arrastraba hasta el sofá con ella.

—Lo siento, mamá. Lo siento mucho.

—No me dejes —dijo—, no me dejes nunca.

Estaba alucinada. Pero ¿qué culpa tenía ella? Había perdido a su madre y a su hija en tan sólo unos meses. ¿Quién llega a recuperarse de algo así? ¿Quién llega a ponerse bien? Supe que mi madre estaba deshecha en ese momento y que siempre estaría deshecha.

—No bebas jamás —me dijo mi madre. Me dio una bofetada. Una, dos, tres. Me pegó FUERTE—. Prométeme que nunca vas a beber.

—Vale, vale, te lo prometo —contesté. No podía creerlo. Mi hermana se había matado bebiendo y yo era el que me llevaba las bofetadas.

¿Dónde estaba León Tolstói cuando le necesitaba? Deseé que apareciera para que mi madre pudiera pegarle a él en vez de a mí.

Bueno, mi madre dejó de pegarme, gracias a Dios, pero se quedó abrazada a mí durante horas. Me abrazó como si fuera un bebé. Y lloró sin parar. Muchísimas lágrimas. Mi ropa y mi pelo estaban empapados de sus lágrimas.

Fue como si mi madre me hubiera dado una ducha de dolor, ¿sabes?

Como si me hubiera bautizado con su sufrimiento.

Presenciar aquello era demasiado violento, claro, así que todos mis primos se marcharon. Mi padre se fue a su habitación.

Sólo estábamos mi madre y yo. Sólo sus lágrimas y yo.

Pero yo no lloré. Yo sólo abracé fuertemente a mi madre y deseé que todo aquello terminara. Deseé volver a quedarme dormido y soñar con avispa asesinas. Sí, pensaba que cualquier pesadilla sería mejor que mi realidad.

Y entonces aquello terminó.

Mi madre se quedó dormida y pude irme.

Me levanté y fui a la cocina. Tenía mucha hambre, pero mis primos se habían comido casi toda la comida. Así que lo único que cené fueron galletas saladas y agua.

Como si estuviera en la cárcel.

Ay.

Dos días más tarde enterramos a mi hermana en el cementerio católico, cerca del terreno donde se celebran los *powwows*.

Apenas recuerdo el velatorio. Apenas recuerdo el funeral. Apenas recuerdo el entierro.

Estaba rodeado de una extraña niebla.

No.

Era más bien como si estuviera en una pequeña habitación, la habitación más pequeña del mundo. Si estiraba los brazos podía tocar las paredes, en las que había cristales sucios de grasa. Podía ver sombras pero no detalles, ¿entiendes?

Y tenía frío.

Estaba congelado.

Como si tuviera una tormenta de nieve dentro del pecho.

Pero toda esa niebla y esos cristales sucios y esa nieve desaparecieron cuando metieron el ataúd de mi hermana en la tumba. Y te aseguro que habían tardado una eternidad en cavar esa tumba en el suelo helado. Cuando el ataúd quedó colocado bajo tierra, hizo un ruido, casi como una respiración, ¿sabes?

Como un suspiro.

Como si el ataúd se estuviera preparando para una siesta muy, muy larga, para una siesta eterna.

Eso fue todo.

Tenía que irme de allí.

Me di la vuelta, salí corriendo del cementerio y crucé la carretera para adentrarme en el bosque. Pensaba correr hasta muy adentro del bosque. Tan adentro que nunca me encontrarán.

Pero ¿sabes qué?

Cuando iba corriendo a toda velocidad, me choqué contra Rowdy y los dos caímos y nos quedamos tirados en el suelo.

Sí, Rowdy había estado viendo el entierro escondido en el bosque.

Guau.

Rowdy se incorporó. Yo también me incorporé.

Nos quedamos los dos allí sentados.

Rowdy estaba llorando. Tenía la cara brillante por las lágrimas.

—Rowdy —dije—, estás llorando.

—No estoy llorando —contestó—. Tú estás llorando.

Me toqué la cara. Estaba seca. Aún no había lágrimas.

—Ya no recuerdo cómo se llora —dije.

Aquello hizo que Rowdy se medio atragantara. Respiraba de forma un poco entrecortada. Y le cayeron más lágrimas por la cara.

—Estás llorando —dije.

—No estoy llorando.

—No pasa nada, yo también echo de menos a mi hermana. La quiero.

—He dicho que no estoy llorando.

—No pasa nada.

Alargué el brazo y le toqué el hombro a Rowdy. Gran error. Me dio un puñetazo. Bueno, casi me da un puñetazo. Lanzó un puñetazo, ¡pero FALLÓ!

¡ROWDY FALLÓ UN PUÑETAZO!

Su puño pasó por encima de mi cabeza.

—Hala —dije—, has fallado.

—He fallado aposta.

—No, has fallado porque ¡tienes los ojos LLENOS DE LÁGRIMAS!

Eso me hizo reír.

Sí, otra vez empecé a reírme como un lunático.

Rodé por el suelo frío, congelado, y reí y reí y reí.

No quería reírme. Quería dejar de reírme. Quería agarrar a Rowdy y abrazarle.

Era mi mejor amigo y le necesitaba.

Pero no podía parar de reír.

Miré a Rowdy; ahora estaba llorando mucho.

Pensaba que me estaba riendo de él.

En circunstancias normales, Rowdy habría acabado con cualquiera que se atreviera a reírse de él. Pero aquél no era un día normal.

—Todo es culpa tuya —dijo.

—¿El qué es culpa mía? —pregunté.

—Tu hermana está muerta porque tú nos dejaste. Tú la has matado.

Eso hizo que dejara de reírme. De repente tuve la sensación de que jamás volvería a reír.

Rowdy tenía razón.

Había matado a mi hermana.

Bueno, no la había matado. Pero se casó tan rápido y se fue de la reserva sólo porque yo me había ido de la reserva primero. Vivía en una caravana cutre en Montana sólo porque yo había empezado a ir a clase en Reardan. Había muerto quemada porque yo había decidido que quería pasar mi vida con los blancos.

Todo era culpa mía.

—¡Te odio! —gritó Rowdy—. ¡Te odio! ¡Te odio!



Y entonces se levantó de un salto y salió corriendo.

¡Rowdy huyó!

Él nunca había huido de nada o de nadie. Pero ahora huía a toda velocidad.

Vi cómo se adentraba en el bosque y desaparecía.

Me pregunté si volvería a verle.

A la mañana siguiente fui a clase. No se me ocurría otra cosa que hacer. No quería quedarme en casa sentado todo el día y hablar con un millón de primos. Sabía que mi madre estaría preparando comida para todo el mundo y mi padre estaría otra vez escondido en su habitación.

Sabía que todo el mundo contaría historias sobre Mary.

Y yo estaría todo el tiempo pensando: «Sí, pero ¿os sabéis la historia de cómo maté a mi hermana cuando me fui de la reserva?».

Y la gente estaría todo el tiempo bebiendo y poniéndose borracha e idiota y triste y desagradable. Tiene sentido, ¿no? ¿Cómo honramos la alcohólica muerte de un joven matrimonio?

¡VENGA, VAMOS A EMBORRACHARNOS!

Oye, vale, no soy un cabrón desalmado, ¿eh? Sé que la gente estaba muy triste. Sabía que la muerte de mi hermana había hecho que todos recordaran todas las muertes de sus vidas. Sé que la muerte nunca se suma a la muerte; se multiplica. Pero, aun así, no podía quedarme y ver cómo todo esa gente se emborrachaba. No podía. Si me hubieran dado una habitación llena de indios sobrios, llorando y riendo y contando historias sobre mi hermana, me habría quedado encantado y los habría acompañado en la ceremonia.

Pero todo el mundo estaba borracho.

Todo el mundo estaba triste.

Y estaban borrachos y tristes exactamente de la misma manera.

Así que salí de casa y fui a clase. Caminé unos cuantos kilómetros por la nieve hasta que un blanco que trabajaba en la Oficina de Asuntos Indios me recogió y me llevó hasta la puerta del instituto.

Entré, fui caminando por los pasillos llenos de gente, y un montón de chicos y chicas y profesores se acercaron y me abrazaron y me dieron palmaditas en el hombro y pequeños puñetazos en la tripa.

Estaban preocupados por mí. Querían ayudarme con mi dolor.

Yo les importaba.

Significaba algo para ellos.

Guau.

Todos esos chavales y profesores blancos, que desconfiaban tanto de mí cuando llegué, habían aprendido a interesarse por mí. Puede que algunos incluso me quisieran. Y yo, que había desconfiado tanto de ellos, ahora me interesaba por muchos de ellos. Y quería a unos pocos.

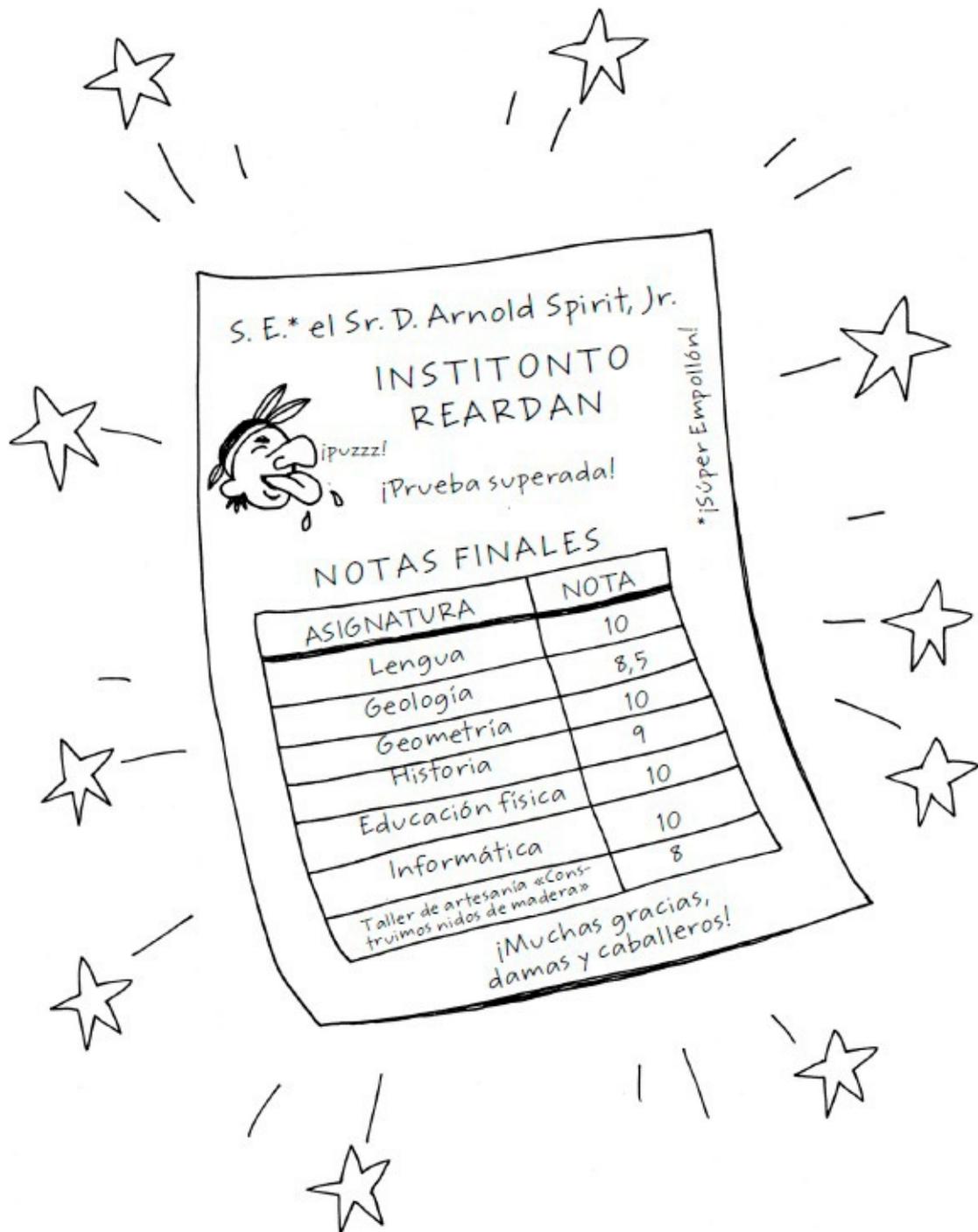
Penélope fue la última en acercarse a mí.

Estaba LLORANDO. Le caían los mocos por la cara, e incluso así era bastante atractiva.

—Siento mucho lo de tu hermana —dijo.

No sabía qué decirle. ¿Qué contestas cuando la gente te pregunta qué se siente cuando lo has perdido todo? ¿Cuando todos los planetas de tu sistema solar han explotado?

Las notas finales de mi primer año en el instituto



Recuerdos

Hoy, mi padre, mi madre y yo fuimos al cementerio y estuvimos limpiando tumbas.

Cuidamos de la Abuela Spirit, de Eugene y de Mary.

Mamá había preparado un pícnic y papá se llevó su saxofón, así que pasamos allí todo el día.

Los indios sabemos cómo hacer celebraciones con nuestros muertos.

Y me sentí bien.

Mis padres se dieron la mano y se besaron.

—No podéis daros el lote en un cementerio —dije.

—Amor y muerte —dijo mi padre—, todo es amor y muerte.

—Estás loco —dije.

—Estoy loco por ti.

Y me abrazó.

Y abrazó a mi madre.

Y mi madre tenía lágrimas en los ojos.

Y me cogió la cara entre sus manos.

—Junior —dijo—, estoy muy orgullosa de ti.

Eso era lo mejor que podía haberme dicho.

En medio de una vida de alcohol y locura, tienes que agarrarte con fuerza a los momentos buenos y sobrios.

Estaba contento. Pero seguía echando de menos a mi hermana, y ninguna cantidad de amor y confianza podría arreglar eso.

La quiero. Siempre la querré.

Mi hermana era increíble. Fue muy valiente al salir del sótano e irse a vivir a Montana. Fue en busca de sus sueños, y aunque no los encontró, lo intentó.

Y yo también lo estaba intentando. Y puede que eso también fuera a matarme, pero sabía que quedarme en la reserva también me habría matado.

Todo aquello me hizo llorar por mi hermana. Me hizo llorar por mí mismo.

Pero también lloraba por mi tribu. Lloraba porque sabía que otros cinco o diez o quince indios spokane morirían durante el año siguiente, y que la mayoría morirían por el alcohol.

Lloraba porque muchos de los miembros de mi tribu se estaban matando lentamente y yo quería que vivieran. Quería que fueran fuertes y sobrios y capaces de largarse de la reserva.

Es algo extraño.

Las reservas se concibieron como cárceles, ¿sabes? Se suponía que los indios tenían que trasladarse a las reservas y morir. Se suponía que teníamos que desaparecer.

Pero, de una forma u otra, los indios han olvidado que las reservas se concibieron como campos de exterminio.

Lloré porque yo era el único que había sido lo suficientemente valiente e insensato para irme de la reserva. Era el único que había tenido suficiente arrogancia.

Lloré y lloré y lloré porque sabía que nunca iba a beber y porque nunca iba a matarme y porque iba a tener una vida mejor en el mundo de los blancos.

Me di cuenta de que quizá fuera un chico indio solitario, pero no estaba solo dentro de mi soledad. Había varios millones más de americanos que habían abandonado los lugares en los que habían nacido para ir en busca de un sueño.

Me di cuenta de que, sí, era un indio spokane. Pertenece a esa tribu. Pero también pertenecía a la tribu de los americanos que habían emigrado. Y a la tribu de los jugadores de baloncesto. Y a la tribu de los ratones de biblioteca.

Y a la tribu de los dibujantes de viñetas.

Y a la tribu de los masturbadores empedernidos.

Y a la tribu de los adolescentes.

Y a la tribu de los chavales de pueblos pequeños.

Y a la tribu de los habitantes del noroeste del país, en la costa del Pacífico.

Y a la tribu de los amantes de los nachos con salsa picante.

Y a la tribu de la pobreza.

Y a la tribu de los asistentes a funerales.

Y a la tribu de los hijos queridos.

Y a la tribu de los chavales que echaban mucho de menos a sus mejores amigos.

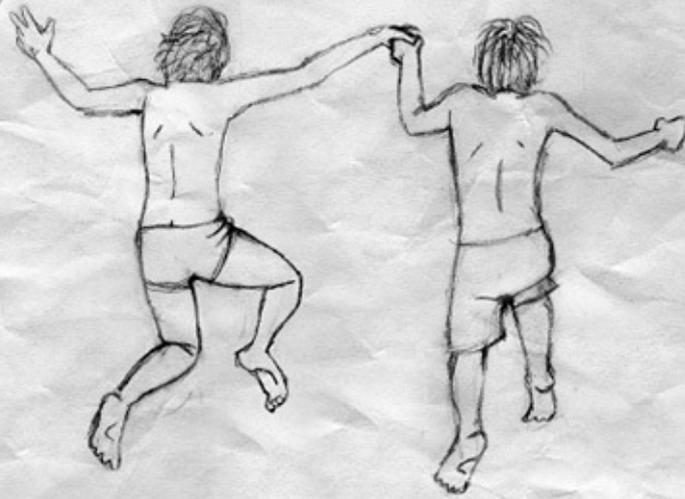
Darme cuenta de aquello fue increíble.

Fue entonces cuando supe que me iba a ir bien.

Pero aquello también me trajo a la memoria a aquellos a quienes no les iba a ir bien.

Me hizo pensar en Rowdy. Le echaba muchísimo de menos.

Quería ir a buscarle y abrazarle y rogarle que me perdonara por haberme marchado.



Los chicos pueden
darse la mano hasta
que cumplen 9 años.

Rowdy y yo en tercero,
saltando al lago Tortuga

Hablando de tortugas

La reserva es preciosa.

Lo digo en serio.

Echa un vistazo.

Hay pinos por todas partes. Miles de pinos ponderosa. Millones. Supongo que es fácil menospreciar los pinos. Sólo son pinos. Pero son altos y delgados y verdes y marrones y grandes.

Algunos miden casi treinta metros y tienen más de trescientos años.

Más que los Estados Unidos.

Algunos estaban vivos cuando Abraham Lincoln era presidente.

Algunos estaban vivos cuando George Washington era presidente.

Algunos estaban vivos cuando nació Benjamin Franklin.

Te hablo de un montón de años.

Puede que me haya subido a unos cien árboles distintos en mi vida. Los doce que hay en el jardín de detrás de casa. Otros cincuenta o sesenta en el pequeño bosque que hay al otro lado del prado. Otros veinte o treinta alrededor de nuestro pueblecito. Y unos cuantos muy adentro en el bosque.

Y el monstruo enorme que está junto a la carretera que va a West End, pasado el lago Tortuga.

Ése mide bastante más de treinta metros, puede que unos cuarenta y cinco. Se podría construir una casa sólo con la madera de ese árbol.

Cuando éramos pequeños, a los diez años o así, Rowdy y yo nos subimos a ese monstruo.

Probablemente fuera una insensatez. Sí, vale, fue una insensatez. No éramos leñadores ni nada de eso. No teníamos otra cosa que nuestras manos, nuestros pies y nuestra chiripa.

Pero aquel día no teníamos miedo de caernos.

Otros días sí que me da muchísimo miedo caerme. Por muchos años que cumpla, creo que siempre voy a tener miedo de caerme. Pero aquel día no me asustaba la gravedad. Qué narices, la gravedad ni siquiera existía.

Estábamos en julio. Hacía un calor espantoso y el tiempo era súper seco. No había llovido como en sesenta días. Un calor en plan sequía. Un calor en plan escorpión. Un calor en plan buitres volando en círculo por el cielo.

Rowdy y yo pasábamos casi todo el tiempo leyendo y viendo la tele y jugando a videojuegos en mi sótano, donde hacía unos tres grados menos que en el resto de la casa.

Rowdy y yo pasábamos casi todo el tiempo sentados allí y soñando con tener aire acondicionado.

—Cuando sea rico y famoso —dijo Rowdy— voy a tener una casa con un aparato de aire acondicionado en cada habitación.

—En Sears venden unos aparatos grandes de aire acondicionado que pueden enfriar toda una casa —dije.

—¿Con un solo aparato? —preguntó Rowdy.

—Sí, lo pones fuera y lo conectas a través de los respiraderos y todo eso.

—Guau, ¿y eso cuánto cuesta?

—Como varios miles de dólares, creo.

—Nunca tendré tanta pasta.

—La tendrás cuando juegues en la NBA.

—Sí, seguro que para ser jugador profesional tendré que irme a, yo qué sé, Suecia o Noruega o Rusia o algún sitio así, y no necesitaré aire acondicionado. Probablemente viviré en un iglú y tendré renos o algo así.

—Vas a jugar en el equipo de Seattle, tío.

—Sí, claro.

Rowdy no tenía confianza en sí mismo. No mucha. Así que intenté darle ánimos.

—Eres el chaval más duro de la reserva —le dije.

—Lo sé —contestó.

—Eres el más rápido, el más fuerte.

—Y también el más guapo.

—Si tuviera un perro con tu cara, le afeitaría el culo y le enseñaría a andar hacia atrás.

—Una vez me salió un grano que se parecía a ti. Después me lo reventé. Y entonces se parecía aún más a ti.

—Pues yo una vez me comí como tres perritos calientes y un tazón de sopa de almejas, y todo el suelo se quedó lleno de cagalera, y se parecía a ti.

—Y después te la zampaste —dijo Rowdy.

Nos desternillamos de risa. Sudamos de risa.

—No me hagas reír —dije—, hace demasiado calor para reírse.

—Hace demasiado calor para estar aquí sentados. Vamos a bañarnos.

—¿Dónde?

—En el lago Tortuga.

—Vale —dije.

Pero a mí me daba miedo el lago Tortuga. Era una pequeña masa de agua como de un kilómetro y medio de circunferencia. Puede que menos. Pero era profundo, súper profundo. Nadie había llegado nunca hasta el fondo. Yo no nado muy bien, así que siempre tenía miedo de hundirme y ahogarme y de que nunca jamás encontrarán mi cuerpo.

Un año vinieron unos científicos con un minisubmarino e intentaron llegar al fondo, pero el lago estaba tan lleno de lodo y barro que no veían nada. Y sus radares y aparatos de sónar se volvían locos por la mina de uranio que hay cerca, con lo que tampoco veían nada de esa forma, así que nunca llegaron al fondo.

El lago es redondo. Un círculo perfecto. Por eso los científicos decían que probablemente fuera el cráter de un antiguo volcán inactivo.

Sí, ¡un volcán en la reserva!

El lago era tan profundo porque el cráter del volcán y las galerías y los conductos por los que iba la lava y todas esas cañerías llegaban hasta el centro de la Tierra. Aquel lago era casi infinito de lo profundo que era.

Había todo tipo de mitos y leyendas sobre el lago. O sea, somos indios, nos encanta inventarnos chorradas sobre los lagos, ¿no?

Hay gente que dice que el lago se llama Tortuga porque es redondo y verde como el caparazón de una tortuga.

Hay gente que dice que se llama Tortuga porque antes estaba lleno de tortugas de verdad.

Hay gente que dice que se llama Tortuga porque antes vivía en él una tortuga carnívora gigante que comía indios.

Una tortuga jurásica. Una tortuga en plan Steven Spielberg. Una tortuga en plan King Kong contra la Tortuga Gigante de la Reserva.

No es que yo me creyera la historia de la tortuga gigante. Era demasiado mayor e inteligente para eso. Pero, después de todo, soy indio, y a los indios nos gusta pasar miedo. No sé qué nos pasa, pero nos encantan los fantasmas, nos encantan los monstruos.

Y había otra historia sobre el lago Tortuga que sí que me daba miedo de verdad.

Me la contó mi padre.

Cuando era pequeño, mi padre vio cómo un caballo se hundía en el lago Tortuga y desaparecía.

—Algunos dicen que fue porque una tortuga gigante arrastró al caballo —dijo papá—. Pero es mentira, eso que dicen no son más que tonterías. Aquel caballo simplemente era tonto. Era tan tonto que le pusimos de nombre Caballo Tonto.

Total, que Caballo Tonto se hundió en las infinitas profundidades del lago Tortuga y todo el mundo pensó que ahí acababa la historia.

Pero, unas semanas más tarde, el cuerpo de Caballo Tonto apareció en la orilla del lago Benjamin, a más de quince kilómetros del lago Tortuga.

—Todo el mundo pensó que algún bromista había encontrado el cuerpo y lo había desplazado hasta allí para asustar a la gente —dijo papá.

La gente se rió de la broma, y después, unos cuantos tipos subieron el cadáver del caballo a la parte de atrás de un camión, lo llevaron al vertedero y lo quemaron.

Una historia sencilla, ¿verdad?

No, no termina ahí.

—Unas semanas después de que quemaran el cadáver, había unos niños bañándose en el lago Tortuga cuando éste empezó a arder.

SÍ, ¡EL LAGO ENTERO EMPEZÓ A ARDER!

Los niños se estaban bañando al lado del embarcadero. El lago era tan profundo que la mayoría de los niños se bañaban cerca de la orilla. Y el lago empezó a arder por el centro, así que los niños consiguieron salir del agua antes de que se prendiera entero como un gran tazón de gasolina.

—Ardió durante unas horas —siguió papá—, rápidamente y despidiendo mucho calor. Y después se apagó. Sin más. La gente estuvo unos días sin acercarse al lago, y después fueron a echar un vistazo a los daños. ¿Y a que no sabes lo que encontraron? Caballo Tonto había vuelto a aparecer en la orilla.

A pesar de que lo habían quemado en el vertedero y de que se había vuelto a quemar en el lago de fuego, Caballo Tonto estaba intacto. Bueno, seguía muerto, claro, pero no estaba quemado. Nadie se acercó al caballo después de aquello. Lo dejaron descomponerse. Pero tardó mucho tiempo, demasiado. El cadáver estuvo allí durante semanas. No se estropeaba ni nada. No olía mal. Los bichos y los animales no se acercaban. Caballo Tonto aguantó así hasta varias semanas después, cuando por fin desaparecieron la piel y la carne. Los gusanos y los coyotes comieron hasta saciarse. Entonces sólo quedaron los huesos del caballo.

—Te aseguro que es lo más terrorífico que he visto en mi vida —dijo papá—, el esqueleto de aquel caballo en el suelo. Era rarísimo.

Unas semanas más tarde, el esqueleto se desplomó y sólo quedó un montón de huesos. Y el agua y el viento los arrastraron.

¡Era una historia súper extraña!

—Nadie se bañó en el lago Tortuga en diez u once años —dijo papá.

Si te digo la verdad, yo creo que deberían seguir sin bañarse. Pero la gente se olvida de las cosas. Se olvidan de las cosas buenas y de las cosas malas. Se olvidan de que los lagos pueden empezar a arder. Se olvidan de que los caballos muertos pueden desvanecerse y reaparecer de forma mágica.

Madre mía, mira que somos raros los indios.

Total, que aquel caluroso día de verano Rowdy y yo caminamos los ocho kilómetros que separan mi casa del lago Tortuga. Durante todo el camino fui pensando en fuego y en caballos, pero no iba a decírselo a Rowdy. Me habría llamado cagado y nenaza. Habría dicho que eso eran cosas de niños. Habría dicho que era un día caluroso que pedía a gritos un lago frío.

Cuando íbamos andando, vi aquel pino gigantesco delante de nosotros.

Era muy alto y verde y bonito. Era el único rascacielos de la reserva, ¿sabes?

—Me encanta ese árbol —dije.

—Porque eres un mariquita al que le atraen los árboles —dijo Rowdy.

—No soy un mariquita al que le atraen los árboles —contesté.

—¿Entonces cómo es que te gusta meter la picha en los agujeros de los troncos?

—Yo meto la picha en los árboles que son chicas —dije.

Rowdy rió con su avalancha de jajá y jejeé.

Me encantaba hacerle reír. Yo era el único que sabía cómo hacerle reír.

—Oye —dijo—, ¿sabes lo que deberíamos hacer?

Odiaba que Rowdy hiciera esa pregunta. Significaba que estábamos a punto de hacer algo peligroso.

—¿Qué deberíamos hacer? —pregunté.

—Subirnos a ese monstruo.

—¿Al árbol?

—No, a tu cabezón —dijo—; pues claro que al árbol. Al árbol más alto de toda la reserva.

No había muchas posibilidades de debatirlo. Tenía que subirme al árbol. Rowdy sabía que tenía que subirme al árbol con él. No podía echarme atrás. No era así como funcionaba nuestra amistad.

—Vamos a morir —dije.

—Probablemente —contestó Rowdy.

Así que llegamos hasta el árbol y miramos arriba. Era súper alto. Me mareé.

—Tú primero —dijo Rowdy.

Me escupí en las manos, las froté una contra otra y me agarré a la primera rama. Subí hasta la siguiente. Y después hasta la siguiente y la siguiente y la siguiente. Rowdy me siguió.

Rama tras rama, Rowdy y yo trepamos hasta lo más alto del árbol, hasta la parte inferior del cielo.

Cerca de la cima, las ramas eran cada vez más delgadas. Me preguntaba si aguantarían nuestro peso. Estaba todo el rato pensando que una se partiría y me lanzaría en picado hacia mi muerte.

Pero eso no ocurrió.

Las ramas no se rompieron.

Rowdy y yo trepamos y trepamos y trepamos. Llegamos hasta arriba. Bueno, casi hasta arriba. Incluso a Rowdy le daba demasiado miedo apoyarse sobre las ramas más delgadas. Así que llegamos a tres metros de la parte más alta del árbol. No hasta la cima. Pero lo bastante cerca para llamarlo cima.

Nos agarramos fuerte al árbol, que se balanceaba con la brisa.

Tenía miedo, sí, muchísimo miedo..., pero también era guay, ¿sabes?

Estábamos a más de treinta metros del suelo. Desde nuestra posición, abarcábamos varios kilómetros con la mirada. Podíamos ver la reserva desde un extremo hasta el otro. Podíamos ver todo nuestro mundo. Y, en aquel momento, todo nuestro mundo era verde y dorado y perfecto.

—Guau —dije.

—Es precioso —dijo Rowdy—. Jamás había visto algo tan bonito.

Fue la única vez que le oí hablar así.

Nos quedamos en lo alto del árbol durante una o dos horas. No queríamos irnos. Pensé que quizá nos quedaríamos allí arriba hasta morirnos. Pensé que quizá doscientos años más tarde los científicos encontrarían los esqueletos de dos chavales en lo alto de aquel árbol.

Pero Rowdy rompió todo el encanto.

Se tiró un pedo. Un pedo húmedo. Un pedo húmedo y maloliente que sonó como si fuera medio sólido.

—Madre mía —dije—, creo que acabas de matar al árbol.

Nos reímos.

Y entonces bajamos.

No sé si alguien más habrá subido a ese árbol alguna vez. Lo miro ahora, años más tarde, y no puedo creer que lo hiciéramos.

Y no puedo creer que sobreviviera a mi primer año en Reardan.

Después de que terminaran las clases, no hacía casi nada. Era verano, se suponía que no tenía que hacer nada. Pasaba casi todo el tiempo en mi habitación leyendo cómics.

Echaba de menos a mis amigos blancos y a mis profesores blancos y a mi seminovia translúcida.

¡Ay, Penélope!

Esperaba que estuviera pensando en mí.

Ya le había escrito tres cartas de amor. Esperaba que me respondiera.

Gordy quería venir a la reserva a pasar una o dos semanas con nosotros. ¡Qué locura!

Y Roger, que iba a ir a la Universidad Eastern Washington con una beca de fútbol americano, me había legado su uniforme de baloncesto.

—Vas a ser una estrella —me dijo.

Me sentía optimista y tonto con respecto al futuro.

Y entonces, ayer, estaba en el salón viendo un documental sobre abejas cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —grité.

Y entró Rowdy.

—Guau —dije.

—Ya —dijo él.

Siempre habíamos sido unos conversadores excepcionales.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Me aburro —contestó.

—La última vez que te vi intentaste darme un puñetazo —dije.

—Fallé.

—Pensaba que ibas a romperme la nariz.

—Quería romperte la nariz.

—Probablemente no es la mejor idea del mundo darle un puñetazo en la cabeza a un hidro, ¿sabes?

—Anda ya —dijo—, no puedo causarte más daños cerebrales de los que ya tienes. Además, ¿no te provoqué ya una conmoción cerebral?

—Sí, y tres puntos en la frente.

—Eh, tío, yo no tuve nada que ver con los puntos. Yo sólo hago conmociones cerebrales.

Me reí.

Se rió.

—Pensaba que me odiabas —dije.

—Te odio —contestó—, pero me aburro.

—¿Entonces?

—Entonces... ¿te vienes a echar unas canastas?

Por un segundo pensé en decirle que no. Pensé en mandarle a la mierda. Pensé en hacer que se disculpara. Pero no podía. Él nunca cambiaría.

—Vamos —dije.

Fuimos a las canchas que hay detrás del instituto.

Dos viejas canastas con redes metálicas.

Durante unos minutos estuvimos tirando a canasta de forma relajada. No hablamos. No hacía falta hablar. Éramos hermanos de baloncesto.

Por supuesto, Rowdy se fue calentando y metió quince o veinte canastas seguidas, mientras yo cogía los rebotes y le pasaba el balón.

Después yo me fui calentando y metí veintiuna seguidas, y Rowdy me cogía los rebotes.

—¿Quieres que echemos un uno contra uno? —preguntó Rowdy.

—Vale.

—Nunca me has ganado al uno contra uno, nenaza —dijo.

—Ya, pero eso va a cambiar.

—No será hoy —dijo.

—Puede que no sea hoy —contesté—, pero sí algún día.

—Ahí la llevas —dijo mientras me pasaba la bola.

Di vueltas al balón sobre mi dedo.

—¿Dónde vas a ir al instituto el curso que viene? —le pregunté.

—¿Tú qué crees, idiota? Aquí mismo, donde siempre.

—Podrías venir a Reardan conmigo.

—Eso ya me lo dijiste una vez.

—Ya, pero eso fue hace mucho tiempo. Antes de que pasara todo. Antes de que supiéramos cosas. Así que te lo vuelvo a pedir: ven a Reardan conmigo.

Rowdy respiró hondo. Por un instante, pensé que iba a llorar. En serio. Creí que iba a llorar, pero no lo hizo.

—¿Sabes? Estaba leyendo un libro... —dijo.

—¡Ahí va!, ¿tú leyendo un libro? —exclamé burlonamente, haciéndome el sorprendido.

—Que te den —contestó.

Nos reímos.

—Pues eso —continuó—, estaba leyendo un libro sobre los indios del pasado que dice que antiguamente los indios éramos nómadas.

—Ajá —dije.

—Así que busqué «nómada» en el diccionario, y significa gente que se desplaza de un lado a otro, que se desplaza constantemente en busca de comida y agua y pastos.

—Sí, es más o menos eso.

—Bueno, el caso es que creo que los indios ya no somos nómadas. Al menos la mayoría de los indios.

—No, no lo somos —dije.

—Yo no soy nómada —dijo Rowdy—. Casi nadie de esta reserva es nómada. Excepto tú. Tú eres el nómada.

—Sí, vale, lo que tú digas.

—No, en serio. Siempre supe que tú te ibas a ir. Siempre supe que tú ibas a dejarnos y a viajar por el mundo. Hace unos meses tuve un sueño en el que salías tú. Estabas encima de la Gran Muralla china. Parecías feliz. Y yo estaba feliz porque tú lo estabas.

Rowdy no lloró. Pero yo sí.

—Tú eres un nómada como los de antes —dijo Rowdy—. Tú no vas a parar de moverte por todo el mundo, en busca de comida y agua y pastos. Mola bastante.

Yo apenas podía hablar.

—Gracias —dije.

—Sí —dijo Rowdy—, sólo acuérdate de mandarme postales, cabrón.

—Desde todas partes —dije.

Siempre querría a Rowdy. Y siempre le echaría de menos. Igual que siempre querría y echaría de menos a mi abuela, a mi hermana mayor y a Eugene.

Igual que siempre querría y echaría de menos mi reserva y a mi tribu.

Esperaba con todas mis fuerzas que algún día me perdonaran por haberlos dejado.

Esperaba con todas mis fuerzas perdonarme a mí mismo algún día por haberlos dejado.

—Anda, tío —dijo Rowdy—, deja de llorar.

—¿Seguiremos viéndonos cuando seamos viejos? —pregunté.

—¿Quién sabe? —dijo Rowdy.

Entonces me lanzó el balón.

—Y ahora deja de lloriquear y juega —dijo.

Me sequé las lágrimas, boté el balón una vez, dos veces, y me preparé para tirar a canasta.

Rowdy y yo jugamos al uno contra uno durante horas. Jugamos hasta que se hizo de noche. Jugamos hasta que las farolas iluminaron la cancha. Jugamos hasta que empezaron a venir murciélagos volando directos hacia nuestras cabezas. Jugamos hasta que hubo una luna enorme y dorada y perfecta en el cielo oscuro.

No llevamos la cuenta de los puntos.



SHERMAN ALEXIE (1966), novelista, poeta y cineasta, creció en la reserva india Spokane, en Wellpinit. Reconocido desde sus inicios como uno de los mejores novelistas estadounidenses, fue incluido en la selección de escritores jóvenes americanos de Granta y recibió el Boston Globe por ser una voz importante de la literatura de su país. Su obra narrativa, que incluye la novela *Blues de la reserva* y los libros de relatos *Ten Little Indians* y *The Lone Ranger and Tonto Fist Fight in Heaven*, ha recibido numerosos premios y menciones. Sherman Alexie reside en Seattle. Su primera novela juvenil *El diario completamente verídico de un indio a tiempo parcial* recibió el National Book Award en 2007, y su trama crítica e ingeniosa sigue tan vigente que está en preparación la versión cinematográfica.

Índice de contenido

Club El Ojo Morado del Mes

Por qué el pollo es tan importante para mí

Me llaman Venganza

Porque Geometría no es un país cerca de Grecia

La esperanza es lo último que se pierde

Irse o no irse, ésa es la cuestión

Rowdy me canta las cuarenta

Cómo pelear con monstruos

Mi abuela me da consejo

Sonrisas y lágrimas

Halloween

A rastras hacia el Día de Acción de Gracias

Mi hermana me envía un e-mail

Acción de Gracias

Dolor de hambre

Rowdy me da consejos sobre amor

Baila, baila, baila

No te fíes de tu ordenador

Mi hermana me envía una carta

Un buen partido

Campana sobre campana

Rojo contra blanco

Velatorio

Corazón de San Valentín

Perro ladrador

Rowdy y yo mantenemos una conversación larga y seria sobre baloncesto

Porque los rusos no siempre son genios

Las notas finales de mi primer año en el instituto

Recuerdos

Hablando de tortugas

Sobre el autor